



REAL  
ACADEMIA SEVILLANA

DE BUENAS LETRAS.

---

CERTÁMEN POÉTICO

celebrado por la misma

EN EL DIA 23 DE ABRIL DE 1873,

PARA CONMEMORAR

EL ANIVERSARIO CCLVII

DE LA

MUERTE DE CERVANTES.



= 5 =

SEVILLA.

---

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

1873.



ACTAS.



---

---

## JUNTA EXTRAORDINARIA

DEL MIÉRCOLES 23 DE ABRIL DE 1873.

---

### CONCURRENTES.

Los Sres.:  
Fernandez-Espino, Director.  
García Portillo, Censor.  
Campos.  
Rios.  
Amores.  
Góngora.  
Asensio.  
Solís.  
Guichot.  
Sota y Lastra.  
Caballero Infante.  
Alcaide.  
Segovia.  
Millet (electo).  
Rodríguez (id).  
Y el infrascrito Secretario 1.º

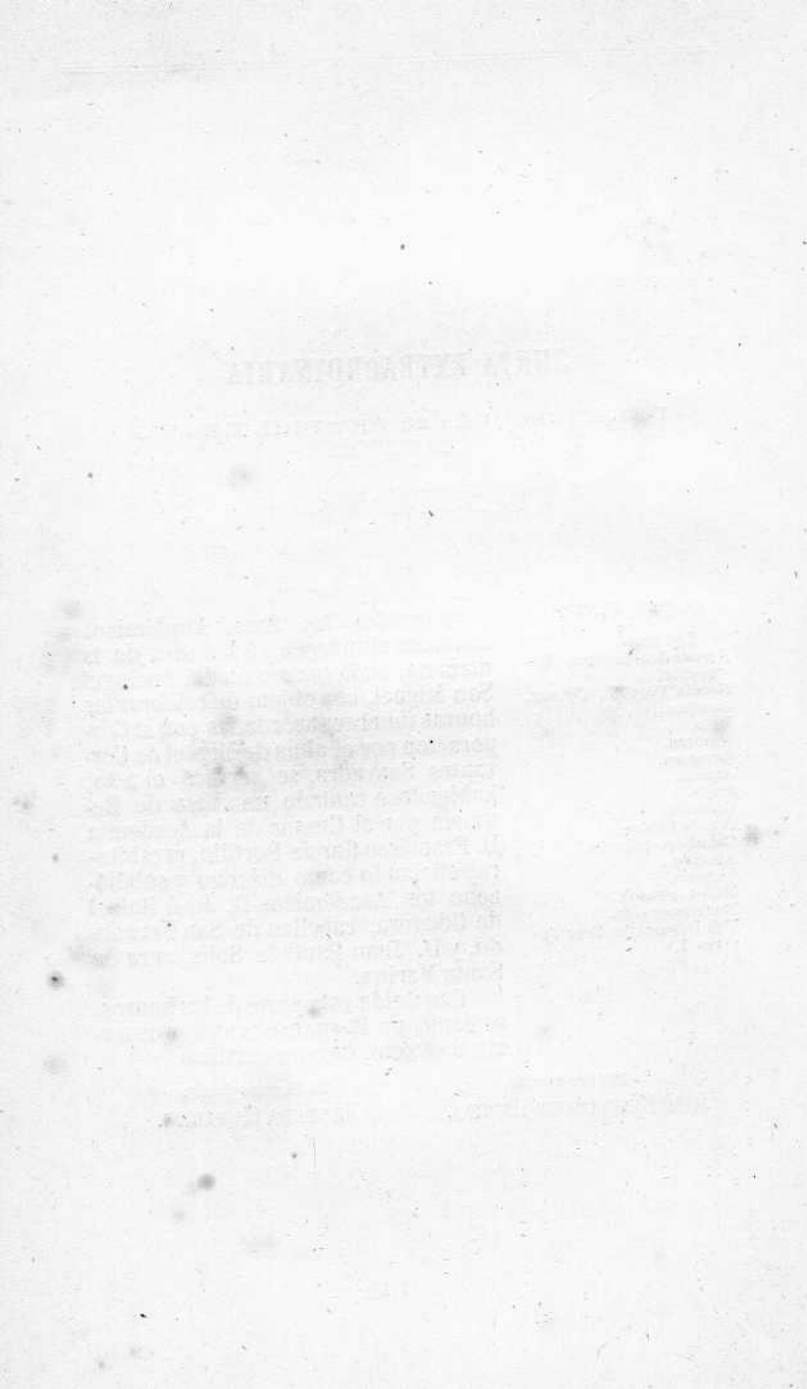
Reunidos los Sres. Académicos anotados al márgen, á las diez de la mañana, en la parroquia del Arcángel San Miguel, con objeto de celebrar las honras fúnebres acordadas por la Corporacion por el alma de Miguel de Cervantes Saavedra, se verificó el acto, habiéndose cantado una Misa de Requiem por el Censor de la Academia D. Francisco García Portillo, presbítero, oficiando como diácono y subdiácono los Académicos D. José Rafael de Góngora, capellan de San Fernando, y D. Juan Bautista Solís, cura de Santa Marina.

Concluida esta parte de las honras, se cantó un Responso, con lo que terminó el acto, de que certifico.

*El Director,*  
JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO.

*El Secretario 1.º,*  
VENTURA CAMACHO.





---

## JUNTA PÚBLICA

DEL MIÉRCOLES 23 DE ABRIL DE 1873.

---

PRESIDENCIA DEL SR. DIRECTOR.

### CONCURRENTES.

Los Sres.:  
Fernandez-Espino, Director.  
García Portillo, Censor.  
Santos, Bibliotecario.  
Campos.  
Palacios.  
Machado.  
Ríos.  
Dominguez Bécquer.  
Amores.  
Góngora.  
Guichot.  
Asensio.  
Sota y Lastra.  
Solís.  
Caballero Infante.  
Alcaide.  
Segovia.  
Millet (electo).  
Gonzalez Ruano (electo).  
Y el infrascrito Secretario 1.\*

Reunidos los individuos de la Academia anotados al margen, con objeto de adjudicar los premios en el certámen celebrado en honor de Miguel de Cervantes Saavedra, en el día de hoy, CCLVII aniversario de su fallecimiento, y con asistencia del público de los dos sexos que tuvo por conveniente asociarse á esta solemnidad literaria, principió el acto leyendo el Sr. Director las Preces que previene el Reglamento, y en seguida un correcto discurso alusivo al acto, que fué escuchado con muestras de benevolencia, recibiendo á la conclusion el aplauso de los concurrentes.

En seguida, leida el acta de la Academia, en que se declaró cuáles composiciones eran acreedoras á premio y cuáles á lectura, y una carta sin firma, en que un amante de las letras regalaba una joya para que se otorgara á la composicion que, á juicio de

la Academia, siguiera en mérito á las premiadas, se procedió á adjudicar los premios concedidos por el órden siguiente:

El primero, que consistia en un ejemplar de la magnífica edicion del Quijote, hecha en Barcelona por D. Tomás Gorchs, en 186 , [dos tomos en fólio imperial, se adjudicó á una oda en honor de Cervantes, cuya autora es la Sra. D.<sup>a</sup> Antonia Diaz de Lamarque, composicion que fué leida por el Sr. D. Gonzalo Segovia y Ardizone.

El segundo era un *Pensamiento* de oro con esmalte; fué adjudicado á la leyenda en verso, titulada *D. Miguel de Mañara*, cuyo autor es D. Manuel Cano y Cueto, leida por el mismo.

El tercer premio, una *Rosa* de oro y esmalte, regalada por un desconocido, segun la carta anónima de que ántes se ha hecho mencion, fué adjudicado á otra leyenda con el mismo título que la anterior, cuya autora es la señorita doña Victorina Saenz de Tejada, leida por el Sr. D. José María Asensio.

Además merecieron los honores de la lectura, segun anterior acuerdo de la Academia, las composiciones siguientes: la titulada *El Rey Mártir*, de la Srita. D.<sup>a</sup> Isabel Chaix y Martinez, leida por el Sr. D. Joaquin Alcaide; y la que lleva por título *Axataf*, de don Antonio Sanchez Bedoya, leida por el Sr. D. Ramon de la Sota y Lastra, todas las cuales, como las anteriores, fueron aplaudidas por el público. Concluida la lectura de la última, se levantó la sesion, de que certifico.

*El Director,*

JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO.

*El Secretario 1.º,*

VENTURA CAMACHO.

DISCURSO  
DEL ILMO. SR. D. JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO,  
DIRECTOR DE LA ACADEMIA.



---

SRES. ACADÉMICOS:

Sólo el deber, por el sitio que inmerecidamente ocupó, ha puesto en mis manos la pluma para ensalzar al preclaro varón cuya memoria viene á solemnizar por segunda vez la Academia.

¡Cómo de otra manera, sin que la vanidad literaria dominase en mi corazón, atreverme á tocar en tan grave como difícil materia, reservada sólo al talento y la sabiduría! Aún no fueran suficientes estas cualidades, de que carezco, sin haber estudiado cuidadosamente las obras del hombre á que me he referido, desentrañado las profundidades de su inteligencia casi divina y seguido los vuelos de su poderosa imaginación y de su rica y maravillosa inventiva; todo esto me falta, aunque me sobre amor á su ingenio peregrino.

Yo, que en esas penalidades de la vida, en que el corazón padece y el espíritu desalienta, en que las ilusiones se disipan y los horizontes de la esperanza se pierden; en esos momentos oscuros y amargos de la existencia he buscado la paz del alma en sus obras inmortales, y, no sólo aprendí en ellas el camino de la resignación, madre de la

tranquilidad y del consuelo, sino á conocer los móviles y recónditos misterios en las aspiraciones humanas, encontrando al par en sus chistes y graciosas burlas una especie de talisman que convertia mis pesares en deleite y regocijo; ¡no he de amarle y de admirarle cuando tales beneficios le debo!

Sin embargo, áun cuando al amor reuniese (que no es así) cuanto de erudicion, fantasia y entendimiento puede adornar el espíritu de los mortales, á lo difícil de la empresa agrégase que los más sábios é ingeniosos escritores del mundo han juzgado á Cervantes, ya en su mérito en general, ya fijándose en los lugares y puntos de mayor enseñanza, ya en los rasgos en que su profundidad é inspiracion se ostentan con los más esplendorosos esmaltes. Todo se ha examinado y quilatado en sus obras: á veces un período, una cláusula, una frase han dado lugar á repetidos comentarios, otras á interpretaciones acertadas, mas no siempre, y lanzándose el autor en ellas por los espacios de la crítica con libertad tan desusada, que más bien parecen caprichos de un apasionado que producto de una mente clara y serena. Al lado de escritores como Mayans, Rios, Pellicer, Fernandez Navarrete, Clemencin, Hartzzenbusch, La Barrera, Asensio, Tubino y otros que, juzgando sus libros en todo ó en parte, han contribuido á esclarecer la alteza y sentido de muchos de sus pensamientos, y á presentar en clara luz su trabajosa vida y su nobilísimo carácter, hay otros en antiguos y modernos, ménos felices, y otros, en fin, que en la exaltacion de su entusiasmo le atribuyen ideas y sentimientos que no tuvo y de que son claro testimonio sus mismas obras.

Pero esa nube de juicios buenos, malos ó caprichosos, respecto á lo que pensó y á lo que no pensó, ni sintió, revela que la materia está agotada, y que, por lo mismo, la dificultad para tratarla sin esa amorosa manía, que en algunos visionarios forma la base de sus juicios, es punto ménos que insuperable.

Por tanto, aunque suele ser adorno retórico del discurs-



so más bien que propósito de hacer á los oyentes atentos y benévolos, la petición de indulgencia en las oraciones que ante alguna corporacion científica ó literaria se pronuncian, á mí, que ya oísteis las dificultades con que he tenido que luchar, si no hubiera contado con ella anticipadamente, me habria sido imposible la empresa. Vuestra estimacion y la esperanza de obtener de vosotros fácil disculpa á los defectos que habréis de notar en mi discurso, han disminuido mis vacilaciones y recelos, animándome á que éntre con ménos desconfianza en la explicacion del tema con que por breve espacio habré de entreteneros.

Váis á reiros en cuanto os le anuncie, porque se refiere á Dulcinéa del Toboso. ¿Es esta creacion un recurso del ingénio de Cervantes sólo para producir esparcimiento en el ánimo de los lectores, ó una creacion trascendental, si bien burlesca y ocasionada á donaires, que completa el pensamiento del Ingenioso Hidalgo en la profunda crítica que envuelve de algunos defectos y vicios del amor caballeresco en la Edad Media? ¿Quién duda que esto último? Dulcinéa es la caricatura y reverso de aquellas damas ideales pintadas en los libros de caballería y en la historia misma; pero tambien el correctivo de su extraña y fantástica vida: Don Quijote en su amor á Dulcinéa es el tipo exagerado de aquellos paladines que, exaltados por el amor á sus damas, llevábanle hasta el delirio. Ellas y ellos, saliendo en su pasion de las condiciones naturales que el deber de la familia y el respeto á la razon marcan, áun en los grandes arrebatos del corazon, eran con frecuencia objeto de extravagantes, ó reprobadas, ó sangrientas aventuras.

Parte esencial de la inmortal epopeya de Cervantes es el amor de Don Quijote á Dulcinéa; mas los sentimientos y las acciones de este cuadro, sembrado de donaires y rebo-sando prodigioso ingénio, proporcionan no pequeña enseñanza al espíritu. He dicho ya que el amor es el fondo, pero no el amor natural, ingénuo y apasionado, en que tanta parte toma el corazon como el alma; es el amor caballeresco de la Edad Media con todos los caprichos de una voluntad no

contenida, con todos los extravíos de ilusiones fantaseadas por la alucinacion de la mente.

Permítame la Academia, ántes de llegar á la pintura histórica de lo que era el amor caballeresco, sin la cual no podria comprenderse la censura que encierra el amor de Don Quijote á Dulcinéa, que en una ligera mirada retrospectiva examine el carácter de la pasion amorosa desde los antiguos pueblos que mayor influencia han ejercido en la civilizacion moderna, para hallar fácil explicacion á las modificaciones que el tiempo, las creencias religiosas y las costumbres fueron introduciendo en este punto, hasta llegar á la época de la caballería en la mayor altura de su entusiasmo.

Ninguna pasion del alma es más grande y poderosa que el amor: ninguna más natural, ni que tan ámpliamente llene todo el sér humano. Nació para el amor el hombre, no para el ódio: por él vive y realiza las más altas acciones, por él llega al crimen ó á la desdicha, por él á la más alta felicidad de la tierra. Tambien, á veces, cuando el amor es mísera flaqueza, suele convertirse en objeto de burlas y de la risa pública.

Mirábale generalmente el sensual pueblo griego como principio eterno de la fecundidad y causa divina de la perpetuidad de los séres, y distinguia en él tres clases: el de los que se consagraban á Diana, ligándose á ella por una severa castidad religiosa y llevando su virtud hasta no comer carne de animales; el de la honesta esposa colocada en el interior del hogar doméstico cuidando de sus hijos y de la servidumbre, y el de las Hectarias, que solian poner su hermosura en denigrante subasta. Mas tal era la cultura de aquel pueblo y su amor á la sabiduría y á las gracias del espíritu, que esas Hectarias, si no todas, mucha parte de ellas, llegaron á ser objeto de alta estimacion, no ya sólo de la juventud licenciosa y ávida de lo bello, pero de cuanto más ilustre en la Filosofía, las Letras, las Artes y el Gobierno encerraba la república ateniense. Aspásia admiraba por el poder y encanto de su elocuencia. Cuando se estableció

en Atenas llegó á ser su mansion centro de los hombres más distinguidos de Grecia: entre ellos hallábanse Sócrates, Alcibiades y Pericles, jefe el último de la república, á quien Aspásia supo inspirar tal pasion, que, repudiando á su esposa, se enlazó con ella en matrimonio. Frinéa, con ménos recato y consecuencia que Aspásia, pero de ingenioso espíritu, adquirió tan considerable fortuna, que ofreció á la ciudad de Tebas, segun algunos historiadores, reconstruirla de sus ruinas con la condicion de que sobre sus muros habia de colocarse esta inscripcion: *Alejandro destruyó á Tebas y la reconstruyó Frinéa*. Su ofrecimiento con tan humillante condicion fué rehusado. Es por extremo curiosa la vida de aquellas mujeres en que se encuentran, al lado de no pequeña degradacion moral, tal amor á las Letras y las Artes, y á veces tal grandeza en su espíritu, como sucedia á Aspásia, que forma su historia extraño conjunto de malo y bueno, de codicia y desinterés, pero casi siempre de ilustracion y de poderosa influencia en la cultura social.

Estoy hablando del carácter del amor en Grecia y no debo olvidarme del llamado platónico, por el nombre del gran filósofo que le concibió en su preclaro entendimiento. Puede asegurarse que hasta entónces era el amor un sentimiento sensual: la delicadeza ideal del de Tancredo en la Jerusalem de Tasso, habria sido incomprendible ó considerada como una debilidad del alma: Platon lo engrandeció purificándole de los estímulos de la materia. Su diálogo titulado *El Banquete*, donde expone la doctrina, consiste en una serie de disertaciones puestas en los lábios de los personajes que intervienen en la discusion. Uno de éstos, Erixímaco, se lamenta de que la Poesía no hubiese hecho nunca el elogio del amor, y cree, por lo mismo, que conociendo la Filosofia su poder é influencia, debia reparar tan grave falta. Entónces Fedro, otro de los interlocutores, añadió que ni el nacimiento, ni los honores, ni las riquezas, nada, en fin, encontraba como el amor, capaz de infundir en el hombre la vergüenza del mal y la emulacion del bien, sin cuyas bases

jamás se crearía por un particular ó por un Estado, lo digno, lo grande, ni lo bello. De manera, añadió, que si un pueblo ó un ejército, por algun encantamiento ó poder superior, sólo se compusiese de amantes, ningun otro se hallaria que más aborreciese el vicio y amára la virtud; y que no conocia hombre alguno, aunque fuera tímido, que no se convirtiese en héroe si llegaba á inflamarlo el amor.

Empero Platon guardaba su verdadera doctrina en este punto para colocarla en los lábios de Diotimo dirigiéndose á Sócrates. Díjole que el verdadero amor camina de la belleza material á la belleza de los sentimientos, de éstos á la de las idéas, de éstas á la suprema, que es centro de perfeccion y tipo de toda belleza ideal. Obsérvese que en la doctrina platónica del amor, la hermosura del cuerpo es sólo el primer grado, y que se purifica dejando las perecederas gracias de aquél y caminando hácia las que no tienen tiempo, ni sexo, ni edad, ni son variables, hasta elevarse á la que reside en los cielos, belleza eterna, perfecta é increada, de donde proceden la virtud y la verdad, hermosas hijas de la belleza. De este modo explica Platon la pasion amorosa, levantando en su profunda teoría glorioso monumento á la Estética.

Sin embargo, ese puro y delicado amor no podia comprenderlo aquella sociedad, encerrada en los estímulos del materialismo, y que áun la Epopeya, el Drama y la Poesía lírica desconocieron. Tampoco le conoció Roma, donde se consideraba á la mujer sólo como necesidad doméstica, sin más mision que la de producir hijos útiles para el Estado. Llegaba matrimonialmente á los brazos del esposo por el uso ó la compra, y desde entónces adquiria éste sobre ella derechos omnímodos, que no admitiria ninguna razon moderna. Podia repudiarla, cederla á alguno y hasta darle muerte: su marido era su señor, nó su igual, y disponia libremente de ella, segun la ley, como de cualquiera otra cosa perteneciente á su dominio.

Tal era la condicion de la mujer en la severa Roma, la misma, poco más ó ménos, que en las demás naciones; y no

habría salido de tan mísero estado, si el Dios que redimió al mundo no hubiera roto las cadenas de la esclavitud haciendo á todos hermanos, y anatematizado y proscrito el materialismo grosero que gangrenaba en gran parte los sentimientos del pueblo romano. Entónces nació el amor, no como Platon le había imaginado, sino con mayor pureza. Aquél, páрте de la hermosura terrestre para elevarse desde ella á la suprema; pero el Cristianismo le despojó de toda envoltura material: amóse la belleza del espíritu dejando á un lado la de la materia, y pudo predicarse la virginidad como medio de conservar la pureza del alma y con ella las demás virtudes, sin contrariar por eso el matrimonio que y enalteció explicó San Pablo.

Hé aquí el amor místico, el amor de Santa Teresa de Jesus, en que, rompiendo el alma los lazos del cuerpo, vuela derechamente á Dios, centro de amor y el amor mismo. La mujer que se distinguió por su entusiasmo en la fé y por su energía y valor en arrostrar los más crueles tormentos, engrandecida así y purificada, no podia dejar de ser igual al hombre.

Gran predileccion tuvieron los Santos Padres por las doctrinas platónicas: San Agustin dice que, mudadas algunas frases y sentencias en ellas, podian ser cristianas: la diferencia, sin embargo, no es pequeña: el amor, como le ideó el filósofo griego, principia por la materia; el místico la excluye y comienza desde luégo por el espíritu.

El de Dante á Beatriz participa de ámbos; ama su hermosura, parecida á blanco lirio que acaba de abrir su tierro y oloroso cáliz; pero la ama porque la considera hermoso reflejo de los más puros sentimientos del espíritu. Por eso han creído algunos que en ella encerró el símbolo de su teología en la Divina Comedia (1). No así el amor de Petrarca á Laura, en que sigue la doctrina platónica. Laura era casada, no yá muy jóven aunque hermosa, y Petrarca sacerdote; inspiró á éste altos y purísimos pensamientos,

---

(1) En su *Vita nuova*, se vé claramente que no es así.

elevóle á las regiones en donde habita la beatitud eterna, pero no olvida su terrena hermosura y suele ésta ser principio de todas sus inspiraciones: de ella parte frecuentemente para expresar con deliciosa armonía, en algunas de sus canciones y en sus sonetos, la amorosa metafísica de sus vagos y sutiles deseos. Yá muerta, su amor tomó el rumbo del misticismo.

Los bárbaros del Norte solian aceptar la poligamia sin generalizarla y sin que diese por resultado la reclusion de las mujeres. Los Germanos tenian una sola esposa, que era su compañera en el hogar doméstico y áun en el campo de batalla. Acompañaban sus mujeres á los Cimbro y Teutones que invadieron las Galias é Italia, y peleaban y morian con ellos. Las Valkiries eran hermosas y atrevidas guerreras que sólo amaban, enlazándose con él, al hombre que las vencia en la batalla (1).

Empero á medida que la Caballería, hija de las tradiciones antiguas y germánicas, fué inspirando la cultura y suavidad en los sentimientos, la mujer del Norte mejoraba su condicion, si bien no tan felizmente que no tuviera que defenderse acero en mano, de actos brutales, ni que dejára de experimentar persecuciones por su virtuosa hermosura. Cierta es que más adelante la Caballería, como inspirada por la Iglesia en no pequeña parte, y defensora de su fé, juraba entre muchas cosas nobilísimas, honrar y servir á todas las damas por el amor de una: y este precepto, origen de generosos pensamientos, que llevó el culto á la mujer hasta la idolatría, constituye el fondo de los cantares y libros de entónces.

Mas aunque inspiraba al caballero el amor, denuedo, heroísmo, la defensa de los débiles y hasta el sacrificio de la vida, la flaqueza humana, enemiga de la virtud, solia hacer imposibles muchas veces los propósitos más hidalgos. El catecismo de amor enseñado por las damas á los

---

(1) Saint-Marc Girardin. *Literatura dramática*. Del amor entre los pueblos bárbaros.



jóvenes caballeros, con especialidad á los pajes, no era pequeño riesgo, á pesar de que el primero de sus capítulos preceptuaba el amor á Dios y el respeto á la mujer. La teoría era hermosa, excelente para ser aplicada por ángeles: pero si no siempre, no rara vez presentaba la práctica lamentables ejemplos, en que el caballero, abusando de la dama doctora ó de otras, no era leal, ni puro en su pasión, ó en que, poniendo atrevidos ojos en la que estaba unida por el matrimonio á otro caballero, solia producir lamentables tragedias. Dos ejemplos citaré solamente de estas, aunque pudieran multiplicarse.

Raoul de Coucy, caballero trovador que amaba á la esposa de Fayel, sintiéndose en la agonía, previno á su escudero que le llevase su corazón, ni más ni ménos que lo que vió Don Quijote en la cueva de Montesinos respecto á Durandarte y Belerma. Mas en este suceso no llegó el corazón á manos de la dama: interceptado por Fayel se lo puso á ésta como vianda en la mesa, y después de haberlo comido le explicó el horrible suceso: ella se dejó morir de hambre. Lo mismo aconteció á Margarita, mujer del conde Raymon, con el de su paje el trovador Guillermo de Cavestaing. Al saber por su esposo la clase de manjar que habia comido, arrojóse por un balcon y quedó exánime: pero aquél, que habia dado muerte al paje y sacádole el corazón para presentarlo á ella por vianda, fué encerrado por Alfonso II de Aragon en una cárcel, donde murió. No satisfecho aún con esto el soberano, arrasó su castillo, repartió sus bienes á los parientes de Margarita y levantó un monumento á los dos amantes junto á la iglesia de San Juan en Perpiñan (1). Sin embargo, fuerza es confesar que estos casos no eran frecuentes como en Provenza, en Castilla y Leon y en otros pueblos de Europa.

Por no ménos vituperable debe considerarse la escasa seguridad que los padres ó tutores tenían de conservar respetadas y seguras en sus palacios ó castillos á sus hijas y

---

(1) Coll y Vehí. *La sátira provenzal*.



pupilas, siendo ricas y hermosas. No era raro ver, cuando se oponian á su amor, que se dejasen éstas robar de sus amantes, verificándose á veces tales actos por la fuerza de las armas.

¿Y cuánto tiempo no habria que emplear para referir los caprichos y locuras en la exaltacion de sus amores? Lo que refiere el libro de Amadís de Gaula de la penitencia de éste con el nombre de Beltenebros en la Peña Pobre, para calmar el rigor de su Señora Oriana, no es exageracion, ántes copia de actos verdaderos, si se comparan con lo que solian hacer los caballeros en este punto. Vémosles, nó sólo segun los libros de caballería, sino segun la historia misma, salir por esos mundos en busca de peligrosas aventuras, promoviendo desafíos ó grandes é inútiles hechos de valor; con eminente riesgo de la vida, todó por la grave razon de si era su dama milagro de hermosura y áun la más bella del mundo: vémosles tambien metidos en soñados cautiverios en que por su voluntad entraban: vémosles procurar salir de esa esclavitud por medio de difíciles y peligrosísimos pasos de armas: y vémosles, finalmente, pretender librarse de palabras á la Señora de sus pensamientos, muchas veces sin exigencia de ésta y otras sin su conocimiento.

Hechos frecuentes se hallan de este género entre nosotros en el siglo XV. La crónica de D. Juan II refiere vários pasos honrosos sobre prisiones amorosas; la de Suero de Quiñones, escrita por el P. Pineda, contiene la descripción de uno memorable sostenido por este jóven caballero, de prosapia ilustre, de altos bríos y de gentil apostura. Llevaba en señal del cautiverio en que le tenía su dama una cadena de hierro al cuello los juéves de cada semana; y para salir de esta situacion, pretendió licencia del rey D. Juan y la pidió en los términos siguientes:

«Deseo justo é razonado es, los que en prisiones ó fuera de su libre poder son, desear libertad; é como yo, vasallo é natural vuestro, sea en prision de una señora de gran tiem-

po acá; en señal de la cual todos los juéves traigo á mi cuello este fierro, segun notorio sea en vuestra magnífica Corte é Reynos é fuera de ellos por los faráutes (mensajeros) que la semejante prision con mis armas han llevado. Agora, pues, poderoso Señor, en nombre del Apóstol Santiago yo he concertado mi rescate, el cual es trescientas lanzas rompidas por el asta con fierros de Milañ de mí é destes caballeros que aquí son, en estos arneses segun más cumplidamente en estos capítulos se contienen, rompiendo con cada caballero ó gentil home que allí verná tres, contando la que ficiere sangre por rompida, en este año del cual hoy es el primero día.»

Entre las condiciones que presentó Suero para la celebracion del Paso Honroso, una de ellas era que si alguna señora de honor llegaba á pasar por el sitio, ó á media legua de distancia, perderia el guante de la mano derecha, si no llevase caballero que la defendiese: otra era que se nombrarian por él tres damas que diesen fé de lo que allí pasára, ménos aquélla por quien estaba cautivo; y que al primer caballero que viniese á salvar por armas el guante de ella, le regalaria un diamante.

Otorgado por el rey permiso para el Paso, dió Suero aviso á los Reyes, Duques, Príncipes y Señores de toda la cristiandad. Le sostuvo con sus nueve compañeros por espacio de treinta dias, quedando heridos todos ellos. Vinieron á justar sesenta y ocho caballeros propios y extraños; uno de ellos, Esberte de Claramonte, caballero aragonés, fué muerto. Terminada la justa quitaron los jueces del campo la cadena á Suero, y éste la instituyó en honor de sus compañeros. Era de ver cómo todos los que habian concurrido al gran torneo, pedian certificacion de haberse conducido buenamente, para presentarlas á las señoras por cuyo amor habian ido á aquel trance de armas.

Ahora bien, el amor caballeresco, segun hemos visto, no semeja al amor místico del cristianismo, capaz de todas las virtudes y de todos los sacrificios: no al amor platónico, el cual, si partía de la belleza terrena, era para

elevarse á la absoluta y perfecta, tipo ideal de todas las bellezas: no al de Dante á Beatriz, muy parecido al platónico: ni áun al de Petrarca, no tan puro como el de Dante. El amor caballeresco, abigarrada mezcla de todos ellos, quizás por los extravíos de la debilidad humana y de la fantasía, ó por transacciones de la materia con una metafísica absurda, fué muchas veces monstruoso conjunto de bueno y malo, de juicio y ceguedad y de bizarras y locas acciones.

Yo creo que el amor del caballero á dama que no debia corresponderle, por estar ligada á otro con santos vínculos, ni en ella, ni en él saldría de la pureza del espíritu, y que la materia no le enturbió nunca con torpes anhelos: pero no puede negarse que partir la esposa con el marido sólo el hecho nupcial, y guardar para el paje ó el trovador amado todos los delirios del alma, es cosa que viene á destruir los sacros fundamentos de la familia.

Figurémonos que para los rendimientos de ese paje ó para las apasionadas canciones de ese trovador no tuvo la dama, como signo de su oculto fuego, sino una dulce mirada ó una graciosa sonrisa; ¿no os parece esto una herida al pudor y que comete en ellas un hurto á quien únicamente y de derecho corresponden? ¿Y qué dirémos de la dama que por la astucia ó la fuerza dejábase robar del amante, de los hermanos complacientes y de las reinas de los torneos alejadas por el constante incienso de la lisonja y de sus amorosas aventuras de las obligaciones del hogar doméstico? ¿qué, de las extravagancias y áun locuras de los caballeros en los pasos de armas, de los extravíos en sus ideas amorosas, y de aquellas adoraciones en que, divinizando á sus damas, acudían á la penitencia en desierto para apiadar su corazón, cuando contra ellos se airaba, y volver la serenidad y la sonrisa á su semblante? Todo esto tendía á arrojar de la vida práctica á la razon y al juicio, sin los cuales no cabe felicidad completa en el corazón, ni moralidad y armonía en los sentimientos, ni en la sociedad ó orden ni ventura.

Cervantes, que conocia bien la historia y los libros de caballería, muchos de ellos tan desdichadamente escritos como extraños eran los afectos que pintaban, acometió la obra de poner coto á tales delirios y á tales libros por la fuerza incontrastable del ridículo. Su creacion, fuente inagotable de eterna risa, por la gracia de sus burlas, es á la vez enseñanza de la humanidad, porque descubre el móvil de los latidos del corazon y de las inquietudes del alma. Los episodios de este libro, pequeños cuadros de sátira y de doctrina social, forman todos juntos la epopeya del hombre, y por eso todos la comprenden. Uno de ellos, el más importante, es el amor de Don Quijote á Dulcinéa.

Á censurar el amor caballeresco en lo que tenía de extraño, aunque fuese puro é ideal, encaminó su pluma el Príncipe de los ingenios. Para ello, después que dió á Don Quijote escudero que le acompañase, no podia dejarle desprovisto de dama que fuese norte de su ilusion amorosa y aliento de sus acciones. Como en la antigua caballería ocurría á veces enamorarse el hombre de mujer cuya belleza andaba de lábio en lábio, pero á quien no habia visto nunca, y á las damas prendarse de caballeros que no conocian sino por la fama de sus proezas, Don Quijote en su locura forjó en su mente la hermosura de Dulcinéa y la cercó de atractivos deslumbradores: nada habria que criticar en este amor tan puro y casto como el alma del hidalgo manchego, fuera de la extravagancia de que le revestia en la exaltacion de su idealidad, extravagancia y exaltacion frecuentes en el amor de los caballeros, del cual el de aquél á Dulcinéa es copia y á la vez crítica felicísima.

Encontrámonos en este episodio á Don Quijote metido con Sancho en lo más escabroso de Sierra Morena para sufrir mortificaciones y ablandar con ellas el rigoroso corazon de su amada. Resuelto con tal motivo á escribirle una carta, hácelo con la adoracion y cortesanía que observaremos. Dictóla así: «Soberana y alta señora: el ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazon,

dulcísima Dulcinéa del Toboso, te envia la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es mi pró, si tus desdenes son en mí afincamiento, magüer que yo sea asáz de sufrido mal podré sostenerme en esta cuita, que además de ser fuerte es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relacion, oh bella ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho á tu crueldad y á mi deseo. Tuyo hasta la muerte, El Caballero de la Triste figura.» Quedó entretanto el enamorado paladin dando zapatetas al aire, de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido.

Marcha Sancho hácia el Toboso: ¿pero á quién entregar la epístola? ¿dónde estaba esa diosa de la hermosura? Él, que era malicioso y tenía puntas de socarron, forja el cuento para cumplir con su amo, en el cual le dice que la encontró ahechando trigo, que D. Quijote tomó por grue-sas y ricas perlas. Siguiendo aquél su invencion, dícele después que la veria entre dos bellas damas y que las tres venian subidas en blancas hacaneas. Las que dijo ser damas eran tres rústicas labradoras, caballeras en pollinos. Salióles al encuentro Don Quijote, hincóse de rodillas ante ellas, y tambien Sancho, interrumpiéndoles el paso y fijándose en la que éste le dijo ser Dulcinéa. Asombrado Don Quijote al verla de no muy buen rostro, porque era cari-redonda y chata, «levántate Sancho, dijo á éste, que yá veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento á esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio de este aflijido corazon que te adora, yá que el maligno encantador que me persigue y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos y no para otros ha mudado y trasformadó tu sin igual hermosura y rostro en una labradora pobre, si yá tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo para ha-

cerle aborrecible á tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumision y arrodillamiento, que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi ánima te adora.»

«Toma que mi agüelo, respondió la aldeana; amiguita soy yo de oir resquebrajos. Apártense y déjennos ir y agradecérselo hemos. Apartóse Sancho y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apénas se vió libre la aldeana que habia hecho la figura de Dulcinéa, cuando picando á su hacanea con un aguijon que en un palo traia, dió á correr por el prado adelante; y como la borrica sentia la punta del aguijon, que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinéa en tierra: lo cual visto por Don Quijote, acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar la albarda; y queriendo Don Quijote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose un tanto atrás, tomó una corridica, y puestas ámbas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo, más ligero que un halcon, sobre la albarda, y quedó á horcajadas como si fuera hombre..... todas picaron trás ella y dispararon á correr, sin volver la cabeza atrás por espacio de media legua.»

Los encantamientos de las damas por malquerencia de algun maligno nigromante eran frecuentísimos en los libros de caballería y cosa natural que el enamorado paladin acudiese por la astucia ó la fuerza de las armas á libertar de tan triste estado á la señora de su corazon. Don Quijote, espejo de amantes caballeros, no podia olvidarse del desencanto de la suya, costárale ó nó los mayores peligros ó desventuras.

En esto, y sin entrar en poblacion alguna, fué á dar en un palacio habitado por sus poderosos dueños, que eran Duques, acompañados de gran séquito de escuderos, pajes, doncellas y dueñas, y de numerosa servidumbre de criados. Era este matrimonio feliz; y aunque honrado y

bueno, quizás por ser jóvenes ámbos esposos y no ver á su lado la desdicha ni haberla conocido, más pensaban en divertir su ánimo en aquella soledad que en obras de misericordia: por esto no tomaban á pecado el buscar solaz y risa en el pobre loco á quien la casualidad habia llevado á su fastuosa mansion. ¡Cuán diferentes eran el cura y el barbero, que no dejaron de trabajar, aún á costa de mortificaciones, para volverlo á la razon y sacarlo de aquella triste, ridícula y arriesgada vida! Pero sigamos: sabedores los Duques del estado de Dulcinéa, prepararon su desencanto para seguir en su manía al héroe manchego, inventando la rarísima y medrosa aventura de la aparicion de Merlin al mismo, y los demás circunstantes, precedido de extrañas visiones y de espantosos ruidos primero, y después de una música apacible y deliciosa. Pasaron vários carros con fantasmas y produciendo infernal estrépito, que se fué, como hemos dicho, suavizando hasta que llegó el que traia á Dulcinea y al sábio encantador. Levantóse éste y púsose de pié, y separándose el velo que cubria su rostro, quedó en ropa talar negra, y semejando en su habla, segun refiere Cervantes, «muerte viva con voz algo dormida y con lengua no muy despierta» y dirigiéndose al caballero, entre otras razones le manifestó:

«A tí te digo, oh varon, como se debe  
Por jamás alabado, á tí valiente  
Juntamente y discreto Don Quijote,  
De la Mancha esplendor, de España estrella,  
Que para recobrar su estado primo  
La sin par Dulcinéa del Toboso  
Es menester que Sancho tu escudero  
Se dé tres mil azotes y trescientos  
En ámbas sus valientes posaderas;  
Al aire descubiertas y de modo  
Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.  
Y en esto se resuelven todos cuantos  
De su desgracia han sido los autores,  
Y á esto es mi venida, mis señores.



Voto á tal, dijo á esta sazón Sancho, no digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres como tres puñaladas: válate el diablo por modo de desencantar: yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos. Por Dios que si el señor Merlin no ha hallado otra manera como desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura. Tomaros hé yo, dijo Don Quijote, Don villano, harto de ajos, y amarraros hé á un árbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trescientos, sino seis mil y seiscientos os daré, tan bien pegados, que no se os caigan á tres mil tirones; y no me repliqueis palabra, porque os arrancaré el alma. Oyendo lo cual Merlin, dijo: no ha de ser así, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho, han de ser por su voluntad y nó por fuerza, y en el tiempo que él quisiere; pero pèrmitasele que si él quisiere redimir su vejacion por la mitad de este vapulamiento, puede dejar que se los dé agena mano, aunque sea algo pesada.»

Todos conocemos las condiciones del desencanto de Dulcinéa: no se otorgó á Sancho el Gobierno de la Ínsula Barataria sino con la obligacion de cumplirlas.

Faltaba á Cervantes, para dar la última mano á la pintura del amor de Don Quijote á Dulcinéa, probarle en su lealtad y pureza, presentando á éste asediado por los incentivos y seduccion de la hermosura, terminando el cuadro con tan feliz pincelada. Para ello, entre las innumerables aventuras á que daba lugar la invencion y vivo ingenio de los Duques, y á fin de continuar en la regocijada vida que les proporcionaba la presencia de sus huéspedes, acudieron á una si no tan fantástica y extraña como la mayor parte, acaso la más donosa de todas. Altisidora, una de las doncellas del palacio, jóven, aguda, desenvuelta y de buen parecer, fingióse loca de amor por el Caballero de la Triste Figura, apelando, en cuanto el natural recato lo permitia, á las más poderosas artes de la seduccion. Todo en vano: Don Quijote, siempre casto, fiel y consecuente en su idólatra amor, sin consentir en su espíritu nunca ni una sombra

de sensual deseo, aparecía inmóvil como fría roca ante los atractivos y alhagos de Altisidora. Entónces pensó en ausentarse de aquella mansión, que, con las recientes aventuras de cencerros, gatos y dueñas yá para él iba siendo cárcel enojosa. Tomada vénia de los Duques, despedido de ellos, armado, ginete en su Rocinante, Sancho en su Rucio, y ventanas y corredores llenos de gente para verlos salir, presentóse de improviso Altisidora, que estaba entre las otras dueñas y doncellas, y llena de furia alzó la voz y dijo:

Escucha, mal caballero,  
Deten un poco las riendas,  
No fatigues las hijadas  
De tu mal regida bestia.

Mira, falso, que no huyes  
De alguna serpiente fiera,  
Sino de una corderilla,  
Que está muy léjos de oveja.

Tú has burlado, mónstruo horrendo,  
La más hermosa doncella,  
Que Diana vió en sus montes,  
Que Vénus miró en sus selvas.

. . . . .  
Tú llevas, ¡llevar impío!  
En las garras de tus cerras  
Las entrañas de una humilde  
Como enamorada tierna.

Llévaste tres tocadores  
Y unas ligas de unas piernas  
Que al mármol puro se igualan  
En lisas, blancas y negras.

Llévaste dos mil suspiros  
Que á ser de fuego pudieran  
Abrasar á dos mil Troyas  
Si dos mil Troyas hubiera.

De ese Sancho tu escudero  
Las entrañas sean tan tercas

Y tan duras, que no salga  
De su encanto Dulcinéa.

Seas tenido por falso

Desde Sevilla á Marchena,  
Desde Granada hasta Loja,  
De Lóndres á Ingalaterra.

Si jugares al Reinado,

Los Cientos, ó la Primera,  
Los reyes huyan de tí,  
Ases ni sietes no veas.

Si te cortáres los callos

Sangre las heridas viertan;

Y quédente los raigones

Si te sacáres las muelas.

Cruel Vireno, fugitivo Eneas,

Barrabás te acompañe, allá te avengas.»

«En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando Don Quijote, y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho, le dijo: por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro que me digas una verdad; dime; ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? Á lo que Sancho respondió: los tres tocadores sí llevo; pero las ligas como por los cerros de Úbeda. Quedó la Duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora, que aunque la tenía por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á tales desenvolturas; y como no estaba advertida de esta burla creció más su admiracion. El Duque quiso reforzar el donaire, y dijo: no me parece bien, señor caballero, que habiendo recibido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayais atrevido á llevaros tres tocadores por lo ménos, si por lo más las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho y muestras que no corresponden á vuestra fama: vedle las ligas y si no yo os desafío á mortal batalla, etc.

No quiera Dios, respondió Don Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recibido: los tocadores volveré porque dice Sancho que los tiene: las ligas es imposible porque ni yo las he recibido, ni él tampoco; y si esta vuestra doncella quiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor duque, jamás he sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, como ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y así no tengo de qué pedirle perdon, ni á ella ni á vuestra excelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinion y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino.»

¡Qué contestacion tan digna, tan severa y tan delicada á la vez! ¡Cómo, sin olvidarse de la gratitud por las atenciones recibidas, revela en ella un corazon entero y un alma tranquila y serena!

En suma el amor de Don Quijote es el mismo que explicaban las damas á los caballeros en su código de amor: leal, desinteresado, pundonoroso, llevando el espiritua-lismo hasta la idealidad, y puede decirse que como le pinta Platon en su tratado del *Banquete*. Pero este amor, segun yá lo hemos visto, convertíase con frecuencia en una exaltacion casi febril que daba por resultado extravagancias y locuras. No quedaban en esto sus graves inconvenientes: transformando muchas veces en culto el amor á la mujer, así idealizada, tributaba á ésta veneracion y rendimientos que sólo á Dios ó á su Santa Madre corresponden. Confundíase de este modo en él lo humano con lo divino, lo terreno con lo ideal, y colocaba á la dama y al caballero fuera de las condiciones del trato natural y ordinario de la vida. Este es el amor que, con maravilloso ingenio y graciosas y punzantes burlas, critica Cervantes en el de Don Quijote á Dulcinéa.

En ésta no se vé la dama de la caballería; al contrario, la misma contraposicion que se nota en el carácter de Don Quijote y Sancho Panza aparece en ella y en aquél. Creia

Cervantes que la dama de los palacios, de los castillos, de los torneos y de las aventuras, aunque honrada, después de los peligros que su pudor corria en esa clase de vida, no era de utilidad alguna en las faenas del hogar, ni como soltera, ni como esposa, ni como madre: por eso supone Sancho Panza, que se encontró á Dulcinéa ahechando trigo, no comprendiendo á la mujer dentro de su casa sin alguna ocupacion útil, y á él no podia ocurrirle por su educacion y rusticidad otra más delicada.

En este episodio, así como en la obra en general, vése el mismo pensamiento; á la realidad, si bien un tanto material, purificando las exaltadas, aunque nobles ilusiones de la poesía: de esta manera, templándose la una por la otra en sus exageraciones, y vislumbrándose en ellas el término medio que naturalmente se marca rebajando los vuelos excesivos de la una, y la tosca realidad de la otra, llégase á la idealidad que no se alimenta de sueños imposibles y á la realidad que no pugna con ningun sentimiento hidalgo y virtuoso, confundiéndose ámbas entre sí y viviendo juntas en completa armonía.

Felicísimo y poderoso ingénio el de Cervantes, que ministró á la humanidad entera en su alto pensamiento lecciones de tanta profundidad filosófica como deleite; con éste, desarrugando el ceño á la moral austera, produce esa eterna risa, que, segun Homero, sólo era dado gozar á los Dioses del Olimpo.

¡Y este hombre extraordinario, este gigante del génio, este regocijo y admiracion de todas las naciones, fué pobre y desdichado! Oh, sí; y pocos se han visto perseguidos por adversa fortuna con saña tan rencorosa. Soñó en la gloria de las armas, peleó en Lepanto con gran denuedo y recibió dos heridas, una en la mano izquierda y otra en el pecho; continuó guerreando y su situacion de humilde soldado fué la misma: pensó en restituirse á su pátria al ver que no habia recompensa para sus afanes y servicios, y cayó cautivo en Argel, sin conseguir la libertad hasta despues de cinco años y medio de miserias, penalidades y peligros.

Volvió á pensar en las armas, y las siguió con la misma animosa bizarría que ántes: todo inútil; el noble soldado, ni ganaba ascensos, ni salía de la pobreza, y renació en él su pensamiento de ver á su querida España. Llegó, pidió un mísero destino, se le negó; y entendiendo que podia vivir de las Letras como otros felices ingenios, púsole en obra; pero no bastándole este recurso, tuvo que apelar al de comisionado de Guevara é Izunza, proveedores de la armada. Su celo en este destino le atrajo una censura eclesiástica en Écija y algunas prisiones. Los dos Argensolas, sus amigos, tenían encargo del jóven Virey de Nápoles, conde de Lemos, de llevar á las oficinas del Vireinato á los españoles mas sobresalientes en númen y letras: apesar de haber ofrecido á Cervantes que sería uno de los agraciados, tuvieron la crueldad de faltar á su palabra. Parece que al recordar el desgraciado Manco de Lepanto el suceso en su *Viaje al Parnaso*, torna á clavarse de nuevo en su corazon la flecha que en él habia hundido la mala accion de sus amigos. Dirigiéndose al Dios Mercurio con referencia á los Argensolas que se hallaban en Nápoles con el Virey ¡con qué amargura se explica!

«Que no sé quién me dice y quién me exhorta  
Que tienen para mí, á lo que imagino,  
La voluntad como la vista corta.

Que si esto así no fuera, este camino  
Con tan pobre recámara no hiciera  
Ni diera en un tan hondo desatino.

Pues si alguna promesa se cumpliera  
De aquellas muchas que al partir me hicieron  
Lléveme Dios si entrára en tu galera.

Mucho esperé, si mucho prometieron;  
Mas podrá ser que ocupaciones nuevas  
Les obligue á olyidar lo que dijeron, &c.»

Así se vió llegar á la vejez pobre, enfermo y desdeñado de muchos que esquivaron favorecerle, como los Argenso-

las, y rendir tributo á su génio, porque de la oscuridad y angustias de su vida veian acaso asomar los resplandores de su gloria. No es esto último imposible. Lo que sí parece cierto es que la Providencia, que le destinaba purísima é imperecedera corona en el cariño y aplausos de las gentes en todas las generaciones, no quiso concedérsela sino á costa de peligros, de privaciones y de prolongadas fatigas.

¡Qué tristeza derraman en el corazon las últimas frases que salieron de su pluma en el prólogo de *Pérsiles y Segismunda*, cuando yá la enfermedad le consumia por instantes. «A Dios gracias, exclamaba, á Dios donaires, á Dios regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros contentos presto en la otra vida.» Para él la muerte, como se vé, era el camino de la inmortalidad, el ángel que venía á secar las lágrimas de amargura que las injusticias de los hombres le habian hecho derramar en su penosa vida: que en la serenidad apacible que revelan sus palabras, más que al soldado animoso de Lepanto y al cautivo de Argel sin miedo, vése al cristiano fervoroso que, contento de su conciencia, vislumbraba yá las mansiones celestiales.

Feliz yo si, aunque el último de nuestros compañeros, he tenido la ventura, al hojear el libro que guarda su gloria, de bosquejaros su pasmoso ingenio y de pintaros en estos últimos y breves rasgos su hermosísimo corazon. Fué aún más desgraciado que su héroe manchego, mas no valia ménos moralmente: que si merece las unánimes aclamaciones con que el mundo le celebra como rey del génio español, no vale ménos como dechado del perfecto caballero.

---

The first part of the report is devoted to a general survey of the situation in the country. It is followed by a detailed account of the work done during the year. The report concludes with a summary of the results and a list of recommendations.

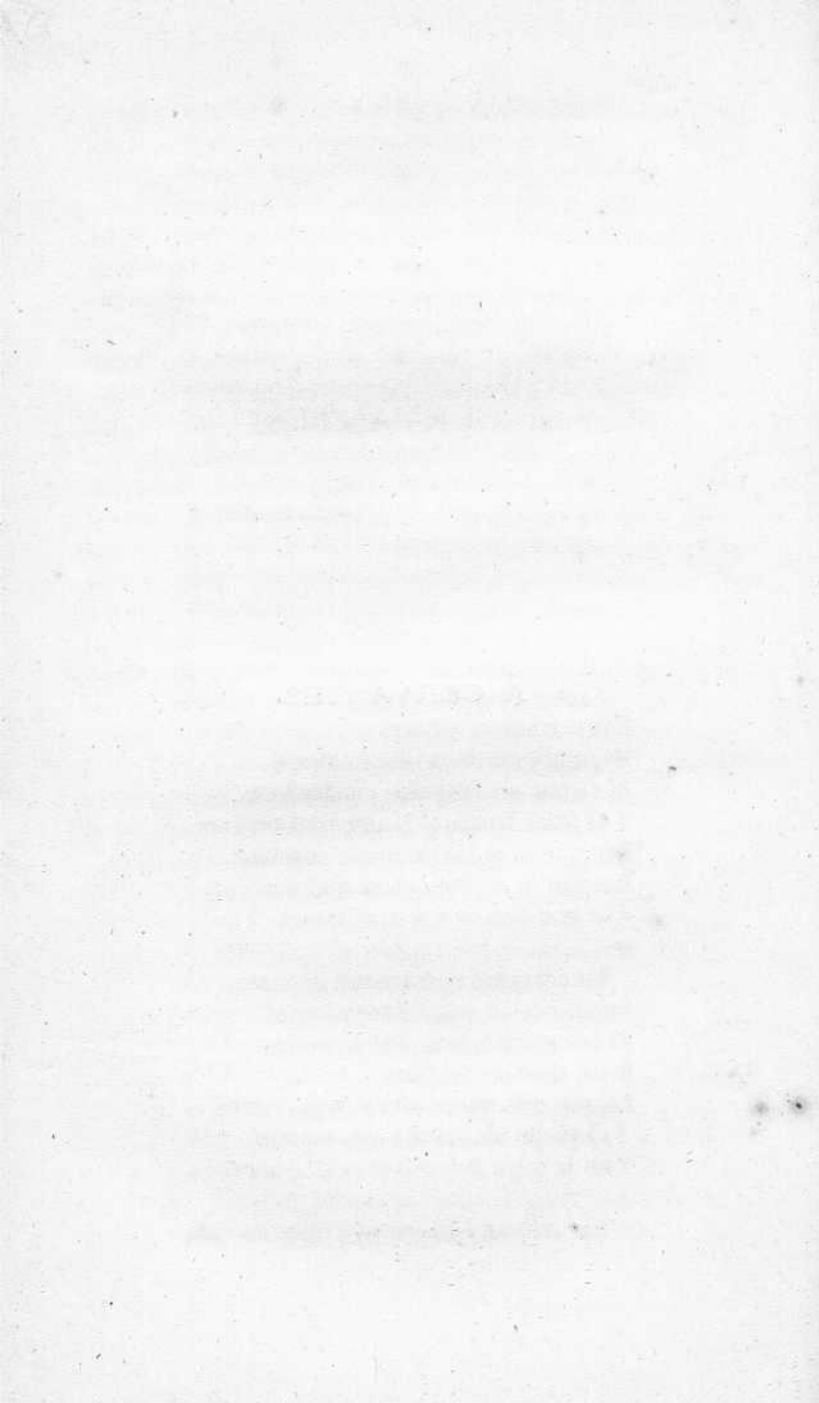
The second part of the report is devoted to a detailed account of the work done during the year. It is divided into several sections, each dealing with a different aspect of the work. The first section deals with the work done in the field. The second section deals with the work done in the laboratory. The third section deals with the work done in the office. The fourth section deals with the work done in the library. The fifth section deals with the work done in the museum. The sixth section deals with the work done in the school. The seventh section deals with the work done in the hospital. The eighth section deals with the work done in the prison. The ninth section deals with the work done in the factory. The tenth section deals with the work done in the mine. The eleventh section deals with the work done in the railway. The twelfth section deals with the work done in the post office. The thirteenth section deals with the work done in the telegraph office. The fourteenth section deals with the work done in the telephone office. The fifteenth section deals with the work done in the telegraph office. The sixteenth section deals with the work done in the telephone office. The seventeenth section deals with the work done in the telegraph office. The eighteenth section deals with the work done in the telephone office. The nineteenth section deals with the work done in the telegraph office. The twentieth section deals with the work done in the telephone office.

The third part of the report is devoted to a summary of the results and a list of recommendations. The summary is divided into several sections, each dealing with a different aspect of the work. The first section deals with the work done in the field. The second section deals with the work done in the laboratory. The third section deals with the work done in the office. The fourth section deals with the work done in the library. The fifth section deals with the work done in the museum. The sixth section deals with the work done in the school. The seventh section deals with the work done in the hospital. The eighth section deals with the work done in the prison. The ninth section deals with the work done in the factory. The tenth section deals with the work done in the mine. The eleventh section deals with the work done in the railway. The twelfth section deals with the work done in the post office. The thirteenth section deals with the work done in the telegraph office. The fourteenth section deals with the work done in the telephone office. The fifteenth section deals with the work done in the telegraph office. The sixteenth section deals with the work done in the telephone office. The seventeenth section deals with the work done in the telegraph office. The eighteenth section deals with the work done in the telephone office. The nineteenth section deals with the work done in the telegraph office. The twentieth section deals with the work done in the telephone office.

The fourth part of the report is devoted to a list of recommendations. The recommendations are divided into several sections, each dealing with a different aspect of the work. The first section deals with the work done in the field. The second section deals with the work done in the laboratory. The third section deals with the work done in the office. The fourth section deals with the work done in the library. The fifth section deals with the work done in the museum. The sixth section deals with the work done in the school. The seventh section deals with the work done in the hospital. The eighth section deals with the work done in the prison. The ninth section deals with the work done in the factory. The tenth section deals with the work done in the mine. The eleventh section deals with the work done in the railway. The twelfth section deals with the work done in the post office. The thirteenth section deals with the work done in the telegraph office. The fourteenth section deals with the work done in the telephone office. The fifteenth section deals with the work done in the telegraph office. The sixteenth section deals with the work done in the telephone office. The seventeenth section deals with the work done in the telegraph office. The eighteenth section deals with the work done in the telephone office. The nineteenth section deals with the work done in the telegraph office. The twentieth section deals with the work done in the telephone office.



À CERVANTES.



## Á CERVANTES.

Prez de su siglo,  
Génio entre génios.

Nace y pausado crece  
Entre arbustos y flores  
Magnífico laurel: gallardo ofrece  
Al viento sus renuevos cimbradores;  
Y el firme tronco y la inmortal verdura  
Con que su noble frente se engalana,  
Revelan de su vida en la mañana  
Alta grandeza y majestad futura.

En derredor cien árboles en tanto,  
Émulos de su mágica hermosura,  
Al par extienden su florido manto:  
Ricos también en galas  
Logran más que el laurel vivos loores,  
Y el viento los arrulla con sus alas  
Y en la selva descuellan cual señores.

La edad no empero se desliza en vano:

Entre todos, con firme poderío,  
El árbol soberano  
Alza su copa en breve;  
Su copa, que jamás rindió el estío,  
Que afrontó al rayo y resistió á la nieve.  
Sube: desde su altura  
Brinda al valle, benéfico, su sombra;  
Lo admiran la floresta y la llanura,  
Y el campo todo sin cesar le nombra  
Timbre del bosque, poderoso y fuerte,  
Que ha de arrostrar las iras de la muerte.

Tal tu renombre con creciente vida,  
Gran Cervantes, elévase hasta el cielo:  
En vano tu existencia combatida  
Pasó en perenne duelo;  
Justicia al fin hallaron  
De tu génio sublime las creaciones,  
Que entre el aplauso universal brillaron:  
Hoy tu poder la ilustracion aclama,  
Su más digno lugar te dá la Historia,  
Y el mundo todo con amor te llama  
Prez de tu siglo, de tu pátria gloria.

¿Y cómo nó? Tu acento  
Digno y potente en las edades vive,  
Y, oh privilegio que tan sólo alcanza  
El génio que de Dios su luz recibe,  
Al par que al sabio pensador suspende,  
Al pueblo indocto llega  
Y el pueblo lo comprende;  
Y en sus horas de calma,  
El libro insigne á repasar se entrega  
Que tan grato solaz brinda á su alma.

¡Tu obra inmortal! Cervantes, por ventura  
¿Puede haber quien no admire tal tesoro?

El valor, la lealtad, la fé más pura  
Resaltan en sus páginas de oro:  
Ellas que fueron con dolor escritas,  
Ofrecen lenitivo á los dolores  
Con donaires y gracias infinitas;  
Y ellas tambien con flores  
Quizás verdades misteriosas velan,  
Perlas ocultas que codicia el mundo  
Y que en su afan profundo  
Cuantos te admiran descubrir anhelan.

¿Será ilusion del alma entusiasmada?  
¿Acaso en el Andante Caballero,  
Que supiste pintar con tal belleza,  
Y en el rudo Escudero  
Se ve la humanidad representada?  
¿Es el uno el espíritu anhelante,  
Que hasta el cielo se encumbra,  
Que soñador benéfico engrandece  
Cuanto en redor vislumbra,  
Y ódia los vicios, las virtudes ama,  
Á la suprema perfeccion aspira,  
Y en defensa del bien digno se inflama?  
¿En el otro se mira  
De la tosca materia el fiel traslado,  
Con el alto idealismo siempre en guerra,  
Por groseros instintos arrastrado,  
Sediento de los goces de la tierra?  
Sí; el ideal del bien era tu guía;  
¿Qué importa que tan sólo fuesen ántes,  
Enigma de los siglos, tus lecciones  
Contiendas de quiméricos gigantes,  
Batallas de fantásticas legiones?  
¿Qué importa que tu voz no comprendieran?  
Fué el bien tu inspiracion, digno tu anhelo;  
Y el paladin de causa noble y santa  
Justos aplausos hallará en el suelo

Y aunque vencido, en triunfo se levanta.

Mas ¿cómo en los extensos horizontes  
Que tu libro sublime  
Al pensador ofrece,  
Intenta penetrar la mente mía?  
Querer adivinar altos misterios  
Con limitada comprension, sería  
El afan atrevido  
De comprimir el Atlas con la mano,  
Ó en vaso reducido  
Toda el agua encerrar del Oceano.  
Sentimiento no más es la poesía;  
Un grito de dolor ó de ventura  
Que el corazon exhala  
Cuando elevado objeto lo conmueve...  
La que hoy, osado, á dedicar se atreve  
Mi pobre númen al autor divino,  
Es sólo flor sin galas ni frescura,  
Que nació del amor al áura pura  
Y el entusiasmo arroja en su camino.  
Ilustres vates que á mi pátria honoran  
Ofrecerle podrán guirnaldas bellas  
Que resistan del tiempo al duro ultraje,  
Con alta inspiracion rindiendo en ellas  
Al egregio escritor digno homenaje.

¡Gloria al Génio inmortal! Su nombre amado  
De orgullo á España llena,  
Y entre aplausos perpétuos repetido  
De nacion en nacion triunfante suena.  
Y esa corona que el saber le ofrece,  
No en busto frágil de grosera arcilla  
Ceñida resplandece;  
Que, completo tesoro,  
La chispa celestial del génio brilla  
Sobre estatua magnífica de oro.

Sí; que no sólo el escritor fecundo,  
De las musas encanto y regocijo,  
En él acata el mundo;  
De la pátria del Cid preclaro hijo,  
Aún sediento de nuevas aureolas,  
Cristiano insigne, del Infiel espanto,  
Á las heróicas armas españolas  
Dió renombre en Argel, honra en Lepanto.  
Y porque nada á su grandeza falte  
Ostenta, para honor del nombre ibero,  
Su láuro de poeta, en rico esmalte,  
La sangre generosa del guerrero.

Y si un instante el velo misterioso  
Á descórrer la ilustracion alcanza  
De su modesto hogar, allí aparece  
El hombre infortunado  
Á quien nunca halagó dulce esperanza.  
De santa abnegacion digno modelo,  
Por las prendas queridas  
De su constante anhelo,  
Del trabajo hizo esclava su existencia;  
Y él, á quien conceder el cielo plugo  
De clara inteligencia  
Los más altos favores,  
Firme sufrió de la miseria el yugo,  
Afrentas devorando entre dolores.

Dechado de cristianos caballeros,  
Después de Dios, á quien amó ferviente,  
El objeto más caro  
La pátria fué de su cariño ardiente.  
Los pueblos que hoy dispútanse su cuna  
Miraron con desden su dêsamparo,  
Y él sin queja importuna,  
Ni acusacion cobarde,  
Del santo fuego que en su pecho ardia

Hizo ante todos con orgullo alarde.

¡Prez á su nombre! Que cual hora suene  
Entre alabanzas en la edad futura  
Y de entusiasmo á las edades llene:  
Que hoy el pueblo que amó con tal ternura  
En cada corazon le ofrezca un templo,  
Y ¡plazca al Cielo, por mayor victoria,  
Que yá que España en él funda su gloria  
Á sus hijos al par sirva de ejemplo!

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.



DON MIGUEL DE MAÑARA.



# DON MIGUEL DE MAÑARA.

## LEYENDA.

Hoy que el siglo despiadado  
Ruinas siembra en las naciones,  
Santo es buscar tradiciones,  
Eco fiel de lo pasado.

El vulgo, anhelando ver  
Mil aventuras extrañas  
Y fantásticas hazañas  
De valor y de poder,  
Quiso, con afan notorio,  
Sólo en un hombre encerrar  
Todo escándalo y crear  
Un nombre, Don Juan Tenorio.  
Y el vulgo en esta ocasion  
Forjó á la historia eslabones  
Para unir mil tradiciones  
Sólo en una tradicion.  
Pero su indiscreto afan  
Á la duda abrió la puerta  
Y hay persona que no acierta

Quién es Mañara ó Don Juan.  
No sé cómo en tal empeño  
Y confusion hay quien ande  
Siendo Mañara tan grande  
Y Tenorio tan pequeño.  
Éste, mito ó realidad,  
Nada dejó tras su huella,  
Tiene aquél su historia bella  
Escrita en *La Caridad*.  
Por todas partes los dos  
Luto y dolor esparcieron,  
Mas cuando los dos murieron  
Fué uno á Luzbel, otro á Dios.

I.

En una oscura calleja,  
Por los años mil seiscientos,  
Que llamándose Laguna  
Era en vicios lago inmenso,  
Asentaban sus reales  
La gente de pelo en pecho,  
Perailes y honras perdidas,  
Sólo halladas por dinero.  
Hallábase por entónces  
De esta calle en un extremo  
Una negra hospedería  
De tan sospechoso aspecto,  
Que en ella los alguaciles  
Caza hallaron de provecho  
Y vendimiá las *gurapas*

Y los escribanos pleitos.  
No anduvo desacertado,  
Á mi ver, el hostelero  
En elegir por vecinos  
Gente de tan buen comercio,  
Pues siempre hace falta Baco  
En el sitio en que está Vénus.  
El tal meson parecía  
Ser peaje del infierno,  
Pues era, más que posada,  
De gente *non sancta* templo,  
Refugio de Celestinas,  
Picota de caballeros,  
Red de frágiles virtudes,  
Confesonario de enredos,  
Y tapete de barajas,  
Y gran palenque de entuertos.

Hay en aquella hostería,  
De la entrada á corto trecho,  
Una puerta que conduce  
Á un vasto y limpio aposento.  
Sobre ella se vé una imágen  
De Jesus en el madero,  
Que alumbran tres farolillos  
Pendientes del sucio techo,  
Encendidos por la fé  
Del endiablado hostelero,  
Que ántes no echára agua al vino  
Que aceite á los tres mecheros.  
El umbral de aquella estancia  
Huele á gloria, pero á infierno  
El aposento trasciende,  
Por ser joya de tal dueño.  
Á la sazón en él hablan  
Dos hombres de vário aspecto:  
Frisa el uno en los cincuenta,

Alto, delgado, moreno,  
Ojos de buitre, nariz  
Aguileña, algo siniestro  
Revelando su semblante  
Y su sarcástico acento.  
Es Gregüela, de Mañara  
El solapado escudero;  
Y es el otro maese Lope  
De aquel meson digno dueño.  
Obeso y bajo; de rostro  
Ancho, abultado, bermejo.  
Parece por su semblante  
Retrato fiel de Sileno.  
De asuntos del diablo tratan,  
Pues Lope encorvando el cuerpo  
Y apoyándose en los nudos  
De la mano

—¡Por San Pedro!

Exclamó. ¿Cuántos vendrán?

—Doce serán á lo ménos.

—¿Beben mucho?

—Mucho beben.

—¿De lo caro?

—De lo bueno.

—¿Traigo naipes?

—Vengan naipes.

—¿Habr  faldas?

—¿Qué os v  en ello?

—Nada   f , que en tales casos

Nací sordo, mudo y ciego.

Quedó el escudero   solas,  
Pero n  por mucho tiempo,  
Pues en el portal   poco  
Mil carcajadas se oyeron,  
Y el aposento llenaron  
Rufianes y caballeros.

Cual se eleva la palmera  
En el árabe desierto,  
Entre aquella turba alegre  
Descuella un noble mancebo  
Bizarro por su apostura  
Y famoso por sus hechos.  
Es jóven, alto y delgado,  
Profuso y negro el cabello,  
Ojos rasgados y grandes  
Y como la noche negros.  
Tal es el cabal retrato  
del célebre caballero  
Miguel de Mañara, nombre  
Que atravesando los tiempos  
Ha ocupado las leyendas,  
Los cinceles y los lienzos.  
Los otros que le acompañan  
Son alegres compañeros  
En reñidas aventuras  
Y en amorosos enredos;  
Flor y nata de Sevilla  
Por sus nombres y sus deudos  
Y por sus vicios azote  
De nobles y de plebeyos.  
Pesadilla de los padres,  
De alguaciles escarmiento,  
Y terror de los maridos  
Y duendes de los conventos.

Al rededor de la mesa  
Ocuparon los asientos,  
De las botellas al punto  
Comenzando el jubileo.  
Levántase de la silla  
Don Santiago de Acebedo,  
Tan dotado de fortuna  
Como de instintos perversos,

Y tomando entre sus manos  
Un vaso de vino añejo,  
Exclamó:—¡Señores míos!  
Todos á la par brindemos  
Por la causa que nos trajo  
Á visitar este templo  
Del dios Baco y esta calle  
Que es para las honras Dédalo.  
—Me teneis con impaciencia,  
Dijo Mañara riendo,  
Y grande será sin duda,  
Pues hace que visitemos  
Este lugar áun más propio  
De rufianes y escuderos,  
Que de gentiles personas  
Que llevan los nombres nuestros.  
—La causa sois vos,—con flema  
Respondióle el de Acebedo.  
—¿Qué decís?

—¿Y lo extrañais?

—¡Por Cristo!... ¡Yo no os comprendo!  
—Nos dijísteis, no acertábais  
Á indagar el paradero  
De vuestra postrer manceba  
Ana....

—¿Y bien?...

—Y suponiendo

Que viva y esté en su juicio,  
Profesion santa habrá hecho  
De monja.

Mil carcajadas

Se alzaron con loco estruendo,  
Y se chocaron los vasos,  
Y hubo de brándis un ciento.  
—Señores, para nosotros,  
Dijo el infame Acebedo  
Con aire zumbon y alegre,



Hay dos clases de conventos:  
Los de Dios están cerrados,  
Los del Diablo están abiertos,  
Los del Diablo recorrimos  
Y no hallamos nada, luego  
Vuestra postrer adorada  
Está en los otros conventos.

Calló el gentil orador,  
Y los otros, aplaudiendo  
Sus frases con grandes risas,  
No vieron el rostro fiero  
Con que al concurso Mañara  
Altivo impuso silencio.

—Habeis pensado, exclamó,  
Muy pobremente de mí  
Y me extraña que hasta aquí  
Callar no os hiciera yo.  
Ana llena de sonrojos  
De mí á ocultarse comienza  
Porque aumenta su vergüenza  
Cuando la miran mis ojos.  
Y eso no viene á probar  
Que yo me encontrase á Ana  
Convertida en cortesana  
De un inmundo lupanar.  
Que á la mujer que su honor  
Me dá en un loco momento,  
La mata el remordimiento  
Ó la asesina el amor.  
Las que por mí son queridas,  
Al dejarlas yo olvidadas  
Quédanse para enterradas,  
Mas nunca para perdidas.  
Tan grande mi orgullo es,  
Que al rendir yo sus firmezas

Cual gigantes fortalezas  
Las quiero para después.  
—¡Por Dios! dijo el de Acebedo,  
Que absorto me habeis dejado,  
Y de haberos escuchado  
Me huelgo á fé.

—Mi denuedo

Probado está, y mi valor  
Jamás de mi nombre en mengua  
Puesto lo tuve en la lengua,  
Sino en mi acero y mi honor.  
Á la mujer sé adorar  
Y rendirla y engañarla,  
Seducirla y olvidarla,  
Pero no la sé ultrajar.  
Serán pensamientos vanos,  
Mas sé del amor los fueros....  
¡Rendir las, de caballeros!  
¡Infamar las, de villanos!

Calló Don Miguel, y el Diablo,  
Quizás celoso de oirlo,  
Quizo irritar de Acebedo  
El pecho feroz y altivo;  
Mas éste, como los otros,  
Miraban con ojos fijos  
Á la puerta de la estancia,  
Do cual fantasma divino  
Apareció hermosa niña  
De indefinibles hechizos,  
Cuya voz era de un ángel  
El acento peregrino.

Reinó un momento sepulcral silencio;  
La niña dijo con doliente voz:  
—¡Mi madre muere; por piedad, hidalgos,  
Una limosna por amor de Dios!

Mi madre muere abandonada y sola.  
Nadie mi pena alcanza á mitigar.  
Nadie escucha mi voz, ni vé mi llanto:  
Sois nobles, ¡caballeros, caridad!

Fiera tempestad de risas  
Á su acento respondió,  
Y si la niña hablar quiso  
Se heló en su pecho la voz.  
—Demandante á tales horas  
Y en tal lugar, exclamó  
El endiablado Gregüela,  
Que estaba de buen humor,  
Es prueba, hermosa tapada,  
Que anduvo el oficio hoy  
Algo esquivo; consoláos,  
Mejora sus horas Dios.  
No pidais por esa anciana,  
Pues juro á fé de varon,  
Que nunca una Celestina  
De hambre en Sevilla murió.  
Enseñad vuestro semblante,  
Que aquí hallaréis ¡voto á briós!  
Quien por pobre os dé un ducado,  
Y por hermosa un doblon:  
Y diciendo estas palabras  
El manto la arrebató,  
Un semblante descubriendo  
Que enojos causára al sol.  
Cayó al suelo de rodillas  
La niña y con triste voz  
—¡Tened piedad! entre llanto  
Amarguísimo exclamó,  
Al par que los caballeros  
Corrieron en confusion  
Á admirar su gran belleza  
Y á darle ayuda y favor.  
Llegó ante todos Mañara,

Del suelo la levantó,  
Y al tenerla entre sus brazos  
Sintió tan fuerte opresion  
En su pecho, que su rostro  
Como el mármol se tornó.  
Notó Acebedo la súbita  
Mudanza de su color,  
Y en tan frágil fundamento  
Ancho cimiento encontró  
Para alzar un edificio  
De lágrimas y dolor;  
Que en la mudanza del rostro  
Su negra astucia leyó  
Las terribles y profundas  
Tormentas de un corazon.

Volvió en sí la pobre niña,  
Sus lágrimas enjugó,  
Quiso salir de la estancia,  
Mas la detuvo la voz  
De Mañara, que turbado  
Su escarcela le ofreció.  
Bajó los ojos confusa:  
—Guardadla, dijo, por Dios,  
Que la limosna es á veces  
Más que limosna baldon.

Y si entró como fantasma  
Cual sombra desapareció.

¡Un ángel! ¡Un ángel es!  
Le dijo su corazon  
Á Mañara; y Acebedo,  
Que tal vez adivinó  
Lo que Mañara sentia,  
Dijo con torpe intencion.  
—Vinimos buscando á un Diablo

Y un ángel se apareció.  
Vos, Mañara, que en el mundo  
No teneis competidor  
Que os gane á rendir bellezas,  
Porque al fin humanas son,  
Probad vuestra bizarría  
En un ángel del Señor.  
Yo os señalaré la presa:  
Esa niña.

—Compasion

Para ella, dijo Mañara.  
—Ó compasion para vos.  
¡Por Santiago! ¿quién os dice  
Que vos salgais vencedor?  
—¡Acebedo!

—¡Bravo! ¡bravo!

Exclamaron á una voz  
Todos los otros.

—¡Mañara!

El africano leon  
En la tímida gacela  
Clava su garra feroz,  
Que para probar su esfuerzo  
Siempre intentarlo bastó.  
—Es que robar la pureza,  
La existencia y el honor  
Á esa pobre niña....

—Fraile

Me estais pareciendo vos  
En esta ocasion, Mañara.  
—Pues bien, si vence el leon,  
El tigre caerá tambien.  
—¿Y quién es el tigre?

—Vos.

(Gregüela, corre, averigua  
De esa mujer la mansion).  
¡Acebedo! En cuatro dias

La habré arrebatado á Dios.  
Y calándose el sombrero  
Hasta las cejas, salió  
Don Miguel de aquella estancia  
Lleno de rabia y dolor,  
Al par que el tuno Gregüela  
Marchaba á su obligacion.

II.

En un humilde aposento  
Y á la luz medrosa y pálida  
Que una lámpara de vidrio  
Presta en oscilantes ráfagas,  
Casi oculta entre las sombras  
Se vé una imágen sagrada  
De Jesus en la agonía,  
Y á sus piés, entre las pardas  
Cortinas de un vasto lecho,  
Luchando está con las ánsias  
De la muerte un hombre anciano  
Lleno de arrugas y canas.  
Ante el Cristo, de rodillas,  
Murmurando una plegaria,  
Ahogada entre mil suspiros  
Y toses, se vé una anciana  
Cuyo rostro y cuyas tocas  
Ser una dueña declaran.  
Junto al lecho, de pié, inmóvil,  
Inmóvil como una estátua,  
Ocultando su semblante  
Entre sus manos nevadas,

Una mujer reza y llora,  
¡La triste, la infeliz Ana!  
¡Qué momentos de agonía!  
Aquella fúnebre estancia,  
Donde la muerte impasible  
Agita sus negras alas,  
Parece tumba sombría  
Que sólo la piedra aguarda  
Para encerrar en su seno  
La existencia y la esperanza.

Incorporóse el anciano,  
Fijó la incierta mirada  
En su hija, y anhelando  
Dar una trégua á sus ánsias,  
Besando por vez postrera  
Aquella frente adorada,  
Le mandó que se acercase,  
Y entre un torrente de lágrimas,  
Estrechándola en sus brazos,  
Exclamó:—¡Bien de mi alma!  
¡Voy á morir! Mas, no tiembles,  
No quedas desamparada;  
Dios protegerá á tu hermano,  
Que ahora lucha por la pátria  
Allá en Flandes, y él contigo  
De padre hará. ¡Pobre Ana!  
No sabes la amarga pena  
Que el dejarte aquí me causa.  
¡Ojalá fueras el ángel  
Que á los cielos me llevara!  
Nunca olvides mis consejos,  
Sé como tu madre honrada,  
Pura y buena y religiosa,  
Conserva el pecho sin mancha.  
Si desoyendo este noble  
Consejo mi nombre infamas,

Desde el cielo mi anatema,  
Nó mi bendicion te aguarda.

Cual en noche tormentosa  
En que el fiero huracan brama,  
El arbusto carcomido  
Se retuerce y se desgarrá,  
Hasta que al fin viene á tierra  
Impotente á lucha tanta,  
Así lá infelice niña,  
Al escuchar las palabras  
Qué en su dolorido pecho  
Cual puñales penetrabañ,  
Exhalando un grito sordo  
Cayó al suelo desmayada.  
Corrió la vieja en su auxilio,  
Y el anciano entre sus ánsias  
Casi lanzóse del lecho  
Preso de dudas amargas.  
Volvió en sí la triste niña,  
Y ojalá muerta quedára,  
Tendió á su padre los brazos  
Y entre un torrente de lágrimas  
¡Perdon, dijo, padre mio!  
Perdon, ¡estoy deshonrada!  
El anciano con sus ojos  
Vuelos encendidas brasas,  
Lanzóse fuera del lecho,  
Quiso hablar, no dijo nada,  
Y cual cae sobre la tierra  
El pino que troncha el hacha,  
Á los piés de la infelice  
Cayó aquel cuerpo sin alma.



III.

La mente llena de ideas  
Y el corazon de fatiga,  
Entró en su casa Mañara  
Pensando en la hermosa niña,  
Que al pedir una limosna  
Conmovió todas las fibras  
De su corazon, dormido  
Á una pasion santa y digna.  
Despierto por vez primera  
Y al mirar tanta rüina,  
Tanto crimen, vicio tanto,  
Envuelto entre las cenizas  
De sus antiguas pasiones;  
Avergonzado á la vista  
De aquellos tristes despojos  
De un alma vil, corrompida,  
¿Acallar pudo las voces  
Que con ignota armonía  
Mil horizontes mostrábanle  
De ventura y de delicias?  
¡Quién sabe! Sus negros ojos  
Brotaron una furtiva  
Lágrima, ¡tal vez primera  
Gota de llanto vertida!  
Y nacida al dulce fuego  
De una esperanza divina.  
¡Con qué ansiedad esperaba  
La perezosa venida  
De su escudero! Las horas

Para el que espera, tardía  
Marcha tienen, y hay momentos  
Que una eternidad imitan.  
Oye en el silencio voces;  
La luz que trémula oscila  
Llena la estancia de sombras  
Y en cada sombra imagina  
Ver al escudero tardo  
Darle esperadas noticias.  
Llegó por fin, y este diálogo  
Entablaron con tal prisa,  
Que si las respuestas crecen  
Son las preguntas concisas.  
—¿La pudiste hallar?

—Sí á fé.

—¿Y la seguiste?

—Seguía.

—¿Dónde vive?

—Junto al rio,

Y del rio tan vecina,  
Que el Bétis lame los muros  
De la casa donde habita.

—¿Sabes su nombre?

—Enterado

Estoy de todo.

—Habla aprisa.

—Entré, segun mi costumbre,  
Á dar fuerza á mis rodillas,  
Para poder con presteza  
Ser Mercurio de noticias,  
En un meson endiablado  
Que dista de la capilla  
De San Jorge corto trecho,  
Y supe de buena tinta,  
Es decir, por una vieja  
Que es un archivo de vidas,  
Que ese portento de mozas

Tiene una madre enfermiza  
Que por achaques de años  
Próxima está á la agonía,  
Diez y seis Mayos floridos  
Y ni un cornado en su arquilla.

—¿Su nombre?

—¡Por Dios! su nombre

Mucho bueno profetiza,  
Que quien Caridad se llama  
Ha de ser caritativa.  
Además, aquella vieja,  
Portento de Celestinas,  
Y que de su cuerpo sólo  
Conserva la lengua lista,  
Me ha contado ¡bachillera!  
La historia más peregrina.

—Cuéntala, pues.

—Vaya el cuento,

Que ¡pardiez! me causa risa,  
Pues su historia es un retrato  
Completo y fiel de la mia.  
Un soldado malandrín,  
Ó rufián perdonavidas,  
Pues en cuanto á profesion  
No anduvo la vieja explícita,  
Hace diez y siete años  
Supo hallar hospedería  
En el pecho candoroso  
De la madre de la niña,  
Y al temer que el hospedaje,  
Siendo de balde, saldria  
Asaz caro si arreglaban  
Las cuentas gentes de misa,  
Puso piés en polvorosa,  
Sentó plaza en la milicia  
Y en Flandes olvidar supo  
Lo que dejára en Sevilla.

Pero después de su marcha  
Despertó al mundo una niña  
Que al no tener padre, acaso  
Tuvo la primera dicha.  
Su madre, desconsolada,  
Recordando antiguos días,  
Fué tan viuda sin serlo  
Que aventajaba á Artemisa.  
La vieja, diz que fué tonta,  
Pues siendo de cara linda  
Pudo engañar á algun necio  
Y vivir feliz y rica.  
Mas como pobre es la honra,  
Está tan empobrecida,  
Que ni un doctor vá á matarla  
Con filtros y medicinas.

Calló el taimado escudero  
Y Mañara con la vista  
Le ordenó que se alejase.  
La seña fué obedecida  
Y al verse solo quedóse  
En actitud reflexiva;  
Y pasaron muchas horas,  
Muchas horas, sin sentirlas  
Mañara que, fijo, inmóvil,  
Pensaba... ¿Qué pensaría?

IV.

Una amalgama crüel  
Tan triste como fatal,

El bien hermanando al mal,  
Dios al lado de Luzbel;  
Tal era la confusion  
Que en Mañara se observaba  
Y que al parecer cambiaba  
Por horas de corazon.  
Y en aquel combate interno  
Á las claras se leia  
Que un santo al cielo daria  
Ó un diablo para el infierno.  
Acostumbrado á triunfar,  
Do quier rüinas dejaba.  
¡Era noble... y no lloraba,  
Que no sabía llorar!  
Mil veces, mil, con dolor  
Entraba en cuentas consigo,  
Siendo su mente testigo  
De sus pecados de amor.  
Y al ver con pecho turbado,  
Que en cada amarga victoria  
La paz robaba y la gloria  
Á un ángel desventurado,  
Voy nueva vida á emprender  
Mañana mismo, decia,  
Pero *mañana* venia  
Y seguia como *ayer*.  
Sus hazañas relataba  
El vulgo con ánsia loca,  
Corriendo de boca en boca  
Aunque él siempre las negaba.  
Y era tan grande el renombre  
Que el buen Mañara tenia,  
Que un escándalo no habia  
Que no llevára su nombre.  
Y como á cuenta tomára  
Las culpas propias y ajenas,  
En el mundo no hubo apénas

Persona que le igualára.  
Mas sin duda con clemencia  
Mirándolo, quiso el cielo  
Dejarle, en su loco anhelo,  
Algun resto de conciencia.  
Y dentro del corazon  
Fuertes voces escuchaba,  
Y á veces hasta temblaba  
Pidiendo al cielo perdon,  
Al mirar en ocasiones  
Mil fantasmas rodearle  
Y por do quiera acosarle  
Con pavorosas visiones,  
Aunándose en lazo fuerte,  
Con vivos remordimientos,  
Mónstruos terribles, sangrientos,  
Sombras pidiendo su muerte.  
Pero el vértigo pasaba,  
Y, habré soñado, decía....  
Y luégo al siguiente día  
De su terror se burlaba.  
No habia enmienda. Encadenado  
Por un vínculo fatal  
Estaba su pecho al mal  
Y estaba al mal resignado.  
Y una y otra, y otra luégo,  
Ansiando ahogarse en placeres,  
Crüel sedujo á cien mujeres  
Ardiendo en impuro fuego.  
Así de la pobre Ana  
La pureza arrebató,  
Y aquella flor marchitó  
De su Abril en la mañana.  
Y al recordarla quizás  
No halló más su pensamiento  
Que el nuevo remordimiento  
De una seducida más.

Pero el cielo, con rigor,  
De sus crímenes testigo,  
Le preparaba un castigo  
En su pecado, el amor.  
Preso de violento afán  
Latir el pecho sentía,  
Y su corazón ardía  
Con la lava de un volcán.  
Y con terribles enojos,  
Preso el alma de quebranto,  
Abrasaba con su llanto  
Las órbitas de sus ojos.  
Porque ellos vieron sin calma  
La imagen que desearon,  
Y en Caridad encontraron  
Dulce asilo para el alma.  
Él, preso de amor profundo,  
Su pecho altivo rindiera....  
Ser bueno y noble quisiera....  
¿Pero qué dijera el mundo?  
Antes que lleguen á ver  
Cambio alguno en su vivir,  
Hará en su pecho morir  
El *bien* que empieza á nacer.  
Y él, prodigio de heroísmo  
Y de temerario ardor,  
No encontraba en sí valor  
Para vencerse á sí mismo.  
Que en la lucha mundanal  
De tanto afecto y pasión,  
En sí mismo el corazón  
Encuentra el mayor rival.

V.

Coronada de nácares y ópalos  
Con su manto de grana y de zafiros,  
En el cielo levántase la aurora  
Adormecida entre el aroma tibio  
De las silvestres flores, que derraman  
Sus perfumes preciados y divinos,  
Y los cantos de pardas golondrinas,  
Que saludan al sol desde sus nidos.  
De púrpura se tiñen los collados,  
Y las ondas del Bétis cristalino  
Cual doradas escamas reluciendo  
Sierpe semejan de dorado brillo.  
Mil ecos precursores de otros ecos  
Por do quiera se escuchan repetidos,  
Levántanse murmullos, secas notas,  
Voces aisladas, seductores trinos,  
Y de la antigua y colosal Giralda  
Las cien lenguas de bronce lanzan gritos.

¡Qué dulce es despertar á un nuevo día  
Serena el alma, el corazón tranquilo!  
¡Qué triste es la mañana para aquellos  
Que en la noche han llorado y han sufrido!  
¡Infeliz Caridad!—Turbios tus ojos  
Y tu semblante pálido y marchito,  
Inclinas sobre el lecho de tu madre,  
Húmedo por el llanto que has vertido.  
El haz de oro que la luz derrama  
Sobre tu frente pura, es el divino



Beso que el ángel del naciente día  
Te manda envuelto en celestial suspiro.  
¡Infeliz Caridad!—¡Cuánto has llorado!  
¡Cómo en tu triste pecho has escondido  
Al lado del dolor, la nueva pena  
Que te destroza el corazón sencillo!  
Los brazos que estrecháran tu cintura  
Eran de una serpiente los anillos,  
Y el veneno sutil ha penetrado  
Y tu alma quema con su fuego impío.  
¡Mañara!—¡Caridad!—¿Cómo pudieran  
Vuestras almas fundirse en un cariño?  
¿Cómo el fiero milano y la paloma  
Pudieran habitar un mismo nido?

La brisa que juguetona  
Del Bétis las ondas besa,  
Refresca de aquella niña  
Las sienes calenturientas.  
Enjuga su acerbo llanto,  
Luego á su madre contempla,  
Que quizás duerme tranquila  
Porque con el cielo sueña.  
Y con vacilante paso  
La pobre estancia atraviesa  
Y asomada á una ventana  
Solloza, suspira ó reza.  
Su rostro tiene las tintas  
De la marchita azucena,  
Y sus ojos azulados  
Algo del cielo recuerdan.  
Exhala su dulce boca  
Suave aroma de pureza,  
Y sus cabellos de oro  
Caen en profusas guedejas,  
Sobre su espalda y su pecho  
Que ampos de nieve semejan.

¡Ángel parece que llora  
Abandonado en la tierra!  
Amor, deleite, alegría,  
Esperanzas, sólo encuentra  
En las flores y en las aves  
Y en todo cuanto le cerca,  
Y ella entre tantas venturas  
Siente anegarse en tristeza.  
Mañana, quizás hoy mismo  
Llorará á su madre muerta,  
Y ella quedará en el mundo  
¡Sola y pobre! Ante esta idéa  
Le parece que hasta el día  
Es noche y el sol tinieblas.  
¡Sola! Arraigando en su pecho  
Una pasion ¿qué le espera?

. . . . .  
. . . . .

Dos fuertes golpes sonoros  
Estremecieron las puertas,  
Y llenaron con sus ecos  
Aquella mansion de penas.  
Corrió á abrir la pobre niña,  
¡Y cuál fué su gran sorpresa,  
Al ver al gentil Mañara  
Inmóvil delante de ella!  
¿Qué sentir pudo en su pecho?  
Su semblante de azucena  
Tiñóse con los colores  
Del pudor y la vergüenza.  
Mañara pálido, triste,  
Miraba á aquella doncella,  
Como avaro que un tesoro  
Ante su vista contempla.  
Á la vista de aquel ángel  
Más su pasion se acrecienta,  
Y más el remordimiento

Le grita con voz severa.

—Miradme con compasion,  
Dijo el doncel conmovido,  
Porque vengo arrepentido  
Á demandaros perdon.  
Con loco y sangriento afan  
Os insultó mi escudero,  
Y llorando un caballero  
Está la accion de un rufian.  
Y si por crimen nó mío  
Mi humilde don despreciásteis,  
Vengo, porque al par robásteis  
De mi pecho el albedrío.  
—¡Por Dios! hidalgo, callad.  
—Tened de mí compasion  
Y oiga vuestro corazon  
La voz de la caridad.  
Así os llamais, no os asombre  
Que yo piense, haciendo agravios,  
Que sólo para los lábios  
Teneis ese bello nombre.  
Una sola vez os ví  
Y no sé qué en vos hallé,  
Que presa el alma dejé  
En vuestros ojos de hurí.  
Creció mi loca pasion,  
Creció el fuego de mi afan,  
Y es hoy terrible volcan  
Que me abrasa el corazon.  
Esta pasion ciega y loca  
Quizás os causará enojos,  
Mas vedla arder en mis ojos  
Y vedla hervir en mi boca.  
—Ved mis lágrimas os ruego.  
—Son agua y nada podrán.  
¿Cuándo el agua, de un volcan

Pudo mitigar el fuego?

—¡Por piedad!

—Nunca hasta hoy

Sentí del amor la fé...

Y es tan cierto ¡que no sé

Si el mismo Mañara soy!

No os cause este nombre espanto,

Que de él también me avergüenzo

Y arrepentido comienzo

Á borrarlo con mi llanto.

Mis crímenes ¡por mancilla!

Los saben niños y viejos...

¡Huyamos; léjos, muy léjos!

Quiero no ver á Sevilla.

Mas ¿llorais?

—¡Por Dios! callad.

—¿Y no veis cómo os imploro?

—Ved mi llanto.

—Ved mi lloro

Y tened de él caridad.

Y así diciendo Mañara,

Con el alma y nó la lengua,

Cayó de hinojos al suelo

De dudas el alma llena.

Sarcástica carcajada,

Que hasta la sangre le hiela,

Cual lanzada por un diablo

Á sus espaldas resuena.

Y al levantarse Mañara

Y tender la vista incierta,

Alcanza á ver á Acebedo

Que de léjos le contempla,

Marcadas en su semblante

De hondo desprecio las huellas.

De Mañara el fiero orgullo

En sus ojos se concentra,

Y sus megillas se tiñen  
De despecho y de vergüenza.  
Y sin mirar á la niña,  
Que llora y temblando reza,  
Se alejó de aquellos sitios  
Como la herida pantera  
Que rugiendo de coraje  
Y dolor busca su cueva.

VI.

Como el náufrago que lucha  
Combatiendo entre las ansias  
De la muerte, que impasible  
Entre las ondas le aguarda,  
Y las fuerzas al faltarle  
Mira la risueña playa,  
Y haciendo el postrer esfuerzo  
Y al ver que no hay esperanza  
Lanzando horrible blasfemia  
Se hunde en las ondas con rabia,  
Así el mancebo impotente,  
Cree ver las puertas cerradas  
De la virtud, que un momento  
Quizás con ansia buscára,  
Y en los mares de su orgullo  
Su triste pecho naufraga.  
El terrible ¿qué dirán?  
Ese implacable fantasma,  
Que chupa como vampiro  
Las nobles prendas del alma,  
Es el espectro que ahoga

El corazon de Mañara,  
Que quizás por vez primera  
Se abrió á una dulce esperanza.

Buscó á Acebedo y los otros  
Fanfarrones de la infamia,  
Y causándole vergüenza  
Que en su pecho adivináran  
Los gritos, las fuertes voces  
Que con espanto escuchaba,  
Quiso ser más que habia sido  
Hasta allí, y hacer tal gala  
De vicio, que hasta su mente  
De sí misma se espantára.

Y preparó tal orgía  
Dentro de su propia casa,  
Que hasta los blancos tapices  
Tomaron color de grana.  
Y en el soberbio aposento  
En que aquel festin se daba,  
Anegándose en oprobio  
Elevó el gentil Mañara  
Un trono para el escándalo  
Y un altar para la infamia.

Y de nobles sin nobleza  
La turbulenta canalla  
Acudió con tal exceso  
Á manchar aquella estancia,  
Que todo vicio tenía  
Imágen representada.

. . . . .

El vértigo se apodera  
De tal modo de sus almas,  
Que las botellas se chocan,  
El licor se desparrama,

Y los gritos se confunden  
Con horrisona algazara.  
Penetra en aquel momento  
Gregüela en la rica estancia,  
Y acercándose á su amo  
Pone en su mano una carta,  
Haciendo un guiño á los otros  
Que por un momento callan,  
Para pedir en mil voces  
Del pliego lectura clara.

Abrió el pliego Don Miguel  
Y de sus manos crispadas  
Cayó al suelo; vió la firma...  
¡Y la firma era de Ana!  
Cogió la carta Acebedo,  
Y dando una carcajada  
Exclamó:—¡Por fin, señores,  
Sabe Don Miguel de Ana!  
—Leedla, pues, leedla, exclamaron  
En confusion: leed la carta.  
—Dice así, y haya silencio  
Que la epístola no es larga.

«Si te escribo este papel  
Es que te quiero decir  
Que aún empezando á morir  
Sólo pienso en tí, Miguel.  
En este momento insano,  
Más que mi terrible suerte,  
Más que el ánsia de la muerte  
Pensar me aflige en mi hermano.  
Él vendrá ¡triste de mí!  
Y al ver en su honor tal méngua  
Si me perdona su léngua  
Lavará su honor en tí.  
¡Huye por Dios! Perecer

Por tu causa es mi alegría.  
¡Cuántas cosas te diría  
Si yo te pudiera ver!»

Dió término el de Acebedo,  
Con una risa endiablada,  
Á aquellas letras escritas  
Con ménos tinta que lágrimas.  
Mañara inclina su frente,  
Por los vicios marchitada,  
Dentro de la cual esconde  
De un volcan la ardiente lava.  
Sin murmurar una frase  
Toma á Acebedo la carta,  
Y guardándola en su pecho  
De su asiento se levanta,  
Y á largos pasos se aleja  
De aquella báquica estancia,  
Donde prosigue la orgía  
Más loca y desenfrenada.  
Á poco entró su escudero,  
Y al preguntarle la causa  
De la ausencia repentina  
De su dueño, sólo exclama:  
—Ha ido en busca de aventuras.  
Y dando una carcajada  
Dijo el infame Acebedo:  
—Está loco este Mañara.  
¡Brindemos por sus amores!  
¡Por Caridad y por Ana!



VII.

Negros nubarrones cubren  
El adormecido cielo,  
Y en el espacio palpitan  
Voces y ruidos siniestros;  
El silbo de una lechuza,  
El grito de algun mochuelo,  
Y las voces pavorosas  
Que en las ráfagas del viento  
Un lenguaje tal vez hablan  
De espíritus y de espectros.  
No hay más luz que la que arde  
Con seco chisporroteo  
Dentro de algun farolillo  
Tan súcio como pequeño,  
Colgado en algun retablo  
Y en ocasiones sirviendo  
De faro á los rondadores  
Y de testigo en sus duelos.

Mañara rápido marcha  
Entre las sombras envuelto,  
En Ana puesta su mente  
Y su mano en el acero.  
Su imaginacion turbada  
Por los báquicos excesos  
Se confunde en mil ideas  
Y quiméricos deseos,  
Y al par escucha aterrado  
En lo profundo del pecho

Mil gritos ¡gritos terribles  
Que eleva el remordimiento!  
¿Adónde vá? ¡Quién lo sabe!  
¡Sólo lo saben los cielos!

Tomaba una calleja,  
Con ánsia la cruzaba  
En otra se lanzaba  
Con loca rapidez,

Y su agitado paso  
Jamás se detenía,  
Fantasma parecía  
De extraña intrepidez.

Su mente ciega y loca  
No coordinó una idéa,  
En desigual peléa  
Está su corazon.

En él Caridad gime,  
En él la pobre Ana  
Oye la voz insana  
De horrible maldicion.

Y ve, que dentro el pecho  
Y ardiendo de coraje,  
Venganzas á su ultraje  
Demandan sombras mil.

¡Leonor, Inés, Amparo...!  
¡Cien víctimas de amores!  
Encantadoras flores  
Marchitas en su Abril.

Preso de afan y angustia  
Siente estallar su frente,  
Dentro del pecho siente  
Terrible, cruel afan.

Y entre el delirio, mira  
Su corazon deshecho,  
Y que es su triste pecho  
Asiento de un volcan.

Sus pálidas mejillas  
Por el dolor quemadas,  
Aparecen cuajadas  
De gotas de sudor....

Y quiere detenerse....  
Y yá imposible era,  
Que adquiere su carrera  
Velocidad mayor.

Y entóncees maldiciendo  
Su suerte y su destino  
En ráudo torbellino  
Con vértigo infernal,

Corre en busca de *algo*,  
Tal vez sin forma y nombre,  
Semeja más que un hombre  
Espiritu del mal.

Cual obediente á un conjuro  
Y por intuicion diabólica,  
Sevilla toma á sus ojos  
Nueva, fantástica forma.  
Las calles se descomponen  
Y las casas se transforman,  
Siendo las unas jardines,  
Siendo alcázares las otras.  
La noche roba las tintas  
De primaveral aurora,  
Palpitando en el espacio  
Cantares y dulces trovas.  
Cuanto anhelára el deseo,  
Cuanto sueña el alma loca,  
Otro tanto vé Mañara  
En la vision deleitosa.  
Vuela embriagada la brisa  
De perfumes y de aromas,  
Y un calor tan dulce y tibio  
Y grato tiene la atmósfera,

Que es un delirio aquel mundo  
De mente voluptüosa,  
Ó es la mansion de placeres  
Que profetizó Mahoma.  
Allí contemplar anhela,  
Su alma de goces ansiosa,  
Una mujer que yá finge  
En su mente impura y loca.  
Y corriendo en busca de ella  
Cree que sus ánsias se colman,  
Al ver en una ventana  
Á una dama ¡y tan hermosa!  
Que diera sus cien conquistas  
Por esta conquista sola.

Vió su rostro otra vez, era su imágen  
Un retrato quizás  
De una mujer que conoció y que amaba  
Y que llegó á olvidar.  
Mas nó, que en su semblante nacarado  
Hay *cierto no sé qué*,  
Que algo indecible, y vago y misterioso  
Se transparenta en él.  
Su encendido deseo aumenta y crece  
Como llama voraz.  
En sus lábios yá siente la dulzura  
De un besó palpar.  
Imaginase loco que la dama  
Le llama con su voz,  
Y por las rejas... ¡por el aire acaso  
Intrépido subió!

La dama desaparece  
Cual fantástica quimera,  
Y al arrojarse en la estancia  
Donde el loco doncel sueña  
Mil amorosos delirios

De locura y de impureza,  
Vé cuadro tan pavoroso  
Que hasta su sangre se hiela.  
Vestido está el aposento  
Con fúnebres, negras telas,  
Y en medio, entre cuatro cirios  
Que lloran gotas de cera,  
Un negro y largo ataúd  
Mudo de espanto contempla.  
En él, de luto vestida,  
Una mujer está muerta;  
Sus ojos no están cerrados,  
Le miran, le ven, le observan,  
Sus miradas son de hielo,  
Y sin embargo le quemán.  
¡No es un sueño, no es delirio  
De su mente! ¡es Ana! ¡es ella!

De pavor morir se siente  
Y de angustia y dolor tiembla  
Al ver que brota una lágrima  
De los ojos de la muerta.  
Hacia el balcon retrocede,  
De terror el alma llena,  
Y lanzándose á la calle  
Exánime cayó en tierra.

Volvió en sí y al salir de su letargo  
¿Dónde estoy? ¿dónde estoy? pudo exclamationar.  
¡Quimérica vision, sombra implacable,  
Aléjate de mí por caridad!  
Sueño ó fantasma que el infierno envía,  
¡Ten piedad, ten piedad de mi dolor!  
¿Adónde estás? Yá siento que una tumba  
Abres en la mitad del corazon.  
¡Encerrar tu cadáver en mi pecho!  
¡Ser vivo cementerio! ¡No es vivir!

¡Mátame por piedad, véngate airada  
Ó ten benigna compasion de mí!

Y era tan grande su vértigo  
Y tan grande su terror,  
Que mónstruos sólo veía  
Su ardiente imaginacion.  
En la oscuridad saltaban  
Con horrísono fragor  
Espectros, larvas, quimeras,  
Sin formas y sin color.  
Pandemonium espantable,  
Aquelarre en combustion,  
Donde las brujas ó el diablo  
Fueran la imágen mejor.  
Lleva en sus alas el viento  
Lúgubre, mortuorio son,  
Y á cada instante que pasa  
Más claro y distinto oyó  
El canto pausado y fúnebre  
De esas salmodias, que son  
Palabras que de la muerte  
Tal vez el hombre aprendió.  
Y allá muy léjos, muy léjos,  
Al sepulcral resplandor  
De blandones y de cirios,  
Vé en fúnebre procesion  
Negros fantasmas, cantando  
Con helada y ronca voz  
El terrible *Dies iræ*,  
Que le huela el corazon.  
Porque aquel canto angustioso  
Toma sér, vida, color,  
No son palabras, ni notas,  
Son tiempo, lugar, accion  
De esa epopeya de muerte  
Que el Evangelista vió

Entre un vértigo de fuego  
Y un soplo vivo de Dios.  
*¡Dies iræ!* Es el castigo  
Que le aguarda al pecador.  
No son quimeras, ni mónstruos,  
Ni vanos fantasmas son;  
Lo que ahora vé con espanto,  
Es su conciencia ante Dios,  
Oyendo lleno de angustia  
Aquel canto aterrador,  
Que á escucharlo un cementerio  
Se alzaran en confusion  
De sus sepulcros los muertos,  
Esperando oir la voz  
Que leyera su sentencia  
De vida ó condenacion.  
Pegado á un muro, temblando  
Como nunca hombre tembló,  
Mira avanzar lentamente  
La terrible procesion.  
Buscó con ánsia una imágen  
Y á su frente un Cristo vió,  
Quiso rezar... y no pudo,  
Y más creció su terror  
Viendo que al mirar al Cristo  
Del Cristo el llanto aumentó.  
¿Eran espectros ó frailes?  
¿Era verdad ó ficcion?  
Al pasar junto á su lado  
Quiso cobrar su valor,  
Y á uno de aquellos fantasmas  
¿Quién ha muerto? preguntó:  
¡Y cuál fué su gran asombro  
Y su horrible confusion,  
Cuando de sus secos lábios,  
*Miguel de Mañara*, oyó.  
Y á otro fraile y á otro luégo

Y á toda la procesion  
Hizo la misma pregunta  
É igual respuesta escuchó.  
¡Imposible! Él se palpaba  
Preguntando en su terror  
Si era su cuerpo su cuerpo,  
Ó tambien era vision.  
¡Imposible! Loco, ciego,  
Ciego de angustia y dolor,  
Al ataud se avalanza  
Que cubre negro crespon,  
Lo desgarran en mil pedazos  
Y al suelo como él cayó  
Cuando en la caja vió á un muerto  
Y contempló con horror  
Que era... ¡Miguel de Mañara  
El cadáver que miró!

Volvió á la vida y el mísero  
De su existencia dudára,  
Si en su corazon no oyera  
Mil voces que lo desgarran.  
Huye con rápidos pasos,  
Presa de pavor el alma,  
De aquellos sitios que llenos  
Están de horribles fantasmas.  
Masas informes y negras  
En el espacio destacan,  
Mil quimeras simulando  
De forma grotesca y rara.

—  
Y corre el desventurado  
Con loco y febril delirio,  
Siempre volviendo la cara  
Hácia mil distintos sitios.  
Siempre la misma voz oye,  
Escucha los mismos gritos,



Y á cada paso que avanza  
Mira abierto un ancho abismo.  
Por fin cesó en su carrera,  
Trémulo, desfallecido...  
Y vió que de quien huía...  
¡Era sólo de sí mismo!

### VIII.

Al salir el sol, Mañara  
Entró en su casa agitado,  
Más que la cera amarillo,  
Más descompuesto que pálido.  
Gregüela, aunque sacerdote  
Del intemperante Baco,  
Á quien más de una botella  
Había sacrificado,  
Vió el semblante de su dueño  
Y exclamó con aire franco:  
—Subid, señor, que ¡por Cristo!  
No habréis visto nunca cuadro  
Más perfecto. Los semblantes  
De vuestros amigos caros  
Se parecen tanto al vuestro;  
Que pienso, para mi sayo,  
Que Vénus en esta noche  
Se ha portado como Baco.  
Y así diciendo, á su dueño  
Jovial agarró del brazo.  
Y al aposento llevólo  
Del festin, en donde espanto  
Causaba ver de la orgía

Los nauseabundos extragos.  
Una tras otra las luces  
Muriendo en los candelabros  
Iluminaban la estancia  
Con resplandores fantásticos.  
Sobre los blancos manteles  
El vino formaba lagos,  
Y por el suelo rodaban  
Botellas, copas y platos.  
Ébrios, roncós, soñolientos  
Aquellos nobles hidalgos,  
Unos cantaban alegres  
Canciones que dictó el diablo,  
Otros por el sucio suelo  
Se arrastraban dormitando,  
Y otros teniendo vergüenza  
De no verse en tal estado,  
De tal manera libaban  
Que eran toneles humanos.  
Miraba sólo Acebedo  
Indiferente tal cuadro,  
Meditando en su cabeza  
Algo terrible y satánico.  
Al entrar luégo en la estancia  
Mañara, estrechó sus manos,  
Y con risa de desprecio  
Le mostró aquel espectáculo.  
—Vos, Mañara, sois prudente,  
Exclamó: ¿por qué negarlo?  
En vez de hacer sacrificios  
Bochornosos al Dios Baco,  
Habeis en copa de amores  
Á Vénus sacrificado.  
—Callad.  
—Lo muestra el semblante.  
¿Cuál se llama el nuevo encanto?  
Ángel no será de fijo,

Pues vos sólo amais al diablo.  
Y ahora bien, aquella niña,  
Aquel ángel... destronado  
¿Tiene altar en vuestro pecho?  
—Callad.

—Hoy se cumplé el plazo,  
Y por Dios que de esta vez  
Si hubiera apostado algo  
Sin duda que á mi escudero  
Le daba albricias. Callado  
Estais y ¡por Dios! os juro  
Que nunca leon africano  
Á la presencia del tigre  
Su garra escondió temblando.

Olvidándose Mañara  
De sus terrores pasados,  
Retorciéndose de cólera,  
Sus ojos fuego lanzando,  
Y reprimiendo la angustia  
Que palpitaba en sus lábios,  
¡Dios lo quiere! con acento  
Exclamó, que daba espanto.  
Á las puertas de mi orgullo,  
Acebedo, habeis llamado,  
Y el león, que convertido  
En implacable leopardo  
Para la infeliz gacela,  
Que á su vista huye temblando,  
La ha de ver bajo su garra,  
Será el leon inhumano  
Para el tigre que su furia  
Y coraje ha despertado.

En aquel mismo momento  
Dos fuertes golpes sonaron  
En las puertas, y Gregüela

Entró en la estancia azorado.

—¿Qué traes? le gritó Mañara.

—En la puerta hay un hidalgo  
Que quiere veros.

—Que suba.

Y en la estancia á poco rato

Entró un hombre, cuyo traje

Descompuesto y empolvado

Declaraba que el viajero

Era un militar bizarro

Y que de Italia ó de Flándes

Estaba recien llegado.

—¿Quién es Don Miguel Mañara?

Preguntó.

—Yo soy, hidalgo.

Y vos, ¿quién sois?

—De una muerta

Soy el vengador hermano.

—Pues yá sé á lo que venís.

Fijad el sitio y el plazo.

—Ahora mismo.

—Enhorabuena.

—Salgamos de aquí.

—Salgamos.

Levantóse el de Acebedo,

Y, poniéndose entre ámbos,

¡Nunca, exclamó, fui segundo

En vengar propios agravios!

Tengo con Mañara cuentas

Bastante antiguas, hidalgo,

Y si vos le dais la muerte,

Mí honor nõ queda vengado.

Tomad el segundo puesto,

Y si me mata su mano

¡Pardiez! que contento muera,

Pues la venganza en vos hallo.

—Fijad vos plazo, Acebedo,  
Dijo Mañara temblando  
De coraje.

—Sea esta noche.

—¡Hora!

—Vos la habeis marcado.

Cuando la gacela muera  
En las garras del leopardo,  
El leon matará al tigre.

—¡Á las diez!

—Las diez aguardo.

Y vos, hidalgo, á las doce.

—Sitio...

—¡De Tablada el campo!

Y Mañara de la estancia  
Salió de rábía bramando,  
Como embravecido toro  
Que en su cerviz siente el dardo.

## IX.

Noches dulces y serenas,  
De aromas embalsamadas,  
¡Cómo evocais en mi mente  
Mil amorosos fantasmas!  
En los rayos de la luna,  
De la luna triste y pálida,  
Ve flotar mi mente loca  
Ilusiones yá pasadas,  
Pero que fueron tan dulces,  
Que áun gozo yo al recordarlas.  
Noches dulces y serenas,

¡Cómo en vosotras el alma  
Entre sonrisas escribe  
Las más seductoras páginas!  
Auroras resplandecientes  
De un pecho que amante estalla,  
Embriagadores ensueños  
De dulcísima esperanza,  
Murmulllos de ruiseñores,  
De tórtolas dulcés cántigas,  
Ved los cantos del poema  
Que inspira la luna blanca  
Y esas noches de delirios  
Para las amantes almas.

Toda la naturaleza  
Melancólica descansa,  
Mas como sueña en amores  
Murmulllos de amores lanza.

Pálida, triste, llorosa,  
Inmóvil como una estatua,  
Caridad mira del Bétis  
Correr las tranquilas aguas.  
Y al resplandor de la luna,  
Que se quiebra en su ventana,  
Y que su hermoso semblante  
Tiñe del color del nácar,  
Parece blanca azucena  
Que triste la muerte aguarda.

¡Niña infeliz! Ve las ondas  
Que vienen, que ván, que pasan...  
Y las ondas que se fueron  
Jamás volverá á mirarlas.  
Del arroyo de la vida  
Olas son las esperanzas,  
Y en el mar del desengaño

Unas trás otras acaban.  
¡Niña infeliz! ¡Cuántas veces  
Ha recordado á Mañara  
Y sus propios pensamientos  
Han desgarrado su alma!  
Ella, pura como un ángel,  
Alentar vana esperanza,  
Amar á quien sólo busca  
Robar su dicha y su calma,  
Atar su vida á la muerte,  
Ver su pureza empañada...!  
¡Nó, imposible! Y sin embargo  
Piensa y adora en Mañara.  
Le asaltan mil pensamientos,  
Siente tal miedo en el alma,  
Que hasta en las ondas del río  
Mira siniestros fantasmas.  
Siente rüido... un murmullo  
De voces confusas, vagas,  
Y oye su nombre. El acento  
Que pronuncia tal palabra,  
Como en su pecho resuena,  
Sospecha que es de Mañara.  
Y al par mira vagas sombras,  
Negras, siniestras, extrañas,  
Que cual jauría de lobos  
Su pobre mansion rondaban.

Cerró sus ojos la niña,  
Presa de pavor el alma,  
Y eco de angustia al abrirlos  
Resonó en la pobre estancia.  
¿Era un sueño, una quimera,  
Un aterrador fantasma?

. . . . .  
Cayó al suelo, y en el suelo  
Cayó desde la ventana

Un hombre á la vez, lanzando  
Satánica carcajada.

—¡Socorro! ¡favor! gimió  
La pobre niña en su espanto.  
—¡Mil truenos! Seca ese llanto,  
El hombre le respondió.  
Y en el contiguo aposento  
Una voz ¡hija! decía,  
De un sepulcro parecia  
Que brotaba aquel acento.  
—Tu suerte al fin te depara  
Rico y gentil caballero.  
—¿Quién sois vos?

—El escudero  
De don Miguel de Mañara.  
—¡Mañara! ¿Pretende así  
Envolverme en fieros lazos?  
Gregüela en sus fuertes brazos  
La estrechó con frenesí.

. . . . .  
. . . . .  
Por ella corrió un temblor  
De la cabeza á los piés.  
¡Temblaba como la miés  
En manos del segador!  
Y en lucha tan desigual  
La pobre niña espiraba,  
Y al mismo tiempo escuchaba  
El acento sepulcral  
Que ¡hija del alma! decía,  
¡Ladrones, sin compasion,  
Arrancais el corazón  
De una madre en su agonía!

Más Gregüela nada oyó,  
De la niña desprendióse,



Á la ventana acercóse  
Y un largo silbido dió.

Al volver hácia su presa  
Con depravada intencion,  
Vió á la jóven, de la luna  
Al dulce y tibio fulgor,  
En los brazos de una sombra,  
Que sombra le pareció,  
Aquel bulto que miraba  
Revolverse en un rincon.  
Avanzó osado, y la niña,  
Presa de angustia y terror,  
—¡Salvadme, madre, salvadme!  
Dijo con helada voz.  
Y dando auxilio á la vida  
La muerte en esta ocasion,  
Colocando á sus espaldas  
Á la prenda de su amor,  
—Si avanzais un paso más,  
Con voz rugiente exclamó,  
Sois cadáver, y una daga  
De la luna al resplandor  
Brilló en las manos convulsas  
De la tétrica vision.  
Gregüela, helado de espanto,  
Al punto retrocedió,  
Se abalanzó á la ventana,  
Y al reflejar el fulgor  
De la luna en su semblante  
Terrible grito escuchó  
Que, desgarrando su pecho,  
Penetró en su corazon.  
Y la sombra avanzó rápida  
Á Gregüela. Le miró  
Con desencajados ojos...  
Quiso hablar... pero su voz

Sólo dijo:

—¡Eres su padre!  
Y entre sus brazos cayó.

Horrorizado Gregüela,  
Recuerda en aquella voz  
La historia de veinte años  
De crímenes y de horror.  
Y quizás por vez primera  
Llanto en sus ojos halló,  
Y un pensamiento contrito,  
Y en su lábio una oracion,  
No escuchando los terribles  
Gritos de insano furor  
Con que Mañara y los otros,  
Testigos de su baldon,  
De Gregüela maldecian  
Y blasfemaban de Dios,  
Temiendo que el escudero,  
Prudente en esta ocasion,  
Se aprovechase del fruto  
Que codiciaba el señor.

Mañara ardiendo en coraje,  
Lleno de angustia, escuchó  
Diez sonoras campanadas  
De fatídico reloj.  
Y al par á escape tendido  
En negro caballo vió  
Á Acebedo, que llegaba  
Cual diablo exterminador,  
Á robarle el alma y vida.  
Con un sarcasmo feroz  
Dijo Acebedo, que al punto  
Comprendió la situacion  
De Mañara:—¡Alargo el plazo!  
Que pues dichoso no sois,

No quiero teñir mi espada  
Con sangre rabiosa ¡nó!  
Comprendo que la gacela  
Huye del fiero leon,  
Y darle pretende el tigre  
En esta empresa favor.  
Y así diciendo, con calma  
Á la puerta se acercó,  
Y la dió tan fieros golpes,  
Que resonaba el fragor  
Cual si maza de gigante  
Fuera su puño feroz.  
Ciego Mañara de rábía  
—¡Sacad la espada! gritó,  
Y si noble habeis nacido  
Cumplid las deudas de honor.

Sus aceros se cruzaron,  
Un grito sordo se oyó,  
Y Acebedo cayó en tierra  
Lanzando una maldicion.  
—¡Caridad! dijo Mañara  
Con desfallecida voz,  
¡Caridad! ¡Sálvame ahora!  
¡Tén piedad de mi dolor!

Sin hallar voces ni frases,  
El desgraciado Gregüela  
Fuerte estrecha entre sus brazos,  
Llorando de angustia y pena,  
Aquel cuerpo que fué suyo  
Y que la muerte desea.  
Caridad, puesta de hinojos,  
Á Dios sus preces eleva,  
Entre un torrente de lágrimas  
Tan amargas como tiernas.  
¡Grupo imponente y terrible

Que al par conmueve y aterra.

Luégo que sus tristes almas,  
Con enmudecida lengua  
Trémulas se confiaron  
Mil dolores y mil quejas,  
De la mujer moribunda  
Oyó estas frases Gregüela:  
—¡Juan! escucha. Yo te amo.  
La muerte mis lábios cierra,  
Mas al espirar te encuentro  
Y feliz muero y contenta.  
¡Cuánto he sufrido y llorado  
En tu larga, eterna ausencia!  
¡Caridad! vén... y á tu padre  
Entre tus brazos estrecha!

Gregüela cayó de hinojos  
Á los piés de la doncella,  
Y en vez de besar su frente  
Mil veces sus plantas besa.  
—¡Hija mia! ¡hija del alma!  
Dice con voz que dá pena,  
¡No poder llamarme padre  
Por ahogarme la vergüenza!  
Y Caridad nada dice,  
Que frases dignas no encuentra.  
Corre á su madre y dá un grito...  
Estaba su frente yerta  
Y aún sus lábios se movian  
Tal vez hablando á Gregüela.  
Fijó en él triste mirada,  
Y con voz turbada y seca,  
¡Proteje y salva á tu hija,  
Murmuró; ¡tu vida enmienda,  
Te dejo un ángel, no manches  
Su inmaculada pureza...!

¡Juan! ¡Caridad! ¡Virgen santa!  
¡Hija, que Dios te proteja!

Y voló su ánima al cielo,  
Quedando el cuerpo en la tierra.

Caridad aquel cadáver  
Anegada en dolor besa,  
Mientras inmóvil y mudo  
Está llorando Gregüela.  
De repente, obedeciendo  
Á una convulsion magnética,  
Anhelante de fatiga  
Corre á la mezquina puerta  
De la estancia, y con sus manos  
El férreo cerrojo aprieta.  
Oye fragor espantoso  
Retumbar en la escalera,  
Y lanzando horrible grito,  
Corre á Caridad, la estrecha  
Entre sus brazos, y el triste  
Oprimela con tal fuerza,  
Cual si quisiera en su angustia  
Dentro del pecho esconderla;  
Y... ¿escuchas, hija? le dice,  
No son hombres, nó, son hienas.  
Buscan tu honor, hija mía:  
No puedo darte defensa,  
Son muchos, son muchos, ¡muchos!  
Escucha, escucha... se acercan.  
¡Lobos! ¡carniceros tigres!  
Y el desgraciado Gregüela  
Cruzaba aquel aposento,  
Como la irritada fiera  
Á quien roban sus cachorros  
Debe agitarse en su cueva.  
De repente oye las voces

De Mañara, trás la puerta,  
Que,—¡abre, endiablado escudero,  
Decia; ¡vengo por ella!  
¡No la infames, que es mi vida,  
Es mi esperanza!—Y Gregüela,  
Loco y ciego de coraje,  
Decia:—Venís por ella?  
¡Infames! ¡si ella es mi hija,  
Cómo quereis que os la vendat  
Y escucha el desventurado  
Carcajadas y blasfemias,  
Y el acento de Mañara  
Que más que todos le hiela.  
—La amo.

—¡Mentira, mentira!  
Vos no amais.

—¡Por Dios! ¡Gregüela,  
Abre por piedad!

—No amais,  
Vuestro amor causa vergüenza,  
Llanto, y ruina, y desprecio.  
¡Es mi hija!

—Abre la puerta  
Ó la arranco con mis manos  
Y con mi espada tu lengua.

Y entre ahullidos espantosos,  
Carcajadas y blasfemias,  
La puerta yá rechinaba  
Próxima á venir á tierra.  
Entónces, transfigurándose  
El semblante de Gregüela,  
Coge á la niña en sus brazos,  
Su frente divina besa,  
Y corriendo á la ventana,  
¡Antes que sin honra verla,  
Matarla mil y mil veces!

Exclama con voz que hiela.

. . . . .  
. . . . .  
Y quizás fué aquello un vértigo.

. . . . .  
Mira las ondas serenas  
Del Bétis, que en anchos círculos  
Tras un objeto se cierran.  
Y después, tambaleándose,  
Corrió insensato á la puerta,  
Y al abrirla.... ¡vengan todos,  
Exclamó; vengan á verla!  
¡Era mi hija, mi hija!  
Y con la voz de pantera,  
¿Veníais á deshonrarla?  
Grita á Mañara, ¡pues vedla!  
Y á la ventana arrastrándole  
Un blanco objeto le muestra  
Que cual un copo de espuma  
Por la corriente atraviesa.  
¡La ha seducido.... la muerte!  
¡Vedla, dice, vedla, vedla!

Mañara seca una lágrima  
Que por sus megillas rueda,  
Y mudo, helado de espanto  
De aquella estancia se aleja.  
En el umbral de la casa  
Con un cadáver tropieza;  
Es Acebedo.... satánica  
Sonrisa sus labios muestran;  
Después de muerto parece  
Que de su dolor se alegra.

X.

¡Hora imponente y dulce y misteriosa!  
La luna derramaba su esplendor,  
La brisa alegre murmuraba amores  
Con vagarosa voz.

Allá en Tablada, junto al claro río,  
Negra sombra fantástica se vé,  
Congelado vapor, giron de niebla,  
Mudo espectro tal vez.

Algo espera sin duda, que impaciente  
Con paso delirante viene y vá,  
Hasta que escucha del reloj lejano  
Doce golpes sonar.

Al extinguirse sus vibrantes ecos,  
Se mira en el camino aparecer  
Otra sombra, que rápida camina  
Ginete en un corcel.

Y los dos se encontraron y ¡eran ellos!  
El hermano de Ana vengador,  
Y Miguel de Mañara, que una tumba  
Buscaba á su dolor.

—Puntual sois, dijo el hermano.

—Mañara exclamó: ¡á reñir,

Y Dios sabe que morir

Anhelo por vuestra mano.

Mas pienso en esta partida

Que, por burlas de mi suerte,

Vos no sabréis darme muerte

Porque es mi muerte la vida.



Á no ser vos caballero,  
En verdad gozo sintiera  
Porque muerte recibiera  
Sin desnudar el acero.  
Es preciso, y escuchadme,  
Que lo pido por merced,  
Tened de mi sangre sed  
Y sin compasion matadme.  
—Nunca tendrá mi valor  
Compasion para aquel hombre  
Que manchó mi ilustre nombre  
Y empañó mi claro honor.  
—¡Luchemos!

—Ese es mi afan.

Sus espadas se cruzaron  
Y al recio choque lanzaron  
Rayos de hirviente volcan.  
Envueltos en lid que aterra,  
Mañara un grito exhaló,  
*Algo* en el Bétis miró  
Y cayó exánime en tierra.  
El otro quizás creyendo  
Que estaba su honra vengada,  
Rápido huyó de Tablada  
Su destino maldiciendo.  
Y cuentan que al otro día  
De nuevo á Flandes partió,  
Y que cual bueno murió  
En aquella guerra impía.

XI.

¿Es un rayo de luz que desprendido,  
De la pálida frente de la luna,  
Reverbera en la mágica laguna  
En sus ondas buscando dulce nido?

¿Es flor acaso del jardín del cielo  
Que el ángel de la noche trae en sus alas,  
Para prestar con sus brillantes galas  
Luz á las flores del dormido suelo?

Tal vez es copo de nevada espuma,  
Crisálida que encierra alguna ondina  
Aquel *algo divino* que camina  
De las ondas del río entre la bruma.

Dormida acaso al celestial arrullo  
De un cántico de amor, puro y divino,  
Caridad presta al Bétis cristalino  
Dulces aromas, celestial murmullo.

Y sus trenzas parecen y su velo,  
Al flotar en las aguas cristalinas,  
Las alas de esas pobres golondrinas  
Que besan á las ondas en su vuelo.

Y la luz que esplendente tornasola  
Del claro Bétis la veloz corriente,  
Al reflejar sobre su blanca frente  
Parece que le ciñe una aureola.

Y las algas desmayadas  
Del hondo cauce salian  
Para hacer un canastillo  
De ramas entretrejidas,  
Donde cual blanco capullo,

De flor hermosa y divina,  
Descansaba el cuerpo virgen  
De la desgraciada niña.  
Y su rostro era tan bello,  
Que más que muerta, dormida  
Parece, porque la parca  
Guardó su guadaña impía,  
Y mandó venir á un ángel  
Para robarle la vida.  
Las ondas vienen temblando  
Y aquel cuerpo depositan  
En el remanso más bello  
Que hay del Bétis en la orilla.  
Encontrado á su corriente  
El aire rápido, riza  
Las olas, que al alejarse,  
Un momento detenidas  
Parece que para verla  
Ván volviendo atrás la vista.

Mañana se alza del suelo,  
La aparición le fascina,  
Corre á ella, lanza un grito  
Y cae luego de rodillas.

. . . . .  
Y pasaron muchas horas,  
¡Muchas horas sin sentir!as!  
Siempre Mañana llorando  
Con indecible fatiga,  
Siempre besando las plantas  
De su amor y de su víctima.

Y le sorprende la aurora  
En tan terrible agonía,  
Y así le mira la tarde,  
Y así la noche le mira.  
Al levantarse del suelo

Un cadáver parecía;  
Secos estaban sus ojos,  
Su cabeza encanecida.  
Toma á la muerta en sus brazos  
Y á la ciudad se encamina,  
Y al verlos.... ¿cuál de los dos  
Es el cadáver? decian.

### CONCLUSION.

Y pasó un mes y otro luégo  
Y en Sevilla se notaba  
Que el diablo de ella faltaba  
Ó faltaba don Miguel.

Y las rezadoras viejas,  
Con su murmurar eterno,  
Decian que en el infierno  
Debió parar el doncel.

Mas un dia con espanto  
Se le vió entrar en Sevilla,  
Causando gran maravilla  
Lo que el vulgo en él notó.

Y fué que al ver de San Jorge  
La santa y humilde ermita,  
Con el ánima contrita  
En ella lloroso entró.

Y allí estuvo muchas horas,  
Causando notable ejemplo  
Que así estuviera en el templo  
Aquel diablo terrenal.

Y vieron los sevillanos  
Que el diablo, al siguiente dia,

Sus riquezas consumia  
Levantando un hospital.  
¡Ah! no hay delito á que el cielo  
No otorgue santa clemencia,  
Si busca la penitencia  
Humillado el pecador.

Que en el mar, siempre irritado,  
Del mundo ¡entre tanto vicio!  
Nunca rueda al precipicio  
Quien implora su favor.

¡Mañana, feliz mil veces!  
Si el amor fué tu pecado,  
En santo amor abrasado  
Fundaste la Caridad.

Y si el orgullo en tu pecho,  
Acaso fabricó un nido,  
Lo trocaste, arrepentido,  
En compasiva humildad.

Y en las naves de ese templo  
De santidad maravilla,  
Que para prez de Sevilla  
Supiste al cielo elevar,

Halló el pobre dulce asilo,  
Y de tu nombre en abono,  
Al arte elevaste un trono  
Y á Dios un sagrado altar.

Y del alcázar que al pobre  
Lleno de amor fabricaste,  
Tú sólo te reservaste  
Un reducido confin.

¡Un huerto! donde tu mano  
Ocho rosales cuidaba.  
¡Hondo misterio encerraba  
Aquel estrecho jardín!

Rosales que, cuando al soplo  
De los céfiros gemian,  
Para Mañana decían

Ténues frases de dolor.  
Cada rosal recordaba  
Tristemente á su memoria,  
Amarga y llorada historia  
De algun pecado de amor.

. . . . .  
Y todas, todas las noches,  
Cuando con pena en el alma,  
Vertiendo abundoso llanto  
Aquellas flores regaba,  
En los espacios se oían  
Canciones, rumor de alas.  
Y en los rayos de la luna,  
Como celestes fantasmas  
Ó apariciones divinas,  
Ocho querubes bajaban  
Sobre los ocho rosales  
Que plantó el feliz Mañara.  
¡Y eran ellas!—¡Sus amores!  
Que, consolando sus lágrimas,  
¡Dios te perdona! decían,  
Y luégo al cielo tornaban.

. . . . .  
Han pasado yá dos siglos  
Y aún los rosales se encuentran  
Cubiertos de hermosas flores  
En la verde primavera.

. . . . .  
Y cuando en la noche triste  
El ánima á Dios entrega  
Algun anciano, que muere  
En *La Caridad*, resuenan  
Murmullos, batir de alas  
Por los aires.... y ¡son ellas,  
Que bajan quizás por rosas  
Y almas en cámbio se llevan!

MANUEL CANO Y CUETO.

D. MIGUEL DE MAÑARA.





# DON MIGUEL DE MAÑARA.



TRADICION.

## I.

*Domus pauperum scala cœli.*

Yá en el mar hundió la frente,  
Tras sí llevándose el día,  
El sol, que claro y riénte  
Mostró en su cielo esplendente  
La reina de Andalucía.

Cual la sonrisa entre el llanto,  
Cual la esperanza en la pena,  
Vertiendo plácido encanto,  
Rasga de la noche el manto,  
Brilla la luna serena;

Rica lámpara colgada  
De la bóveda celeste,  
Del sol triste enamorada,  
Reina de la noche amada  
Con mil estrellas por hueste.

Del Bétis en los espejos  
Su faz incolora brilla  
Con mil vistosos reflejos,  
En tanto envuelve á lo léjos

Su blanca luz á Sevilla.

Yá con el pecho inflamado  
Por los cándidos fulgores,  
Vá el trovador inspirado  
Á una reja, enamorado,  
Á cantar trovas de amores.

Que aún algun doncel galante  
Qué honra y vida compromete  
De amor por un sólo instante,  
Y algun trovador amante  
Guarda el siglo diez y siete.

Entre tanto, su mansion,  
Que un alto escudo corona,  
Con la vehemente expresion  
De un alma toda pasion,  
Un caballero abandona.

Gentil, bizarra apostura,  
Erguida, altiva cabeza,  
Mirada ardiente y segura,  
Varonil, rara hermosura,  
En él respiran nobleza.

Bien su rango se trasluce,  
Pues su corazon de lava,  
Que á amores locos le induce,  
Cubre un manto, donde luce  
Roja cruz de Calatrava.

«Vamos, exclama al dejar  
De su casa los umbrales,  
Aventuras á buscar,  
Mujeres á quien amar,  
Placeres y bacanales.

»Libemos en esas flores  
De este mundanal eden  
La dulce embriaguez de amores;  
Para después, sin colores,  
Arrojarlas con desden.

»Si ellas gimen de contino

¿Qué importa su suerte avara?  
¿Por qué su adverso destino  
Las ha puesto en el camino  
De Don Miguel de Mañara?

»Yo busco placeres, loco,  
Para nutrir mi pasión;  
Marchito la flor que toco,  
Que de ardiente amor el foco  
Está aquí en mi corazón.»

Así, en tanto que camina,  
Mañara en su mente exclama,  
Cuando al volver una esquina  
Ante él la luna ilumina  
Gentil y esbelta á una dama.

Luengo manto de blancura  
Que á la de la nieve afrenta,  
Hace, al cubrir su figura,  
Adivinar su hermosura  
Que tanto misterio aumenta.

La esbeltez de la mujer,  
El silencio, la ocasión,  
Son aún más que ha menester  
Para en Mañara encender  
Si fugaz, loca pasión.

«Dama esbelta y misteriosa,  
Si no quieres darme enojos  
No prosigas desdeñosa,  
Muéstrame tu faz hermosa,  
Que será luz de mis ojos.

»No me robes el sosiego,  
Oye mi ardiente pasión,  
La voz de mi amante ruego,  
Y un trono de vivo fuego  
Te alzaré en mi corazón.

»¿No escuchas? Quizás mi nombre  
Tú ignoras, no es cosa rara;  
Yá mi audacia no te asombre,

¿Sabes quién es este hombre?

Es Don Miguel de Mañara.

»¿Cómo! ¿ni aún eso te mueve?

Mujer altiva y cruel,

¿Tienes el alma de nieve

Cuando no se te conmueve

Al nombre de D. Miguel?»

Así el galán caballero

Habla á la mujer velada,

Que, á su acento lisonjero

Indiferente y callada,

Anda con paso ligero.

Y caminan, cuidadosa

Ella encubriendo su faz,

Y él con pasión amorosa

Su leve huella graciosa

Do quier siguiendo tenaz.

Ninguno en su empeño ceja,

Y él, con vértigo fatal,

Calles cruza, calles deja,

Y así, trás ella, se aleja,

Llegando á la Catedral.

Corre más, casi la alcanza;

Mas su afán á ella le asusta,

Y encontrando una esperanza

De Dios en la casa augusta,

En la Catedral se lanza.

Cual soplo de muerte, el ámbito es frío

Del templo pasmoso, que en negro capuz

Envuelven tinieblas, do en rayo sombrío

Las lámparas vibran escasa su luz.

Sus bóvedas ricas se elevan gigantes

Y allá entre las sombras se ván á aumentar;

Su fin no se encuentra, y así amenazantes

Lo eterno parecen querer presentar.

Do quier un sepulcro de mármol helado

Con luz amarilla de triste blandon,  
Y estátuas que llevan la mitra y cayado;  
Do quier de la muerte se ostenta el blason.

Mas nada, ni el sitio severo, imponente,  
Do negros fantasmas bullendo en tropel,  
Acuden, poblando confusos la mente,  
Detiene al altivo y audaz Don Miguel.

No ceja ni teme aquel alma impía,  
Osado en el templo penetra su pié;  
El manto nevado le sirve de guía;  
Flotar en las sombras ligero se vé.

Aquella firmeza, jamás conocida  
Del siempre envidiado feliz seductor,  
Abriendo en su orgullo mortal, honda herida,  
Satánico impulso le presta á su amor.

Se agita su pecho, sus ojos fulguran  
De fuego sombrío un rayo fatal;  
Feroz amenaza sus lábios murmuran,  
Y envuelta vá en ella blasfemia infernal.

Mas ¡ah! de repente, donde una luz clara  
Su esbelta figura envuelve en fulgor,  
La dama se queda; dá un grito Mañara;  
¡Está sólo el templo! ¡le aguarda su amor!

Yá llega anhelante donde ella le espera;  
Satánico fuego despide su faz;  
Sus brazos la ciñen, su mano ligera  
El manto del rostro arráncale audaz.

Mas ¡ay! retrocede: ¿pavor ó respeto,  
Qué siente el bizarro galan andaluz?  
¿Qué ve bajo el manto? horrible esqueleto  
Con ojos que lanzan fosfórica luz.

«Dejemos la muerte, sediento de vida  
Latiendo en mi pecho está el corazon.»  
Exclama, y con frente un tanto abatida  
Al punto abandona la santa mansion.

II.

Reina el silencio en Sevilla;  
Es media noche, esa hora  
Que amor, crimen y misterio  
Cobija en manto de sombras.

Lóbregas, cual los caminos  
De una vida borrascosa,  
Solitarias, como el alma  
Á quien su Dios abandona,

Están las confusas calles  
De la reina seductora  
Que tiene por trono el Bétis,  
La Giralda por corona.

Sólo allá en alguna esquina,  
Ante una imágen devota  
Que la piedad de los fieles  
En pobre nicho decora,

Hállase, apénas rompiendo  
La oscuridad tenebrosa,  
Alguna lámpara humilde  
Que luz vacilante arroja.

Áun más triste, más sombría  
É imponente que las otras,  
Es la estrecha y pobre calle  
Que de la *Muerte* se nombra.

Hace esquina á otra calleja  
No ménos triste y medrosa,  
Que es del *Ataud* llamada,  
Quizás por su extraña forma.

¿Quién osará en estas calles,

Hasta en el nombre horrorosas,  
Penetrár con planta osada  
De noche á las altas horas,

Si de entrambas en la esquina,  
Á la luz triste y dudosa  
De un farol, ante una casa  
Que amenaza ruina pronta,

Se ve, negra por el tiempo,  
Calavera aterradora  
Que fué de la bella un dia  
Y disoluta Susona?

¿Quién? D. Miguel de Mañara,  
Cuya alma audaz, orgullosa,  
Valla y temor no conoce  
Y hasta á la muerte provoca.

Cual simple hidalgo aparece;  
No ostenta el hábito ahora;  
Ropilla de terciopelo  
Viste, con rizada gola.

Chambergó de blancas plumas  
Y alas pequeñas y airosas,  
Á medias su rostro encubre  
Que en el ferreruelo emboza.

Lleva ceñida la espada,  
Bien templada y brilladora,  
Que en sangre tiñó cien veces  
Y al corazon váse pronta.

¿Adónde vá? ¡quién lo sabe!  
Mas una empresa amorosa  
Vá á acometer, bien lo dice  
La sonrisa de su boca.

Ella revela aquel alma  
Que, cual brisa arrulladora,  
Mece un momento las flores,  
Cual noto después las troncha.

Mas ¡ah! que aquella sonrisa  
Pronto en un gesto se torna

De ira feroz y amenaza,  
Á la vez que un voto arroja.

Rudo, espantoso, violento,  
En su cabeza orgullosa  
Un golpe le deja en tierra,  
Sin ver la mano traidora.

Aquel golpe inesperado  
Un instante le trastorna,  
Y en tierra, cual tigre herido,  
Lanza un mugido su boca.

Mas al querer levantarse,  
Sepulcral, lúgubre y honda  
Una voz que no es humana,  
Hace que estas frases oiga.

«Yá está muerto, preparadle  
El ataud sin demora;  
Dadle al sepulcro su presa;  
La tierra el polvo recobra.»

Álzase entónces Mañara,  
Busca con mirada ansiosa;  
Está solo, nada encuentra;  
Cércale no más que sombras.

### III.

Después de algunos momentos,  
Su vaga incierta mirada  
No hallando á nadie, alejarse  
Al fin resuelve Mañara.

Mas ¿dónde está la salida,  
Dónde está, que no la halla,  
De la calle de la Muerte,



Donde de la suya tratan?

En vano ansioso la busca  
Á la luz casi apagada  
Que muestra la calavera  
De la Susona en la casa.

Y busca y tocan sus manos,  
Y largos minutos pasan;  
Y la salida que anhela  
No encuentra su suerte infausta.

Vencido por Dios su orgullo  
Un hondo gemido lanza,  
Como león espirante,  
Que herido, en la selva brama.

Y despertando en su pecho,  
Do duerme, la fé cristiana,  
Coje la cruz que corona  
Su siempre temida espada.

Mira entónces, y á lo léjos  
Ve venir dos filas largas  
De luces, que entre las sombras  
Pálido fulgor derraman.

Entre las negras tinieblas  
Aquellas luces destacan,  
Como entre el crimen sombrío  
De Dios la justicia santa.

Y lentamente se acercan;  
Y nota que son llevadas  
Por sacerdotes, vestidos  
Con sobrepellices blancas.

Rostros secos, descarnados,  
Profunda, glacial mirada  
En aquellos sacerdotes,  
Hacen sentir hielo al alma.

Lentos, silenciosos, tristes,  
Como pálidos fantasmas,  
Se acercan al caballero  
Que estupefacto se pára,

Y en aquella comitiva,  
Que aterradora adelanta,  
Mira el fúnebre cortejo  
Que á un cadáver acompaña.

Tras de aquellos sacerdotes,  
Por cuatro figuras pálidas  
Un ataud es llevado  
Que un paño fúnebre tapa.

Un entierro á tales horas  
Al caballero le pasma;  
Y á saber quién es el muerto  
Le impulsa una fuerza extraña.

Yá las lúgubres figuras  
Ante él silenciosas pasan,  
Y á un anciano sacerdote  
Que inclina su frente calva,

«¿Quién es el muerto?» le dice.  
Y con voz profunda, helada,  
Le contesta el sacerdote:  
*Es Don Miguel de Mañara.*

Asombrado el caballero  
Un paso más adelanta,  
Y á otro interroga, que dice:  
*Es Don Miguel de Mañara.*

Llega igualmente al tercero:  
«¿Quién es el muerto?» con ánsia  
Pregúntale, y le contesta:  
*Es Don Miguel de Mañara.*

Aterrado el libertino  
No halla en su boca palabras;  
Sudor copioso y helado  
Su faz amarilla baña.

Mas como lanza un destello  
Triste luz, cuando se apaga,  
Al confundirse su orgullo  
Dá un vivo rayo en su alma.

Lleva la mano al acero

En ademán de amenaza;  
Mide á aquellos sacerdotes  
Con altanera mirada;

Hácia el féretro enlutado  
Rápidamente se lanza,  
Y el cadáver que contiene  
Con brusco ademán destapa.

Mas ¡qué mira! lanza un grito;  
Con boca lívida, helada,  
Ojos fijos y apagados,  
Él allí muerto se halla.

Para resistir de nuevo  
Yá sus fuerzas no le bastan,  
Y sumido en un letargo  
Al brillar le encuentra el alba.

En tanto, en su mente, horribles y escuetos,  
Doquier confundidos, bullendo en tropel,  
Falange espantosa, sin fin de esqueletos,  
Helando su sangre, halló Don Miguel.

Sus bocas horribles, que ni hablan ni aspiran,  
Abiertas, remedan sonrisa glacial;  
Sus cóncavos ojos sarcásticos miran  
El loco entusiasmo y afán mundanal.

Y mira un espacio donde entran las almas  
De aquellos que avara la tierra tragó;  
Y allí se marchitan del mundo las palmas,  
Y allí de los tiempos se rompe el reló.

Llegando á una sima las vé que trabajan,  
Midiendo su espacio por ver su confín;  
Y ruedan fugaces, y bajan, y bajan;  
Ni tocan su fondo ni encuentran su fin.

Y allí nada muda, y allí es todo estable;  
Ni crecen las sombras, ni hay más claridad;  
Doquier que se mira, con sello inmutable  
Grabada indeleble se ve, ETERNIDAD.

IV.

Pasó la aurora süave  
Vestida de luz incierta;  
Abrió de Oriente la puerta;  
Tendió el manto de arrebol;

Y brillante, y circüido  
De celajes de oro y grana,  
En una hermosa mañana  
Brilla esplendoroso el sol.

Mas sus luces de topacio  
Penetran sólo con tasa  
En la estancia de una casa,  
Que adornan escudos cien;

Donde ricos, decorados  
Con exquisitas labores,  
Del arte bellos primores  
Doquiera los ojos ven.

¿Por qué una espesa cortina  
Impide, tras los cristales,  
Ver los ricos sitiales,  
El espléndido tapiz;

Y las preciosas molduras,  
De oro puro sobre grana,  
La blanda alfombra persiana  
Y su límpido matiz?

¡Ah! que allí en mullido lecho  
Que rico tisú decora,  
Pálida, como la aurora  
Que sigue á la tempestad;  
Hundidos los bellos ojos,

Con el aliento anhelante,  
Se halla, casi agonizante,  
Una hechicera beldad.

En la estática mirada  
Con que sus ojos fulguran,  
En el nombre que murmuran  
Sus lábios yá sin color,

Se ve que es esa belleza,  
Falta de vital aliento,  
De las víctimas sin cuento  
Que inmola crudo el amor.

Blanca paloma inocente,  
Rápido tendió su vuelo,  
Y al remontarse hácia el cielo  
La hirió una flecha mortal:

Alma que buscó sedienta  
De dicha los manantiales,  
En engañosos raudales  
Bebió veneno letal.

Azucena la más pura,  
Brilló en los campos de Flora;  
Una mano previsor  
Del reptil la preservó;

Mas ¡ah! si morder aleve  
Sus hojas no le fué dado,  
Con hálito emponzoñado  
Él su ambiente envenenó.

Y ora en triste desaliento  
Hondo su pecho suspira;  
Ora extasiada delira,  
Yá gime al dolor cruel;

Mas ya se anegue en su llanto,  
Ya halague esperanza loca,  
Siempre se encuentra en su boca  
El nombre de Don Miguel.

Nombre que la faz adusta  
Enrojece de un anciano,

Que abriga la helada mano  
De la jóven con amor;  
Y que en sus oscuros ojos,  
Bajo sus cejas de nieve,  
Hace brillar fuego aleve  
De cólera y de rencor.

Y es natural que sus ojos  
Lancen tan siniestro brillo;  
Es Don José del Carrillo,  
Caballero de gran prez;

Á quien su adorada hija,  
Del corazon prenda cara,  
Roba el amor de Mañara;  
Queda solo en su vejez.

Él las dueñas y los pajes  
Apartó de su hija bella;  
Veló en torno á la doncella;  
Fué el esclavo de su honor;

Mas si impidió que algun dia  
Quizás sus canas manchára,  
No evitó que la matára  
De Don Miguel el amor.

Y ve extinguirse esa vida,  
De la suya noble orgullo;  
Ve aquella flor en capullo  
Su débil tallo doblar.

Y en su corazon de padre  
Mar de penas se desata,  
Que ¡ay! el dardo que la mata  
Ve sin poderlo arrancar.

Por eso, yá fervoroso,  
Preces á su Dios murmura,  
Yá su mirada fulgura,  
Con acendrado furor;

Mas siempre, bebiendo el cáliz  
De dolor crudo y punzante,  
Está, como padre amante,

Junto al lecho de dolor.

Solo se encuentra en la estancia

Junto á la bella doliente;

Mas ¿qué mira?... De repente

Oye la puerta girar;

Y allí, do nadie penetra,

Ve, con paso acelerado,

Sin ser ántes anunciado

Un caballero llegar.

Silencioso se adelanta

Y hácia Carrillo camina,

El cual presa se imagina

De pesadilla crüel;

Que en el audaz caballero,

Irritando sus enojos,

No hay duda, miran sus ojos

El rostro de Don Miguel.

Llega, alterado el semblante,

Pálida la altiva frente,

Junto á la hermosa doliente

Que dá un grito de emocion;

Y ámbos absortos se miran,

Entre un suspiro abrasado,

Miéntras el padre irritado

Arroja una maldicion.

«Don Miguel, salid al punto;

Si os place la angustia ajena,

Vuestro corazon de hiena

En otras podeis saciar:

»Mas no aquí, donde mi hija

Se halla por vos casi inerte;

Al infortunio y la muerte

No os atrevais á insultar.»

Dice Carrillo, y añade

Con ronco agitado pecho,

Queriendo de junto al lecho

Arrancar á Don Miguel:

«Venid; si saña conmigo  
Tuvisteis, vedla cumplida,  
Que la mitad de la vida  
Vos me arrebatáis cruel.

»La mitad de ella me queda,  
Mi honor, limpio como el cielo,  
Que mi incesante desvelo  
Libró de vos es verdad.

»Pero vivir no me es dado  
En esta pena prolija;  
Que es mi hija, mi única hija,  
Don Miguel, la otra mitad.

»Salid; yo iré en vuestra busca  
Cuando acabe su existencia,  
Y ese arcángel de inocencia  
Feliz descanse en su Dios;

»Que aunque yá débil anciano,  
Falto de ventura y calma,  
Áun hay valor en mi alma  
Para arrancárosla á vos.»

«Carrillo, de vos tan sólo  
Tales frases escuchára,  
Dice el altivo Mañara  
Cubierto de palidez;

»Mas nó, no vengo á insultaros  
Con intencion fementida,  
Vengo á esta hermosa, la vida  
Á devolverle tal vez.

»Si ella por mi amor se muere,  
Presa de dolor insano,  
Vengo á ofrecerle mi mano  
Y con ella el corazon;

»Que el alma del libertino  
Convertir al cielo plugo,  
Y el matrimonio y su yugo  
Acepto cual grato don.

»¡Vedlo, pues! Yá en su mirada



La luz de los cielos brilla;  
Yá matizan su megilla  
Las rosas que la robé.

»¡Vive! La dicha que anhelo  
No más en fuentes impuras,  
Sino en las tiernas dulzuras  
De su amor puro hallaré.»

Oyó atónito el anciano,  
Alza la vista y repara  
Que en los ojos de Mañara  
Pugna el llanto por saltar.

«¡Cómo, prorumpe agitado  
Por tan fuertes emociones,  
Si une amor dos corazones  
Yo los podré separar!

»Dáde si puedes la vida,  
Para hacerla venturosa;  
Dásela, y yo cariñosa  
Te daré mi bendicion;

»Mas si el dolo te acompaña  
No hay baldon que bien te cuadre:  
¡Caiga sobre tí de un padre  
Terrible la maldicion!»

V.

¿Qué es en el mundo la ventura humana,  
Buscada por do quier, con loco anhelo?  
La flor que en la mañana  
Hace de bella y de vistosa alarde,  
Y el inclemente hielo  
Marchita deja en la cercana tarde.

Dulces horas de plácida ventura  
Exento de dolor gozó Mañara;  
La virgen bella y pura  
Herida por su amor, que ántes moría,  
Levantóse radiante de hermosura  
Al escuchar en venturoso día  
De su alma ardiente el amoroso arrullo;  
Como el tierno capullo,  
Que á la ruda tormenta  
Se inclinaba con lánguido desmayo,  
Álzase si amoroso le calienta  
Del sol que busca bienhechor el rayo.

Y la doncella pura y candorosa  
Fué yá el blanco lucero  
Del noble, enamorado caballero  
Que convirtióla en su feliz esposa.

Y trocando su vida, nuevo brillo  
Prestó á su nombre, cuando en dulce calma  
Depositó en Gregoria del Carrillo  
Un tesoro de amor su ardiente alma.

Cual huye á la enramada, presurosa,  
Para arrullarse en trinos lisonjeros  
Pareja cariñosa  
De canoros jilgueros,  
Así tambien, de la ciudad y el ruido  
Huyeron presurosos,  
Á uno de flores encantado nido  
Para libres amarse ámbos esposos.

Y en Montejaque, linda, encantadora  
Mansion de dicha les brindó el destino,  
Do entonaban un himno á sus amores  
Y alfombraban su plácido camino  
Pintadas aves y aromosas flores.

Y á otra esfera más alta se elevaron,  
Y horizontes más fúlgidos crearon:  
Que cuando el corazon de amores late  
Ensancha los espacios de la idéa,

Y creador poderoso, como el vate,  
Mundos de luz y de colores crea.

Mas ignoraban que cercano un día  
Las matizadas flores  
Que daban su perfume á sus amores  
En fúnebre ciprés convertiría;  
Y al par acallaría  
De las aves el canto,  
Que arrullaban su amor en la mañana,  
Porque sonase con terror y espanto  
El fúnebre doblar de una campana.

Sonó la hora fatal: cuando en Ocaso  
Á sepultarse el sol, triste camina,  
Su resplandor escaso  
Una estancia ilumina  
Do la muerte se cierne pavorosa;  
Donde una vela, que sin brillo arde,  
Mezcla su luz dudosa  
Con los últimos rayos de la tarde.

Y allí vése en un lecho, demudado,  
Pálido el rostro de belleza rara,  
Y teniendo á su lado  
Al ministro de Dios Omnipotente,  
La idolatrada esposa de Mañara.  
Un helado sudor baña su frente;  
Suelos, sin orden flotan sus cabellos;  
Y de sus ojos bellos  
Apagado el mirar, hállase fijo  
En la cárdena faz de un Crucifijo.

Triste, como del mar muge la ola,  
Un gemido profundo y lastimero,  
Eco de un alma que el dolor asola,  
Junto al lecho de muerte arrodillado  
Exhala el infelice caballero,  
Que el astro de su amor mira eclipsado.

La frente enjuga, las megillas toca  
De aquella de su amor prenda querida;

Piensa dar á sus miembros movimiento  
Y al ¡ay! profundo de su ardiente boca  
Quiere animarla con su misma vida,  
Dar á su helado corazon aliento.

Pero es en vano; cuando el sol apaga  
Su postrer resplandor, la luz incierta  
De Don Miguel y su esperanza vaga  
Apágase tambien; ella está muerta.

VI.

Flores de célico aroma,  
Transformadas en espinas,  
Cielo puro, convertido  
En niebla pesada y fría,  
Horas de amor venturoso  
Que se truecan en desdichas,  
Vuestra amargura sin cuento  
¿Quién ¡ay! demostrar podría?  
¿Cómo pintar de Mañara  
La pena cruda y prolija?  
La sangre que un alma vierte  
¿Qué pincel, qué pluma pinta?  
Ante el lecho mortuorio  
Abatido, de rodillas,  
Trémulos beben sus lábios  
Cáliz de angustia infinita.  
Tempestad sobre su frente,  
Bajo sus piés honda sima,  
Tinieblas en torno suyo  
Tan sólo sus ojos miran.  
Gruesas lágrimas de fuego

Ván surcando sus megillas;  
De su corazón la sangre  
Que brota por ancha herida.

«¿Por qué, prorumpes, si el cielo  
Quiso que doquier me sigan  
De la muerte los horrores,  
Esta sed me dió de vida?»

»Hoy que el sol de mi ventura  
¡Ay! para siempre se eclipsa,  
De vivir siento más ansias,  
Más amor mi alma respira.

»Madre de todos los seres,  
Providencia que benigna  
Hasta al más pequeño insecto  
Bajo tus alas cobijas;

»Murió aquélla en cuyos ojos  
Yo la existencia bebía,  
Y vivir vida de amores  
Mi alma ardiente necesita.»

«Don Miguel, Dios os consuele,»  
Dice con voz conmovida  
Á su lado un sacerdote  
Que alza su plegaria pía.

Y acercándose al cadáver,  
De su yerta mano quita  
El sagrado Crucifijo,  
Donde clavó su pupila.

«Tomadle, con voz solemne  
Prosigue; si en él se fija  
Vuestra mente, viviréis:  
¡Sólo en Dios se halla la vida!»

Y lentamente se aleja;  
Mas su voz quédase y vibra  
Del caballero en el alma,  
Que en Jesús clava la vista.

Y de su costado abierto  
Ve salir, de luz vestida,

Sacra virtud, cuyo manto  
Al mundo entero cobija,  
Y abre inmensos horizontes,  
Y extiende praderas ricas,  
Cuyas flores perfumadas  
El alto cielo tapizan.

Es la Caridad; su aliento  
Eterno vivir respira;  
Y absorto dice Mañara:  
*Sólo en Dios se halla la vida.*

Á la vez escucha pasos,  
Y ve que lenta camina  
Para sacar el cadáver  
Enlutada comitiva.

Animoso se levanta,  
Y su boca enardecida  
Sella con ardiente beso  
La yerta frente amarilla.

«Adios, dice, idolatrada  
Flor hechicera de un día:  
Pues que en Dios se halla tan sólo,  
Yo en Dios buscaré la vida.»

## VII.

¿Qué sér resistirá la Omnipotencia  
De Dios, y su atraccion irresistible?  
De su infinita y sábia Providencia  
¿Quién entra en el abismo incomprensible?  
Con regalado amor, fué su demencia  
La que do quiera descarnada, horrible  
La muerte hizo surgir, por ser avara

Del corazón ardiente de Mañara.

Y ya ese corazón rindióse amante  
Al Dios que persiguióle en su camino,  
Y en su seno de paz miró brillante  
El astro fulgurar de su destino.  
El alma de vivir siempre anhelante  
Del audaz, orgulloso libertino,  
Se ve trocada por divino encanto  
En alma humilde de amoroso santo.

¿Qué es un santo? Los láuros brilladores  
De génius que la fama altos pregona,  
No valen la menor de aquellas flores  
Que esmaltan y enaltecen su corona.  
La gloria, el esplendor de más fulgores  
Que derrama su luz de una á otra zona,  
Ante su resplandor brillante y sumo  
Es sombra nada más, es negro humo.

¿Qué es un santo? la flor entre eriales,  
El bálsamo divino del consuelo,  
La estrella que ilumina á los mortales,  
El dulce conductor que lleva al cielo.  
Es nuestro noble orgullo; él en los males  
Alza del alma el abatido vuelo;  
Es el oro brillante y sin escoria;  
El trasunto de Dios, su amor y gloria.

Tal es Mañara: su alma enardecida  
Halló su foco ya puro y ardiente;  
Su sed fogosa de ventura y vida  
En el seno de Dios copiosa fuente.  
Ancha pradera que á gozar convida  
Mira, ornada de luz resplandeciente,  
Y allí su corazón de amor se inflama  
Y al internarse más, más vive y ama.

Y fecundo su amor, flores produce  
De gracioso matiz, de puro aroma;  
Y una, entre todas, descollando luce,  
Cuyo germen es Dios, que en ella asoma:

Recto al cielo su tallo se conduce,  
Gigante proporcion creciendo toma;  
Obra es de amor, que por amor fundada,  
La Santa Caridad bien es llamada.

¡Oh sí, la Caridad! allá en la orilla  
Del Bétis y á su arrullo lisonjero,  
Magnífico hospital, régia capilla  
Que es del arte blason, halla el viajero:  
Obra es de amor, en que radiante brilla  
El alma del ilustre caballero,  
Debida á la piedad sublime y rara  
Que el corazon consume de Mañara.

Todo en ella respira amor divino:  
Allí, en la noche tenebrosa, oscura,  
Halla albergue el cansado peregrino,  
Mansion la enfermedad larga y sin cura;  
Al que sólo al morir deja el destino,  
La *Caridad* ofrece sepultura,  
Y al que su crimen sentenciára á muerte  
Alivio presta en su contraria suerte.

Tal es la Caridad, la obra preciosa  
Que su abrasado amor lega á Sevilla,  
Do entre la muerte lúgubre espantosa  
Vida dulce, eternal, radiante brilla;  
Árbol rico de sávia deliciosa  
Otros hace brotar de su semilla,  
Y dos siglos después frondoso dura  
Conservando su gracia y galanura.

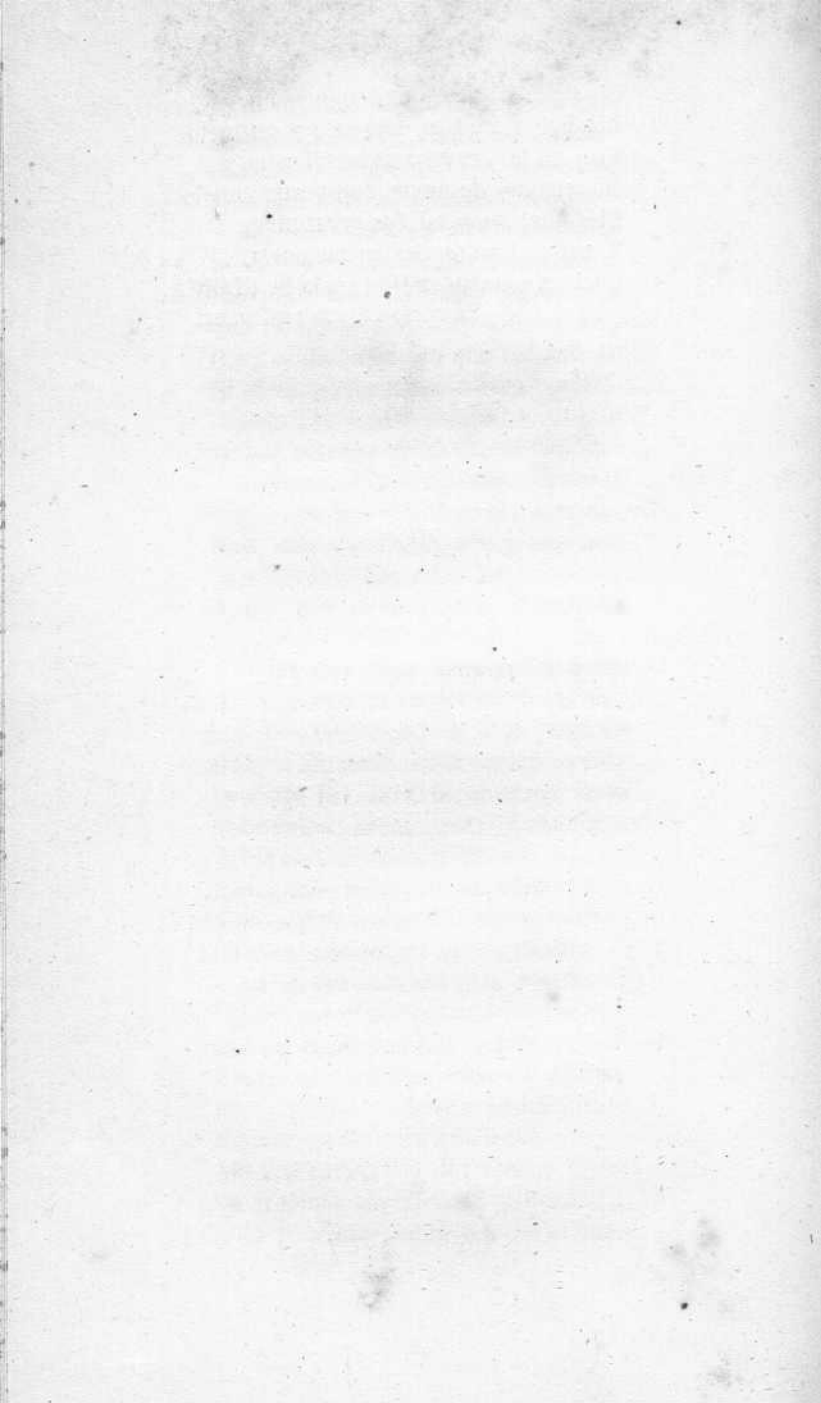
De eterna vida allí todo sellado  
Parece por Mañara, hasta las flores  
Que su mano sembró, vida han guardado  
Y hoy ostentan pimpollos y verdores;  
Bajo aquellas columnas, su inflamado  
Espíritu se ve vivir de amores;  
Allí á la caridad él nos escita;  
Su ardiente corazon allí palpita.

Él y cuanto plantó vive en el suelo,



De siglos á través, de conmociones;  
Del pobre á quien dejó vida y consuelo  
Vive en las fervorosas bendiciones;  
Monumento de amor, con tierno anhelo  
Elévanle, inmortal, los corazones,  
Y acá en Sevilla vive su memoria,  
Cual su espíritu en Dios, vida de GLORIA.

VICTORINA SAENZ DE TEJADA.



EL REY MÁRTIR.



## EL REY MÁRTIR.



¿Quereis de la esperanza hallar la fuente?  
Mirad al cielo y la veréis allí...

L. A. DE CUETO.

### INTRODUCCION.

Los séres que lloran perdida la calma  
Y piden al cielo que fuerza les dé,  
Que vengan á oirme trayendo en el alma  
La llama divina que enciende la fé.

Yo canto las tiernas y dulces memorias  
De aquellas edades do luz prestó el sol  
Á grandes hazañas, á espléndidas glorias  
Que áun son claros timbres del pueblo español.

Leyendas benditas que ofrecen consuelo  
Y al par aconsejan al débil mortal,  
Que á frágil corona del mísero suelo  
Prefiera la palma de gloria inmortal.

Son tristes, que triste del hombre es la vida  
Si cumple sin trégua penoso deber;

Mas tiene de flores la senda escondida  
Y hay paz en el alma si falta el placer.

La queja doliente, la gota de llanto  
Que amargos dolores hicieran brotar,  
De tiernas virtudes el plácido encanto,  
Con rudos acentos os vengo á contar.

Cual ave viajera la tierra cruzando  
Yo busco los valles de eterno verdor,  
Y voy de mi España leyendas narrando  
Que tengan recuerdos de fé y de valor.

Las flores del campo me dán sus aromas,  
Las fuentes su limpio, tranquilo caudal;  
Las aves sus trinos, las blancas palomas  
Misterios de amores, ventura ideal.

Apénas hay valle, ribera ni monte  
Que avaro no guarde recuerdos de ayer  
Y tenga de gloria su inmenso horizonte  
Y ejemplos nos brinde de honor y deber.

Más dice á mi alma el muro de piedra  
Del yá destruido feudal torreón,  
Cubierto de abrojos y ramos de yedra,  
Que el más opulento, brillante salón.

En gótico muro la estrecha ventana,  
Si tiende la noche su negro capuz,  
La sombra de amante, gentil castellana,  
Me finge la luna con pálida luz.

Abeja del monte, busqué los raudales  
Y en flores cristianas bebí inspiracion;  
Si pobres de mieles están los panales  
Es rico en deseos y en fé el corazón.

¡Aquellos que lloran perdida la calma  
Al cielo rogando que fuerza les dé,  
Que vengan á oirme trayendo en el alma  
La llama divina que enciende la fé!!

I.

LA DESPEDIDA.

Es una noche sombría  
Y tan densamente oscura,  
Que ni una pálida estrella  
En el firmamento alumbrá.  
Ruge sordamente el trueno,  
Y el aire con fuerza zumba  
Arrancando de las nubes  
En gruesas gotas la lluvia;  
Miéntras en grupos informes  
Ellas el espacio cruzan,  
Veloces cual la desgracia  
Y negras como la duda.  
Sevilla, la ciudad reina  
Del valor y la hermosura,  
Á quien dá en tributo el Bétis  
La plata de sus espumas;  
Envuelta en el denso velo  
De la neblina importuna,  
Como olvidado sepulcro  
Está solitaria y muda.  
Sólo cuando en luz ardiente

El relámpago fulgura,  
Se advierten por las murallas,  
Como fantasmas confusas,  
Los valientes centinelas  
Que con sus voces robustas  
Responden al ronco trueno  
Que en el espacio retumba.

En un gótico castillo,  
De severa arquitectura,  
Hay una cámara ornada  
Con más fausto que otra alguna.

Una lámpara de cobre  
Con trémula luz alumbra  
Y finge por los tapices  
Mil vacilantes figuras.

Tres personas solamente  
En esta noche la ocupan,  
Una dama, un caballero  
Y un niño en dorada cuna.

Que miéntras su tierna madre  
Lánguidamente le arrulla,  
Entre sueños se sonrie  
Con inefable dulzura.

¿Por qué tan leves sonrisas  
Siempre los niños modulan?  
¿Es que ven del Paraiso  
Las ignoradas venturas?

¡Feliz edad en que nada  
Al inocente preocupa,  
Ni le desvela la gloria  
Ni le abate la fortuna!

El mancebo que sombrío  
La régia cámara cruza,  
Tiene los ojos azules  
Y la cabellera rubia.

Fuerte armadura de guerra  
Sobre su cuerpo se ajusta,



Y hay en su mirada un cielo  
De bondad y de ternura.

Con reposado talante  
Y con gallarda apostura,  
Cruza la estancia, y cien veces  
Detiéndose ante la cuna.

Y siempre brota en sus ojos  
Brillante, cándida y pura,  
Una lágrima y en ellos  
Rápidamente se enjuga.

Mas la dama, que adivina  
Cuántos dolores oculta,  
Quizás para no aumentarlos  
Con silencio disimula.

Ángel de castos amores,  
Flor que la vida perfuma  
Con aromas de virtudes,  
Con extremos de hermosura;

Es tan bella como el rayo  
Que vierte la blanca luna,  
Sobre el cristal del arroyo  
Que blandamente murmura.

Son el rey Hermenegildo  
Y su dulce esposa Ingunda,  
Que del hijo idolatrado  
El tranquilo sueño arrullan.

Miéntas á la par el cáliz  
De mil tormentos apuran,  
Y si por azar se encuentran  
Miradas que no se buscan,

Siempre una leve sonrisa  
Es máscara de la lucha  
Conque ocultarse pretenden  
Sus recíprocas angustias.

Y en tanto que de mil modos  
Sus corazones torturan,  
Afuera braman los vientos,

Cae á torrentes la lluvia,  
Y la ciudad, entregada  
Sólo á sus guardias nocturnas,  
Como olvidado sepulcro  
Sigue solitaria y muda.

II.

Detúvose ante su esposa  
El jóven rey tristemente,  
Y al verla muda y doliente  
De esta manera le habló:  
—Por última vez, Ingunda,  
Y en nombre de mi amor ciego,  
Acepta, yo te lo ruego:  
Y ella murmuraba:—¡Nó!!

Soy la yedra que ha crecido  
Al olmo robusto unida;  
Si de él la arrancas, su vida  
Sabe que arrancas también.

Déjame estar á tu lado,  
Que es mi gloria y mi consuelo,  
Y esperemos en el cielo  
Fuente del supremo bien.

—Escucha, mi amor, el tiempo,  
Que pasa rápidamente,  
Hace más viva y ardiente

La llama de la ambicion.  
¿Qué harás aquí si la lucha  
Mayores impulsos toma,  
Cual solitaria paloma  
En su olvidada prision?

Á más debo confesarte  
Que ver sufrir á mi lado  
Á tí y á un hijo adorado  
Me hace los riesgos temer.

Deja que pase del ódio  
La adversa noche sombría,  
Y vuelva de la alegría  
El risueño amanecer.

—¿Y si te exige tu padre  
Que abjures la fé cristiana?  
—La gloria del mundo vana  
Que disfrutamos los dos

Le volveré, y marcharemos,  
Libres de afanes prolijos,  
Para educar nuestros hijos  
En la fé de nuestro Dios.

—¿Y dejarás todo?

—Todo.

—¿La córte?

—Con alegría.

—¿Y tu hermano?

—Ingunda mia,

No le nombres por piedad.

Él es la sola cadena  
Que en España me retiene,  
Su tierno amor me sostiene  
En la dura adversidad.

Pero la noche adelanta

Y por nada te decides.  
—¡Es mucho lo que me pides!  
—Todo lo espero de tí.  
—¿Y debo marchar dejando  
Expuesto, á contraria suerte  
Y á mil peligros de muerte  
Al que tanto adoro, dí?

Dijo, y el príncipe torna  
Al silencioso paseo  
Sin ver cómo su deseo  
Nuevamente demostrar.

Miéntras la infeliz esposa  
Inclina la blanca frente  
y suspira tristemente  
Sin atreverse á llorar..

¡Pobre rosa que marchita  
El huracan despiadado!  
¡Pobre lirio deshojado  
Al hálito del dolor!  
¿Dónde se fueron las horas  
En que tranquila creia  
Que todo le sonreia  
En el cielo de su amor?

Lleno de afliccion el pecho  
Á su amado contemplaba,  
Y silenciosa lloraba  
Sus lágrimas sin sentir;  
Como no sienten las flores  
En las noches del estío  
Blanca perla de rocío  
En su corola morir.

Agitóse entre las ropas  
El recién nacido infante,

Y cariñosa, anhelante,  
La jóven se le acercó.  
Y tomándole en sus brazos  
Y estrechándole á su seno,  
El tierno niño sereno  
Nuevamente se durmió.

Abarcó el amante grupo  
Con sus ansiosas miradas  
El príncipe, y recobradas  
Sus fuerzas tornó á decir:

—¡Madre que tan dulces besos  
Al sér de tu sér prodigas,  
Pues á ser franco me obligas  
Oye y disponte á partir.

Alzó la cabeza Ingunda,  
Miró con pena á su esposo,  
Y un suspiro doloroso  
Oprimió su corazon.

Mientras él de sus dolores  
Sacando rara energía,  
De este modo proseguía  
Su terrible narracion.

—Bien sabes que cuanto puedo  
Y aún más muchas veces hago,  
Por evitar el extrago  
De la guerra y la impiedad.

—Mas todo, Ingunda, fué inútil,  
Nada que intento consigo,  
Y mañana el enemigo  
Pondrá cerco á la ciudad.

—¡Mañana! ¡bondad divina!  
¿Y las cartas que aguardabas?  
—¡Pobre Ingunda! tú esperabas

En las cartas como yo.  
Llegaron, y son el eco  
De la saña de Gosvinda,  
Manda en ellas que me rinda...  
—¡Rendirse es la muerte! ¡Oh, nó!

—Débil mi adorado padre  
Á sus tiranos antojos,  
El peso de sus enojos  
En mí descarga cruel.  
Para perdonarme exige  
Que deje de ser cristiano,  
Pues no he de ser soberano  
Si no me confieso infiel.

Tú que sabes las crueldades  
Con que Gosvinda castiga,  
¿Qué más quieres que te diga,  
Adorada y tierna flor?

Tú que sufriste en el alma  
Y en el cuerpo sus agravios,  
¿Osarás mover los lábios  
Para calmar mi temor?

Al frente de sus guerreros  
El rey Leovigildo viene:  
Sevilla no se sostiene,  
Que todo nos falta aquí.

Gosvinda también le sigue  
Como leona irritada,  
Y sola y abandonada  
Debo dejarte.—¡Ay de mí!

—Marcha, Ingunda, si no quieres  
Que el ángel de tus amores  
Comience á sufrir rigores  
Casi al punto de nacer.

Que si esta noche pasamos  
En tan angustiada vela,  
Es porque el alma recela  
Cercano el peligro ver.

—Y ¿por qué no huyes conmigo  
Y harás mi dicha cumplida?

—Porque mejor que la vida  
Son los timbres del honor.

En todos mis partidarios  
Mi fé religiosa arde,  
Y me llamarán cobarde  
Por no llamarme traidor.

—¡Perdona, luz de mis ojos,  
Si mi ruego te ofendía!

¿Si no amarte, qué sabía  
Tu desdichada mujer?

Cuanto anhelaba mi pecho  
Te confesaba mi boca;  
Ahora tan sólo me toca  
Oírte y obedecer.

Y el tierno niño dormía,  
Y la princesa lloraba,  
Y Hermenegildo luchaba  
Con su llanto y con su amor.

Cuando toques de clarines  
Por todas partes se oyeron  
Y los ecos devolvieron  
El repentino clamor.

Inquieto se asomó el jóven  
Á la gótica ventana,  
Y en leves tintas de grana  
Vió teñirse la ciudad.

Nueva aurora, de oro y fuego

El horizonte cubria  
Y sus destellos perdia  
En la azul inmensidad.

Cual los males y los bienes  
La tormenta habia pasado,  
Dejando puro y rosado  
El matutino arrebol:  
Y lluvia de blancas perlas  
En sus mantos de colores  
Á las matizadas flores  
Para recibir al sol.

Sevilla se despertaba  
Y de sus guardias leales  
Eran los ecos marciales  
Los que se oyeron sonar.  
Que léjos, allá muy léjos,  
Entre la bruma, advertian  
Soldados que parecian  
En buen órden caminar.

Llenos á la par el alma  
Y el corazon de amargura,  
Á su esposa con ternura  
El príncipe se volvió.  
Quiere hablarle, mas lo impide  
La pasion con que la ama;  
Entónces á un paje llama  
Y al momento apareció.

Algunas órdenes dadas  
Le fueron rápidamente,  
Y á cumplirlas diligente  
Volvió al momento á salir.  
Pasó tiempo, tornó el paje;  
El príncipe rompió el nudo



Á su voz y decir pudo:  
—Es hora yá de partir.

Como el viajero despierta  
Confuso y sobresaltado  
Y ve que el riesgo ha llegado  
Cuando soñó descansar;  
Vuelta al mar de sus dolores  
La princesa desdichada  
Ni áun se atreve desolada  
Una queja á murmurar.

Con el manto que en sus hombros  
Echa el esposo afligido,  
Abriga al niño dormido  
Y le acaricia otra vez.  
Suelta lleva la madeja  
De sus cabellos de oro,  
Y del insomnio y el lloro  
Marchita la blanca tez.

Ciñendo con dulce abrazo  
Su delicada cintura,  
El príncipe con ternura  
Con ella á un patio bajó.  
En él esperando estaban  
Dos ancianos escuderos,  
Con tres caballos ligeros  
Que el pajecillo eligió.

Al mirar á su señora  
Por el infortunio herida,  
Y pálida y abatida  
Bajo el peso de su mal,  
Los valientes servidores  
Perdieron valor y calma,  
Y sintieron en el alma

Dolor agudo y mortal.

¿Cómo pintar los extremos  
De los amantes esposos  
Que deberes imperiosos  
Separan sin compasion?

¿Cómo pintar los martirios  
Que en padecer se complacen,  
Que se renuevan y hacen  
Pedazos el corazon?

Subió á su caballo Ingunda  
Rompiendo el príncipe el lazo  
De su postrimer abrazo,  
É hizo una seña no más.

Abrió el paje una poterna  
Que á la campiña guiaba.  
¡Ay, la princesa marchaba  
Para no volver jamás!

Una mirada suprema,  
Un suspiro contenido,  
Débil eco de un gemido,  
Cambiaron al par los dos.

Despierto el pequeño infante  
Á su padre sonreía;  
«¡Adios!» Ingunda decia,  
Y el rey contestaba; «¡¡Adios!!»

Y en alas de la impaciencia  
De sus fogosos corceles,  
Con sus servidores fieles  
Y en el alma su pesar,  
Estrechando contra el seno  
Al hijo de sus amores,  
Obediente en sus dolores  
La vió su esposo marchar.

Siguióla con sus miradas  
Entre el crecido ramaje,  
Mientras pudo ver su traje  
Del alba á la pura luz.

Y en el fondo de su pecho  
«¡Sálvala, Señor, decia,  
Sea la lucha sólo mia  
Y mi bandera la cruz!»

### III.

#### ANTECEDENTES.

Capullo de rosal, que cuando nace  
Cercado está de zarzas y de espinos;  
Ángel de paz, al valle de la vida  
Para amar y sufrir sólo venido;

Encanto de las almas, noble orgullo  
Y tierno amor al par de Hermenegildo,  
Era Ingunda de propios y de extraños  
Adorada do quiera con delirio.

Católica en su fé, mas tierna niña  
Cuando de Austrasia desposada vino,  
Jamás el rey creyó que ser pudiera  
Obstáculo al poder del arrianismo.

Ántes bien, que el ejemplo de la córte,  
De su abuela Gosvinda los cariños,  
Borráran lentamente de su alma  
La pura y dulce fé de Jesucristo.

El noble sucesor del rey Liuva  
Al desposar al príncipe su hijo,  
El reino de la bella Andalucía

Como propia heredad cederle quiso.

Á la vez al infante Recaredo  
Entregó de Aragon el señorío,  
Haciendo hereditaria la corona  
Que recibió por votos electivos.

Nido de enamorados ruseñores,  
De venturas terreno paraíso,  
Era para el monarca sevillano  
De sus amores el vergel florido.

Aislados como al cabo de un desierto  
En medio de la córte y su bullicio,  
El uno para el otro solamente  
En lazos de pasión vivían unidos.

Como el agua taladra gota á gota  
La dura piedra, el montañoso risco,  
La fé de Ingunda taladrando iba  
La falsa religion de su marido.

Rota la venda que cubrió sus ojos,  
Horizontes y espacios infinitos  
El Mártir del Calvario le mostraba  
Llenos de luz y de fulgor divino.

¡Cuántas bellas y dulces ilusiones  
Encantaban sus horas de retiro,  
Mariposas con alas de diamantes  
Que al alma deslumbraban con su brillo!

Mas ¡ah! que la desgracia los persigue  
Oculta con falaces artificios,  
Y el ódio de Gosvinda no perdona  
Al que una vez combate sus designios.

Ella vela en la sombra y adivina  
Lo que jamás soñára Leovigildo,  
Y dejando caricias engañosas  
Multiplica rigores y castigos.

Es la reina temida en todas partes,  
Jamás encuentra amor en su camino,  
Mas si obedecen ¿qué le importa el ódio  
De esclavos que sus piés besan sumisos?

Al fin los sufrimientos de su esposa  
Evitó de una vez Hermenegildo:  
Pidió permiso al rey, marchó á Sevilla,  
Y gozaron de amor dias tranquilos.

Libres los dos del gavilan sangriento  
Que destrozó su perfumado nido,  
Olvidaron el ódio que no duerme  
Y oculta en las tinieblas sus designios.

La piedad de su esposa, los consejos  
De San Lëandro, su amoroso tío,  
La sombra de la tierna y buena madre  
Que en el cielo rogaba por su hijo,

Le mostraron verdades ignoradas  
De virtudes y amor del cristianismo,  
Y la luz de la fé radió en su pecho  
Cual radia en corazones elegidos.

¡Hora de bendicion fué la del dia  
En que el agua sagrada del bautismo  
Regeneró su frente, y dió á su alma  
El sello de la fé de Jesucristo!

Mas ¡ay! que como el polvo hasta las nubes  
Alza el aire con ráudo torbellino,  
Su conversion la fama publicaba  
Y surgieron de nuevo los conflictos.

Promesas y amenazas se emplearon  
Sin conseguir el logro apetecido,  
Y al fin el rey, juntando sus guerreros,  
Para Sevilla presuroso vino.

Gosvinda le acompaña, ¿quién le haria  
Perdonar al que juzga su enemigo?  
¿Qué importa que la sangre que aborrece  
Se mezcle con la sangre de sus hijos?

Ay desdichada Ingunda: ¡cómo el cielo  
Aumenta tus dolores y martirios,  
Y al destierro te lleva, cuya senda  
Buscas entre sollozos y suspiros!

El príncipe entre tanto de Sevilla

Aléjase tambien buscando asilo  
En la opulenta Córdoba, llevando  
Su escasa fuerza y su dolor consigo.

IV.

LA TRAICION.

Las venturas de la vida  
Como fuegos fátuos son,  
Léjos su brillo convida,  
Y al llegar se ve perdida  
La fantástica ilusion.

Ni los más dulces amores,  
Ni la púrpura real,  
Ni las riquezas ni honores  
Evitan nunca al mortal  
El menor de sus dolores.

¡Y feliz el que en su pena  
Cual supremo bien alcanza,  
El áura de encantos llena  
Que ofrece dulce y serena  
La religiosa esperanza!

Cuando á Sevilla llegó  
El soberbio Leovigildo,  
Y allí sólo se encontró,  
Más su cólera encendió  
La ausencia de Hermenegildo.

Gosvinda, que le animaba  
En sus culpables rencores,  
Áun más colérica estaba  
Al pensar que se escapaba  
Ingunda de sus rigores.

El rey mandó la partida  
Siempre del príncipe en pos,  
Con voluntad decidida  
Ó de arrancarle la vida  
Ó de arrancarlo á su Dios.

Pero Córdoba era fuerte,  
Muchos guerreros tenía,  
Y si el príncipe quería  
Acaso su triste suerte  
En ella evitar podía.

Con mil tiendas adornaron  
El campamento real,  
Y cuando el cerco empezaron  
En honda lucha mortal  
Muchas veces se empeñaron.

Pero como el tiempo avanza  
Sin cambiar la situación,  
El rey tuvo la esperanza  
Que do la fuerza no alcanza  
Puede alcanzar la traición.

Es una noche serena  
De primavera florida;  
El áura, de encantos llena,  
Vaga en los bosques, perdida,  
De fértil campiña amena.

Los álamos que frondosos

Á orillas del río crecen,  
Grupos informes parecen  
De fantasmas vaporosos  
Que entre la niebla se mecen.

La blanca luna bañaba  
Con sus rayos el paisaje,  
Y más encantos le daba  
Cuando á medias se ocultaba  
En trasparente celaje.

En los mágicos espejos.  
Del Bétis, que la retrata,  
Parecen vistos de léjos  
Anchos círculos de plata  
Sus vacilantes reflejos.

En tanto en el viejo muro  
Que sombra indecisa vela,  
Bajo el torrëon oscuro  
Donde dormita seguro  
El nocturno centinela,

Una poterna sombría  
Se abrió silenciosamente,  
Y á la ténue luz se via  
Un grupo que lentamente  
Al campo se dirigia.

Es el príncipe cristiano,  
Crédulo para su mal,  
Que á su padre y soberano  
Vá con su jóven hermano  
Á ver al sitio rëal.

Engañado fué el infante  
Á decirle que yá estaba



Perdonado y que anhelante  
Al hijo bueno y amante  
Ansioso el padre aguardaba.

Amaba tan tiernamente  
Su juvenil corazon  
Al pobre hermano inocente,  
Que su mismo amor ardiente  
Sirvió á la negra traicion.

Y es que en la feliz aurora  
De la vida no comprende  
El alma por qué se llora,  
Ni por qué la traicion dora  
La palabra con que vende.

—No te exigen que decidas  
Olvidar tu religion  
Por la que dieras mil vidas,  
Sólo, sí, de que le pidas  
Á nuestro padre perdon.

Con voz dulce y armoniosa  
Esto el infante decia,  
Y Hermenegildo veia  
Cual vaga nube de rosa  
Que su horizonte cubria.

Hacer completo abandono  
Del régio esplendor del trono,  
De su buen padre á los piés  
Y vivir libre de encono  
Tan sólo su anhelo és.

Si la paz que está anhelando  
El paterno amor le brinda,  
¿Ha de seguir peleando

Con quien le está perdonando  
Á condicion que se rinda?

¡Mal haya mil veces él  
Si la sangre derramára,  
Por su obstinacion crüel,  
Del pueblo donde se ampara  
Tan valiente como fiell!

Una cabaña perdida  
En las orillas del mar,  
Do esté su Ingunda querida,  
Es de su afanosa vida  
El ardiente desear.

Juguete de su ánsia loca  
El campamento yá toca,  
Llega al rëal pabellon....  
Que es cual lanzarse á la boca  
Del irritado læon.

V.

Brillante con sus luces y tapices  
Se ve la tienda donde el rey está;  
Parece por sus vívidos matices  
Concha de nácar que reflejos dá.

Allí está el padre, trémulo, impaciente,  
Entre los godos de quien es señor;  
De pié y cubierta la severa frente  
Con negras sombras que le dá el furor.

Ministro de las iras desleales,  
De la venganza y la ambicion cruel,  
Ocultando sus ódios infernales  
Aparece Gosvinda á espaldas de él.

¡Cómo alimenta su terrible saña  
De mil recuerdos caminando en pos!  
¿Mas que luche con hombres qué se extraña  
La que quiere luchar hasta con Dios?

Nobles altivos, jefes valerosos,  
Humildes cercan al temido rey;  
Buscando en sus miradas afanosos  
Leves caprichos que erigir en ley.

Levantóse el tapiz, y satisfecho  
El inocente Recaredo entró,  
Y aún cuando lleno de dolor el pecho,  
Al punto Hermenegildo le siguió.

Á su pesar temblaron los guerreros  
Viendo lograda la traicion real,  
Y Gosvinda sus ojos altaneros  
Clavó en él, cual los filos de un puñal.

El príncipe cedió á su fé sencilla,  
Que ser sencillo de los buenos es,  
Y doblando sumiso la rodilla  
Del irritado padre ante los piés,

—¡Señor!... quiso decir, miéntras su hermano  
Contempla con asombro y con pesar  
En la arrugada frente del tirano  
La tormenta yá próxima á estallar.

Pero el rey á su víctima inocente  
Airado con extremo interrumpió,

Y de amargas palabras un torrente  
Entre sus lábios cárdenos brotó.

—¡Perjuro y fementido, le decia,  
Y traidor á tu pátria y á tu ley;  
Tu cobarde y servil apostasía  
Vengaré como padre y como rey!

Alzóse Hermenegildo, mas en vano  
Trató hallar de consuelo alguna luz:  
Al fin sereno dijo:—Soy cristiano  
Y orgullo tengo de llevar la cruz.

Tuya es la vida que al nacer me dieras,  
Hijo amoroso para tí seré;  
Pero es inútil si cambiar esperas  
Con los rigores mi cristiana fé.

Ciego el rey por su enojo ¡torpe mengua!  
Mandó le redujesen á prision;  
Que es sujetar los brazos y la lengua  
De los tiranos la mejor razon.

Miéntras el padre á su furor se entrega  
Y á Sevilla dispone al punto ir,  
Á solas el cautivo sufre y ruega  
Por lo que tiene Ingunda que sufrir.

En tanto el triste Recaredo llora,  
Del ancho cielo en el sereno azul  
Nace tranquila la rosada aurora  
Envuelta en velos de dorado tul.

VI.

LA PRISION.

¡Qué largas son las horas para el que sólo gime  
Sumido en los horrores de lóbrega prision!  
¡Ay, triste del cautivo á quien al par oprime  
Que la cadena el cuerpo, la pena el corazon!

Abril llena la tierra de flores y de aromas  
Y cubre los naranjos con velos de azahar;  
Y cantan ruiseñores y arrullan las palomas,  
Que ván en los castillos sus nidos á buscar.

¡Hermosa es en Sevilla la fértil primavera,  
Parece con sus galas el terrenal eden!  
¡Ay, triste del que preso doliente considera  
Que es el dolor tan largo como fugaz el bien!

¿Qué importarán las brisas, las aves ni las flores  
Al que tan sólo espera del cielo la piedad?  
¿No es el dolor acaso mayor de los dolores  
Perder injustamente la dulce libertad?

Y en tanto que el sol vierte desde su azul palacio  
De vida y de alegría purísimo raudal,  
Del negro calabozo en el estrecho espacio  
Sólo una antorcha esparce su brillo funeral.

Contraste doloroso ofrece el claro dia  
Con esa noche eterna que el preso ha de sufrir,

Lo que es allí tinieblas afuera es alegría,  
Cascadas brilladoras y cielos de zafir.

Clavada firmemente en el espeso muro  
La antorcha sólo presta dudosa claridad,  
Y apenas se percibe en el recinto oscuro  
Del jóven prisionero la altiva majestad.

Desciende hasta sus hombros su rubia cabellera,  
Fulgura en sus miradas eterna y viva luz,  
Y es que la fé del alma su rostro reverbera,  
Fé santa que le inspira el Mártir de la Cruz.

¡Ay, triste del cautivo que en ánimo guerrero  
Buscando franca lucha de la ciudad salió,  
Y por traicion horrible, cual triste prisionero,  
Cargado de cadenas á su pesar volvió!

Soñar con la clemencia bien sabe que es delirio,  
Y su esperanza dulce tan sólo en Dios está:  
Él sabe que le aguarda la palma del martirio  
Y sufre solamente por lo que tarda yá.

No teme los verdugos ni la afrentosa muerte,  
Él sabe que la tierra es valle de dolor;  
Mas ¡ah! que sufre mucho con la ignorada suerte  
De la infeliz princesa y el hijo de su amor.

Paloma que persiguen hambrientos los milanos,  
Ansiando en mil pedazos sus carnes desgarrar,  
Expuesta por salvarse de sus sangrientas manos  
Á los terribles riesgos del viento y de la mar.

Mas cuando en sus heridas el corazon recibe  
El bálsamo divino de religiosa fé,  
Los abismos de penas en que gimiendo vive  
Con rayos celestiales iluminados vé.

Entónces las tinieblas se esmaltan de colores,  
Se olvida lo terreno soñando lo ideal,  
Y débiles parecen del cuerpo los dolores  
Ante el dichoso premio del reino celestial.

Si á Ingunda recordando, con lágrimas ardientes  
Publica Hermenegildo lo inmenso de su amor,  
Mil dulces pensamientos, tranquilos é inocentes.  
Disipan sus tristezas y calman su dolor.

Verdad es que su muerte dispone ódio inhumano,  
¿Mas no es la muerte aurora de eterna libertad?  
¿Adónde hallar verdugos que arranquen del cristiano  
La paz con que confía de Dios en la piedad?

Miéntras que Hermenegildo piadoso y consolado  
Espera cómo el cielo su suerte decidió,  
Abrióse el calabozo, y triste y angustiado  
El jóven Recaredo en la prision entró.

## VII.

### LOS DOS HERMANOS.

Blanco lirio, que al borde de una fuente  
Lleno de galas y esplendor crecía,  
Y á quien el huracan robó inclemente  
Su mágico verdor y lozanía;  
Así el jóven infante,  
Ántes de vida y esperanza lleno,  
Pálido, sin aliento, vacilante  
Por su dolor insano,

Y queriendo á la vez estar sereno,  
Á los piés se arrojaba  
De su infeliz hermano,  
Y con ardiente llanto los regaba.

—¡Perdóname! decía,  
Mientras Hermenegildo conmovido  
De dolor y alegría,  
Se afanaba amoroso  
En levantar al jóven y estrecharle  
Contra su corazon noble y piadoso;  
Perdóname, yo he sido  
Por falaces promesas engañado,  
Quien á tus enemigos te ha entregado.

Y lleno de ternura  
Y de remordimiento juntamente,  
Las cadenas besaba tristemente,  
Mientras que con dulzura  
Su hermano le abrazaba, y con cariño  
Así alentaba al afligido niño:

—Serena, sí, serena  
Tu corazon, que la desgracia mía  
Como su propia desventura toma,  
Que yá de libertad para mí el día  
Entre rayos de luz brillante asoma.  
Devuélvele á tu alma  
La venturosa calma,  
Y piensa que el morir en siendo amado  
Vida dichosa es, yo te lo fio;  
Que sólo morir puede el que olvidado  
Quédase en su sepulcro, hermano mio.

—¡Morir tú! ¡no lo quiera  
La piedad de los cielos!

—¡Si supiera



Que mi adorada Ingunda libre estaba  
En la africana tierra, te aseguro  
Que como amiga antigua saludaba  
La muerte que me espera.

—¡Y yo te juro

Hacer cuanto los hados me permitan  
Por salvarte ó morir al par contigo.  
Uniéndose conmigo  
Tu perdon afanosos solicitan  
De nuestro padre tus vasallos fieles.  
Áun te quedan dichasas  
Horas en que vivir y mil laureles  
Que ceñir á tus sienas victoriosas.

—¡No permita jamás el Dios que adoro  
Que sangre corra por ahorrar la mía!  
Su voluntad divina es mi cadena,  
Y enmedio del horror de la agonía,  
Bendeciré con ánima serena  
La mano del Señor que me la envía.  
Tranquiliza, te ruego,  
Al pueblo que me adora y quiere ciego,  
Uniéndose conmigo,  
Participar tambien de mi castigo.

—¡Mas si abjurar quisieras!...

—¡Basta, basta por Dios!

—¿Qué es lo que esperas?

—Sobre la tierra, nada.

Cansado peregrino  
Voy cruzando los valles de la vida  
Ansioso por llegar á mi destino:  
Péro indigno del nombre de cristiano  
Si abjurára mi fé siempre sería,  
Y el pueblo sevillano  
Mi nombre con horror maldeciría.  
¿Qué vale, di, qué vale  
La pompa mundanal, fétido lodo

Formado con las lágrimas del hombre,  
Para ser preferida,  
Y allá en la eternidad perderlo todo?

Y lleno de su fé pura y ardiente,  
Ante los tristes ojos  
Del afligido hermano se elevaba  
Á las regiones de la eterna vida.  
Recaredo lloraba,  
Y con alma doliente y abatida  
En balde procuraba  
Combatir con su amor y sus razones  
Las que juzga fatales ilusiones.

VIII.

De pronto la puerta  
Giró silenciosa,  
Y en ella perdida  
Se vió vaga sombra.  
Era el carcelero,  
Que en ánsia medrosa  
Al jóven infante  
Que áun trémulo llora,  
Suplica que deje  
La cárcel odiosa:  
Tal vez del suplicio  
Se acerca la hora....  
¿Qué pincel dibuja,  
Ni qué pluma copia,  
Una despedida  
Tan triste y tan corta?

¿Dos almas que juntas  
Forman una sóla,  
Cómo se separan  
Y no se destrozan?

—¡Hermano, el infante  
Murmura, perdona,  
La fuerza que sientes  
Mi espíritu implora!

—De Dios es la fuerza,  
Quien pide la logra,  
Hermano, que el cielo  
Propicio te oiga,

Y el nombre cristiano  
Que tanto te asombra,  
Con lazos eternos  
Nos una en la gloria.

Sin poder el nudo  
Que su voz ahoga  
Romper el infante  
Á la puerta torna.

De nuevo en sus goznes  
Giró silenciosa,  
Y el pobre afligido  
Perdióse en las sombras.

## IX.

### LA HORA DEL TRIUNFO.

Nevados copos de ligera espuma  
Del ancho Bétis á los juncos saltan,

Y fresca brisa con murmullo dulce  
Mece las verdes cimbradoras cañas.

Del cielo azul en el espacio inmenso  
Que las estrellas con su brillo esmaltan,  
Algunas blancas transparentes nubes  
Semejan bosques de gigantes palmas.

En los cristales del sereno rio  
La luna llena sus espejos halla,  
Y en los naranjos de nevadas flores  
Su lecho tienen las dormidas áuras.

¡Noche tranquila, misteriosa y pura,  
Que en dulces goces enagena el alma!  
¿Quién al mirar tu cándida belleza  
Puede temer dolores ni desgracias?

Tranquila duerme la oriental Sevilla,  
Que yá ni pide ni recela nada,  
Y espera que su rey libre y dichoso  
De su dura prision en breve salga.

Nadie recuerda yá que Leovigildo  
Tiene en el corazon terrible saña,  
Ni que el ódio temible de Gosvinda  
Le incita sin cesar á la venganza.

De calmar á los ánimos inquietos  
Cumplió bien Recaredo su palabra;  
El inocente en su bondad creia,  
Cegado siempre por promesas falsas,  
Que una prision tan sólo era el peligro  
Que al hermano querido amenazaba.

Era el hermoso y postrimero dia  
De la Resurreccion alegre pascua,  
En que celebra de Jesus el triunfo  
Con nuevas flores la creacion galana.

Creyendo que del príncipe yá habia  
La prision quebrantado la constancia,  
Mandó el anciano padre que un obispo,  
De la misma fatal secta arriana,  
Al jóven y valiente prisionero

Oficios y consejos dedicára.

Mas arrojado con desden altivo  
Se fué de Leovigildo ante las plantas  
Fingiéndole agravios y exponiéndole quejas  
Que más extragos y furor causáran.

Débil, soberbio y ofendido el padre,  
Con ódio ciego y con amor batalla,  
Y espíritu del mal, Gosvinda inclina  
En favor del castigo la balanza.

Imaginarios riesgos acumula,  
Artificiosas lágrimas derrama,  
Y hace ver á su esposo que su trono  
Los altivos cristianos amenazan.

«¿Si libre al fin Hermenegildo sale  
Al miserable padre qué le aguarda?  
Perder la libertad y hasta la vida  
Mirando el triunfo de la fé cristiana.»

Así dice, mezclando con suspiros  
La venenosa hiel de sus palabras,  
Y sentencia crüel de pronta muerte  
Del indeciso padre al fin arranca.

En su triste prision tranquilo y solo  
El desdichado príncipe velaba,  
Pidiendo al cielo en su oracion constante  
Por los caros objetos de su alma.

Á la jornada de la eterna vida  
Con plegarias fervientes se prepara,  
Y por el pueblo sevillano pide,  
Que padre y defensor al par le llama.

Á través de las sombras y los muros  
Vé de los justos la celeste pátria,  
Y se dibuja en sus rosados lábios  
La sonrisa feliz de la esperanza.

Una pequeña cruz contra su pecho  
Ansioso estrecha, cariñoso abraza,  
Y á su dulce contacto nuevas fuerzas

El corazón recibe y nueva calma,  
Cuando la puerta con fragor se abre  
Y confuso tropel de gente armada  
Inunda, cual torrente desbordado,  
La miserable, reducida estancia.

Al humoso fulgor de las antorchas  
Relumbran como sierpes las espadas,  
Y los brillantes hierros de las picas  
Con mil sangrientas muertes amenazan.

Uno de los verdugos lleva sólo  
En el costado reluciente hacha,  
Y todos á la víctima rodean  
Ansiosos de cumplir la real venganza.

De pié en medio del triste calabozo  
El mártir de la fé sereno estaba,  
Estrechada la cruz contra su pecho,  
Tranquilas y brillantes las miradas,  
Y velando los rizos esparcidos  
La nieve de su cándida garganta.

Al verle tan hermoso y tan sereno,  
Como el valor se admira do se halla,  
Vencidos los verdugos titubean  
Y más al escuchar estas palabras:

—¡Ministros de las iras de mi padre,  
Hermanos para mí, los cielos hagan  
Que mi sangre jamás en vuestras frentes  
Grabe el estigma de terrible mancha!

Cristiano soy, como cristiano muero  
Bendiciendo de Dios la piedad santa,  
Y no tan sólo una que mil vidas  
Alegre diera por mi fé cristiana.

El triste adios del hijo que le adora  
Á mi padre llevad....

Algunas lágrimas  
Rodaban como perlas cristalinas  
Por las megillas de los rudos guardias,  
Cuando se oyó con lúgubre silbido

Hendir los aires la terrible hacha,  
Y herir la hermosa, varonil cabeza,  
Cortando con la vida la palabra.

Como el árbol gigante cuya frente  
Súbito el rayo con furor desgaja,  
El príncipe cayó, sin que una queja  
Sus entreabiertos lábios exhaláran,  
Y ostentando la palma del martirio  
Á la eterna region subió su alma.

En tanto el enviado de Gosvinda  
Con ronca voz y con sonrisa exclama:  
—¡La justicia del rey yá se ha cumplido,  
Que todos los traidores cual él caigan!  
Y orgulloso miró á sus compañeros  
Que esquivan aterrados sus miradas,  
Y salieron del triste calabozo  
Donde el sangriento cuerpo abandonaban.

¡Noche tranquila, misteriosa y pura  
Llena de dulce placentera calma!  
¿Quién al mirar tu cándida belleza  
Podrá soñar que encubra la desgracia?

¡Pueblo que duermes al arrullo dulce  
Que dán del Bétis las corrientes claras,  
Despierta del letargo, los traidores  
Cumplieron en tu sueño su venganza!...

#### CONCLUSION.

¿Visteis del abierto surco  
Brotar la feraz semilla,  
Y crecer luégo ondulantes  
Mares de rubias espigas?  
Tal del rey Hermenegildo

La noble sangre bendita,  
Germinó en el grato suelo  
De su adorada Sevilla.

Pasan años, pasan siglos,  
Y el recuerdo de aquel día,  
Eterno en el pueblo vive  
Y fé religiosa inspira.

Muchos tesoros encierra  
La reina de Andalucía,  
Recuerdos mil la enaltecen,  
Pero la muerte sufrida

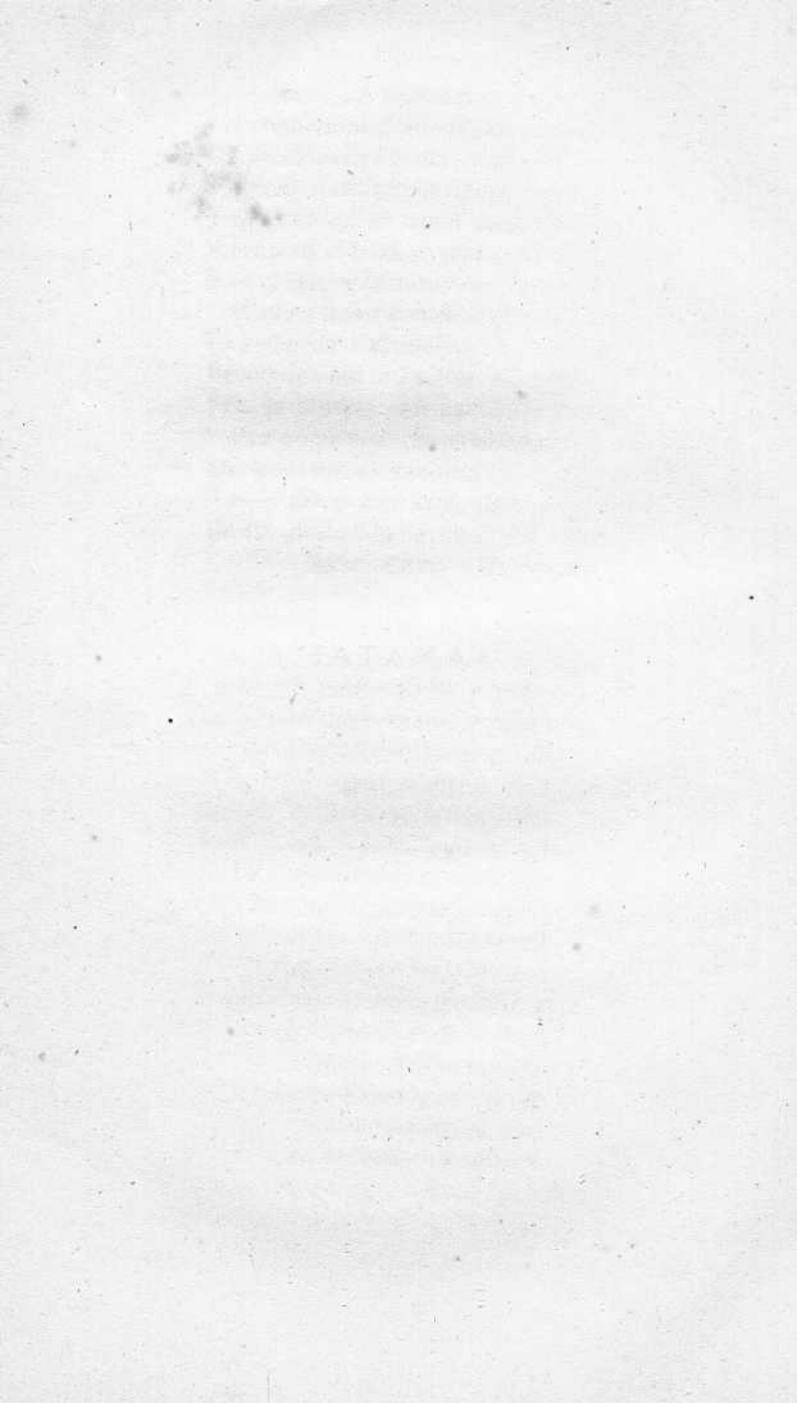
Por su primer rey cristiano,  
Eternos láuros conquista,  
Y es la gloria más brillante  
De las glorias de Sevilla.

ISABEL CHEIX Y MARTINEZ.

---



AXATAF.



## AXATAF.

---

«Fernando ofreció tambien al gobernador Abu el Hasan, que á la sazón mandaba en Sevilla, la elección del punto para su residencia si no quería permanecer en la ciudad, y costearle su subsistencia; pero nada aceptó el esforzado Hasan, y se embarcó para el Africa con sus almohades.»

### I.

Cerca del Guadalquivir  
Platican en voz templada,  
El rey moro de Granada  
Y de Sevilla el emir.  
Pero su tranquilidad,  
Por el sitio y por la hora,  
Es la calma precursora  
De una horrible tempestad.  
Porque Axataf su corcel  
Refrena casi temblante,  
Y Alahmar tiene el semblante  
Blanco como su alquicel.  
Y así como de soslayo  
Miran sus gentes formadas,  
Que se lanzan ojeadas  
Mortíferas como el rayo.

. . . . .  
. . . . .

Con tono de persuasion  
Sigue el de Sevilla hablando,  
Y el de Granada escuchando  
Con signos de confusion.

. . . . .  
. . . . .  
—¿Y eres tú aquel Alahmar,  
Que reprimiera hazañoso  
Al castellano orgulloso,  
Que venció en Pegalhajar?  
¿Tú aquél que, con fé perfeta,  
Te apellidas á tí mismo  
Defensor del islamismo  
En España y del Profeta?  
¿Cuya altivez y valor  
Encomia tanto tu grey,  
Porque no sufrió la ley  
De su natural señor?  
¿Tú, viles párias rendir?  
¿Tú, descendiente de aquellos,  
Que por no doblar sus cuellos  
Prefieren pobres vivir?  
¿Tú con Fernando aliarte?  
¿Contra tus propios hermanos  
Marchar con los castellanos?  
Eso, rey, es.... deshonorarte.  
¡Ah! no lo puedo creer:  
Tu vida entera me abona:  
Ciñes espada y corona  
Y no toca de mujer.  
¿Qué dirá el mundo? ¿Qué España?  
Que al vil oro te vendiste,  
Ó que, cobarde, temiste  
De los cristianos la saña.  
Que por conservar ¡villano!  
Tu sólio sin honra é inerte,  
Has ayudado á la muerte

Del imperio mahometano.  
¡Púrpura infame! ¡Oh baldon!  
¡Cambiar á tan bajo precio,  
Por la risa del desprecio  
Los gritos de admiracion!  
¿Y lo podrás soportar?  
Lo que te digo discierne:  
Mira que el buitre se cierne  
Sobre su presa, Alahmar.  
Oye mi voz angustiada:  
Lanza de tí tal mancilla,  
Que tras mi noble Sevilla  
Caerá tu bella Granada.

. . . . .  
Vence á Axataf la emocion,  
Y escucha con faz ansiosa;  
Mas.... ¿qué responderle osa  
Á la lealtad la traicion?

. . . . .  
—Basta yá de aconsejar,  
Basta de rogar en vano,  
Mi noble pecho africano  
Ruje contra tí, Alahmar.  
Porque el seguro me doma  
Á mi indignacion resisto.  
¡Perjuro, que dás á Cristo  
El triunfo sobre Mahoma!  
Vete yá con sus vasallos,  
Porque si no mis ginetes,  
Marcarán en tus zenetes  
Los cascos de sus caballos.  
Y eso no lo quiero ver,  
Porque, en la pelea dura,  
Pudiera la sangre pura  
De mis valientes correr.

Y la necesito ahorrar  
Para más noble jornada:  
Vuela, pues, á esa Granada  
Tus huestes á reforzar.  
Para que cuando Castilla  
Contra los míos te llame,  
Fulgure más el infame  
Baldon que en tu frente brilla.  
Para que el pendon que, ufano,  
Tu Alférez Mayor ondea,  
Digno de rasgarlo sea  
De un vil verdugo la mano.

. . . . .  
. . . . .  
¡Gualá, mis nobles guerreros!  
¿Quién por tan poco se aterra?  
¡Á ser libres por la guerra,  
Ó á morir cual caballeros!

## II.

—¿Qué buscan los de Castilla  
Á las puertas de Sevilla?  
¿Qué quieren, mi buen Nasir?  
—Quieren, señor, tu corona,  
Tus tesoros, tu persona,  
Y humillarte, noble emir.

—¡Calla, moro fementido!  
¿Tambien te habrán corrompido  
Como al mísero Alahmar?  
¡Hola! Prendedle al momento,

Y conducidle al tormento  
Su vil traicion á purgar.

Y tú, bravo Abdelrahman,  
De mi guardia capitán,  
Conduce á ese embajador.  
¡De furor mi pecho brama!  
Pero Sevilla me aclama  
Todavía su señor.

—Rey del pueblo sevillano,  
Dios te guarde;—Á tí, cristiano,  
Guárdete también Alá.

—Mejor que tu Dios, mi espada  
Me guarda á mí.—Tu embajada  
Dime, castellano, yá.

Y sé pronto, breve y llano,  
Y no olvides, castellano,  
Que tengo lanzas y adargas.  
—Tu amenaza en mí no medra,  
Que nada en el mundo arredra  
Á Garcé Perez de Vargas.

—¡Vive Alá, que me provocas  
Con tus arrogancias locas,  
Y si el africano honor  
Mi coraje no enfrenára,  
Tanta audacia castigára!  
Mas.... te escucho, embajador.

—¡Vive Dios, que si no fuera  
Porque reprimo la fiera  
Indignacion que arde en mí,  
Probáras, loco pagano,  
Lo que vale un castellano!  
—Dí á que vienes, buen Garcé.

—Vengo á intimarte la ley  
De mi soberano rey  
De Castilla, don Fernando.  
—¡Leyes á mí, nazareno!  
¡Leyes al pueblo agareno  
De ese castellano bando!

¡Por Alá!—Tén tu coraje  
Y recibe el vasallaje  
Que te exige mi señor;  
Ó, por Cristo, á quien adoro,  
Que caerá tu trono moro  
Á impulsos de su valor.

—¿Acabaste?—Sí.—En buenhora.  
Mi respuesta escucha ahora,  
Y trasmítela á tu rey.  
Aunque todas las naciones  
Levanten hoy sus pendones  
Contra mí y los de mi grey,

Y con su poder ufanas,  
Pretendan de mí, tiranas,  
Que vasallaje les dé,  
Nunca lo conseguirán,  
Ántes bien me matarán,  
Mas no me doblegaré.

Así díselo á tu rey,  
Y que prefiero á su ley  
Los suplicios más crueles;  
Y tornada mi bendita  
Y magnífica mezquita  
En cuadra de sus corceles.

Y ver á mis sevillanas  
Siervas de las castellanas,



Allá.... en su país natal:  
Y á mis valientes soldados,  
Como perros atraillados,  
Seguir su carro triunfal.

Y que prefiero tambien  
Abandonar este eden  
Y asilo en Libia pedir;  
Mas ¡leyes sufrir! ¡Oh, nó!  
Porque libre nací yo  
Y libre quiero morir.

—Por Cristo, bizarro moro,  
Que tu ceguedad deploro,  
Y si quieres mi amistad....  
—La acepto, sí, y si Castilla  
Mañana en la lid me humilla,  
Que ella valga á mi ciudad.

### III.

En los campos de Tablada  
El sol esplendente brilla,  
Y las huestes de Castilla,  
De Leon y de Granada,  
Como si fueran á dar  
Nuevo combate tremendo,  
Formadas están, luciendo  
Todo el arreo militar.  
Allí están los capitanes  
Más bravos en la pelea;  
Vargas, Suarez, Correa,

Los Ponces y los Guzmanes.  
Y al frente de aquel monton  
De paladines egregios,  
Con sus atavíos régios,  
Y delante su pendon;  
Y en su corcel de batalla  
Viva inquietud demostrando,  
Por su aspecto, don Fernando,  
Caudillo santo, se halla.  
Y es que Sevilla la hermosa,  
Tras largo sitio sufrido,  
Abatir ha prometido  
Su noble enseña gloriosa.  
Y el rey ve con ansiedad  
Cómo el sol no se detiene,  
Y nadie á entregarle viene  
Las llaves de la ciudad:  
Mas.... de pronto, mil clamores  
Rasgan las áuras sutiles,  
Y sonoros añafles,  
Y guerreros atambores.  
Y entre polvareda oscura  
Que la morisma levanta,  
Con altiva triste planta,  
Que ennoblece su figura,  
Ya sin cetro y sin corona  
Axataf, el de Sevilla,  
Viene á doblar la rodilla  
Del rey ante la persona.  
Y le dice, con segura  
Voz que sale de su alma,  
Y que si denota calma  
Revela bien su amargura:  
—Rey del pueblo castellano,  
Brazo invencible en la guerra,  
Pasma de toda la tierra,  
Prez y orgullo del cristiano.

Á tí, rey, cuyo valor  
Exaltan tantas victorias,  
Vengo á rendirte las glorias  
Que yo adquiriera, señor.  
Señor, á tus piés las ves,  
Y el verlas así deploro,  
Pero mi pena aminoro  
Cuando las miro á tus piés.  
Que eres, Fernando, tal rey,  
Que si yo quien soy no fuera,  
Tu noble pendon siguiera  
Reconociendo tu ley.  
En larga lucha obstinada,  
Mi poder todo has deshecho,  
Y ahora desea tu pecho  
Vencerme con otra espada.  
La espada de tu piedad,  
Que excelsa, más que merezco  
Me ofrece: yo lo agradezco  
Y admiro tanta bondad.  
Pero prefiere mi honor,  
Á con riquezas vivir,  
Pobre en África morir  
Sin reconocer señor.

. . . . .  
. . . . .  
Luégo con voz plañidera,  
Quitando á un caudillo moro  
Rica bandeja de oro,  
Prosigue de esta manera:

. . . . .  
. . . . .  
—¡Oh, rey, cuya santidad  
Reconocen los más graves!  
Aquí te entrego las llaves  
De mi rendida ciudad.  
Perlas tienes en Castilla

Que ennoblecen tu persona,  
Mas no tiene tu corona  
Perla como mi Sevilla.  
Y ¡te la entrego, señor!  
Y á más un pueblo querido,  
Que es muy noble y muy sufrido,  
De inteligencia y valor.  
Con cariño santo y fijo  
Tu corazón lo amará,  
Y él á amarte llegará  
Como á su padre el buen hijo.  
Y esto será para mí  
Un dulcísimo consuelo,  
Cuando léjos de este *cielo*  
Recuerde que lo perdí.

. . . . .  
. . . . .  
Lloró Axataf, su sentida  
Plática así terminando,  
Y espera de don Fernando  
Vénia para la partida.  
Y con acento sincero,  
Capaz de enjugar su llanto,  
Le dijo el monarca santo:

—¡Vé con Dios, buen caballero!

ANTONIO SANCHEZ BEDOYA.



# INDICE.

---

	<u>Páginas.</u>
Actas. . . . .	3
Discurso del Ilmo. Sr. D. José Fernandez Espino, Director de la Academia. . . . .	9
Á Cervantes. . . . .	35
Don Miguel de Mañara. . . . .	43
Don Miguel de Mañara. . . . .	105
El Rey Mártir. . . . .	133
Axataf. . . . .	171













MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número.	2632	Precio de la obra.....	.....
Estante..	27	Precio de adquisición..	.....
Tabla.....	1	Valoración actual.....	.....
Número de tomos....		.....	



2632

ANIVERSARIO

DE

QUINIENTOS